

SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS SELECTAS

VOLUMEN I

Traducción por
R.P. Florentino Ogara

Serie
Los Santos Padres
N.º 26

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

SAN JUAN CRISTÓBAL

ROMANAS SERIE 177

1777

1777

1777

1777

1777

Depósito Legal: SE-1213-1991

I.S.B.N.: Tomo II - 84-7770-213-6

I.S.B.N.: Obra Completa - 84-7770-216-0

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

SAN JUAN CRISOSTOMO

IDEA GENERAL

Antes de ofrecer a nuestros lectores las homilías selectas de San Juan Crisóstomo, parécenos oportuno dar una idea sobre su vida y su elocuencia, y proponerle después por modelo de los que se dedican a predicar la divina palabra. Sintetizando, pues, estas ideas, trataremos en este prólogo *del Santo, del Orador y del Modelo de oradores*.

I

El Santo

San Juan, llamado por su áurea elocuencia *Crisóstomo* (*Boca de oro*), nació en Antioquía por los años de 347. Era el nombre de su padre Segundo, que se distinguió en las guerras de Siria, y el de su madre Antusa. Con la muerte de Segundo quedó ésta viuda a los veinte o pocos más años, cuando todavía Juan era muy niño, y dedicóse a su educación con el mayor esmero. Procuróle por maestro de elocuencia al célebre retórico Libanio, y de filosofía a Andrágato. En ambas facultades fueron grandes sus progresos, pero sobre todo en la elocuencia, tales que a su mismo maestro le llamaban extraordinariamente la atención. Bien lo mostró en cierta ocasión en que, habiendo Juan compuesto un discurso en honor de los Emperadores, quedó Libanio tan pagado de él que fue a leérselo a una reunión de entendidos, por lo que fue diversas veces interrumpida la lectura con largos aplausos. Dícese también, que estando a punto de muerte Libanio, le preguntaron los que le asistían a quién dejaba por sucesor de su cátedra, y que respondió: *A nadie dejaría si no es a Juan, a no habérmole arrebatado los cristianos*. Así fue, en efecto; por más risueñas que fueran las esperanzas que le ofrecía la carrera del foro, ya a los veinte

años había Juan mudado de modo de ser. Ya no hacían eco en su alma las alabanzas humanas; no le deslumbraba el brillo de los honores mundanos; otra voz más dulce resonaba en su interior; otra luz más viva había herido su mente; y entonces conoció la vanidad del mundo, y le despreció; y la gloria de la Cruz de Cristo, y se resolvió a abrazarse con ella. Aplicóse con todo empeño al estudio de las divinas Escrituras, comenzó a frecuentar el templo para hacer oración; hasta de porte exterior cambió por completo: sencillo, grave, muy modesto.

Semejante manera de proceder en un joven de veinte años no pudo menos de llamar la atención de San Melecio, que era a la sazón Obispo de Antioquía; habló con él, concediéndole que entrara en su casa cuanto quisiera, le instruyó por espacio de tres años en las verdades de nuestra santa religión, y al fin le administró el Santo Bautismo y le confirió el Lectorado.

Entre los muchos amigos que tuvo durante el curso de sus estudios se distinguieron Teodoro, después Obispo de Mopsuestia, en Cilicia, Máximo, Obispo asimismo de Seleucia, en Isauria, y Basilio, con quien tenía el trato más íntimo y familiar. Ambos tenían especial afición ala vida recogida y trataron de retirarse a la soledad. Pero a Juan se le opuso cuanto pudo su madre.

Qué esfuerzos hizo en orden a detenerle, nadie nos lo contará mejor que el mismo Santo, en el libro I del Sacerdocio, cap. V:

“Apenas ella conoció que tenía yo este intento, me asió de la diestra y me llevó a una habitación suya separada, y haciéndome sentar cerca del lecho donde me dio a luz, derramaba fuentes de lágrimas y añadía unas palabras mucho más capaces de mover a compasión que las lágrimas, hablándome así entre gemidos:

“Yo, hijo mío, no pude gozar mucho tiempo, porque así plugo a Dios, de la virtud de tu padre. Porque sucediéndose su muerte a mis dolores en darte a luz, nos dejó a ti la orfandad y a mí la viudez prematura, con todas las desgracias de la viudez, que sólo las conocen quienes las sufren...

Con todo, a mí ninguno de estos trabajos me indujo a admitir segundas nupcias..., sino que permanecí en la tempestad y turbación; y no huí del horno fiero de la viudez, primero, por el auxilio que me prestó el cielo, y sobre todo, porque me daba gran consuelo en aquellas desgracias el ver continuamente tu rostro y conservar una imagen viva de tu difunto padre, y muy parecida a él... Por todo esto sólo una gracia te pido: que no me causes una nueva viudez, ni enciendas de nuevo en mí el fuego del dolor que ya ha reposado, antes esperes mi muerte: quizá moriré ya dentro de poco. Porque los jóvenes tienen esperanza de llegar a larga vejez, pero nosotros los ancianos no aguardamos nada fuera de la muerte. Cuando, pues, me hayas entregado a la tierra y mezclado mis huesos con los de tu padre, emprende largas peregrinaciones y navega los mares que quieras; nadie entonces te lo impedirá; pero mientras respiro aún, sufre el habitar conmigo.”

“Estas y otras eran las palabras que mi madre me decía, y yo, a mi vez, a mi generoso amigo. El cual, no sólo no cejaba en su empeño al oírmelas, sino que persistía con más ahínco en pedirme lo mismo que antes (que nos retiráramos a la soledad).”

Con gusto seguiría traduciendo del mismo libro (*del Sacerdocio*, lib. I, § VI y VII) de qué ardid se valió para evitar el episcopado y hacer, en cambio, que fuera ordenado su compañero Basilio, que se le quejó amargamente, al ver como se había fugado. Retiróse S. Juan Crisóstomo a las montañas vecinas a Antioquía, y púsose bajo el magisterio espiritual de un sirio, que llevaba allí cuarenta años de vida en extremo rígida y austera. Era esto el año 372. No satisfecho aún su espíritu, penetró más adentro en aquellas montañas, y en una cueva desierta hizo por dos años vida tan penitente que incurrió en una grave enfermedad, con la cual quedaron sus miembros casi paralizados. Vióse con esto obligado a volver a Antioquía.

Era entonces Obispo de esta ciudad San Melecio, pero poco antes de partirse para el Concilio de Constantinopla (el año 381), ordenó de diácono a San Juan Crisóstomo, que desde entonces no cesó de derramar por todas partes la semilla de la divina palabra, edificando no sólo a su Iglesia, sino a toda la Cristiandad de Oriente con los ejemplos de su encendido celo. Cuando seis años después, muerto ya San Melecio, a quien sucedió en aquella silla San Flaviano, se vio por éste ordenado de sacerdote, y recibió el encargo de instruir con sus sermones a los cien mil cristianos que había entonces en la ciudad ¹, ¿cómo se enardecería su celo, que ya de suyo más bien necesitaba de freno que de espuela? A pesar de la debilidad de su cuerpo, que siempre quedó flaco, pálido y demacrado, por no haber logrado reponerse por completo de sus antiguas maceraciones, vigiliass y ayunos, predicaba, con todo, varias veces a la semana y aún varias veces un mismo día. Imposible contar las victorias de su celestial elocuencia; su palabra subyugaba los ánimos; el ejemplo de su vida los arrastraba a la virtud; por su elocuencia le comenzaron desde entonces a llamar Crisóstomo, y por su virtud le comenzaron a venerar como a Santo.

Extendíase ya entonces la fama de su admirable elocuencia y celo de las almas por todo el Oriente. Pero Dios N. S., que enalza a los verdaderos humildes que en todas sus obras no atienden a otra cosa sino a darle gloria, persuadidos de que a sólo El se le debe, tenía reservado para San Juan Crisóstomo otro puesto superior, desde donde más fácilmente difundiera por toda la Cristiandad los rayos de su

celestial doctrina. Era el año 397: el 27 de septiembre falleció Nectario, Obispo de Constantinopla. ¿Quién más digno de sucederle que aquél que por su virtud y elocuencia extraordinarias atraía hacia sí las miradas de todo el Imperio Romano? Así pensaron Eutropio, primer ministro de Arcadio, y el mismo Arcadio, y el pueblo, y el clero, y más que todos San Flaviano. Con tan unánime consentimiento fue elegido por sucesor de Nectario en la silla patriarcal de Constantinopla el año 398. La única dificultad era arrancárselo al pueblo de Antioquía, que tan encariñado estaba con él. Púdose vencer este obstáculo por medio de un ardid, que fue llamarle a una iglesia de los Mártires, fuera de Antioquía, como para tratar otro negocio de parte del Emperador; y así fue llevado a Constantinopla, donde fue recibido con muchísima solemnidad, y ordenado de Obispo con universal regocijo el 26 de febrero del mismo año 398.

¿Quién ahora nos podrá describir la actividad de su celo pastoral? basta recorrer con la vista los títulos de sus homilías para quedar sorprendidos de tan infatigable tesón y constancia, ya en proporcionar a su grey el pasto de las divinas Escrituras, ya en apartarla de los lobos herejes que por doquiera la asediaban. Tan vivas eran, por otra parte, sus ansias de la propagación de la fe, que aún en el tiempo de su destierro le estimularon a favorecer cuanto podía a los que predicaban el Evangelio en la Fenicia, enviándoles recursos y dinero, y aún compañeros de su predicación y, por otra parte, tenía cuidado de las Iglesias de los godos y de los persas. ¿Qué entusiasmo sería el que su predicación causaba en el pueblo, cuando acudía en tanto número, que se veía el Santo obligado a no predicar en el puesto común, sino en medio de la iglesia, donde solían leer los lectores, a fin de que le pudiera oír el inmenso concurso, que muchas veces, no pudiendo reprimir su entusiasmo, interrumpía la predicación del Santo con repetidos aplausos y aclamaciones? —Y ¡qué libertad tan apostólica la suya! No conocía ese miedo que muchas veces aparece con máscara de prudencia. Como sabía quién era Dios, no temía a los hombres; predicaba sin temor el Evangelio, ni quería hacer traición a su causa. Bastábale saber que Cristo no reconocerá ante su Padre celestial a quien se avergüence de reconocerle entre los hombres, para predicar sin reparo contra los excesos de los grandes, contra el lujo, contra los juegos públicos, contra todo lo que no se aviniera bien con el Evangelio. ¡Cuánto nos debe enseñar su ejemplo de celestial valor en esta general pestilencia de cobardía!

Bien sabía él que esta libertad le causaría no pocas tempestades y torbellinos de odios y rencores. Pero ¿qué cosa más gloriosa, qué mayor premio puede haber en esta vida que padecer y morir por la causa de Cristo? Y este premio no tardó su divino Capitán en concedérselo, como lo vamos a ver.

Una vez reprendió con especial energía el demasiado lujo de las mujeres. Con esto dióse por ofendida la Emperatriz Eudoxia. Como sabía que el Obispo Teófilo andaba mal contento por unas diferencias que tuvo con el Santo, negoció con él que reuniera un Concilio de Obispos, desafectos a él, por haberlos depuesto, en el cual, por razones frívolas, decretaron que fuera San Juan Crisóstomo desterrado. Hízose así, en efecto, y de noche hiciéronle embarcarse, y lleváronle a Bitinia. Mas ya él se había despedido de su pueblo de una manera la más conmovedora. ¡Qué grandeza de alma! ¡Qué libertad tan evangélica respiran sus palabras!

“Muchas, dice, son las olas, y terrible la tormenta; mas no temo sumergirme, porque estoy sobre la piedra incommovible. Enfurézcase el mar: no puede deshacer la roca; álcense airadas las olas: la nave de Jesús no se puede hundir. ¿Qué he de temer? decidme. ¿La muerte? *Para mí la vida es Cristo, y la muerte ganancia.* ¿El destierro? *Del Señor es la tierra y su plenitud.* ¿La pérdida de mis bienes? *Nada traje a este mundo, y nada llevaré de él.* Los males de este mundo los miro con desprecio, y sus bienes con risa. Las riquezas no las deseo, a la pobreza no le tengo miedo, la muerte no la temo. No deseo vivir sino para vuestro bien. Pero os ruego, amadísimos oyentes, que tengáis paciencia y buen ánimo, puesto que nadie me puede separar de vosotros; porque, a quienes Cristo juntó, no hay hombre que pueda separarlos... ¿Me atacas? ¿Y qué me dañarán tus ataques? Antes con ellos me haré más glorioso, y quebrantarás tus propias fuerzas. Dura cosa te será dar coces contra el afilado aguijón; no embotarás su punta, antes teñirás en sangre tus pies: como tampoco las olas deshacen el peñasco, sino que ellas se convierten en espuma.”

En cambio, al pueblo le dice:

“Vosotros sois mi padre, vosotros mi madre, vosotros mi vida, vosotros mi alegría: si a vosotros os va bien, me doy por satisfecho. Vosotros sois mi corona y mis riquezas, vosotros sois mi tesoro. Mil y mil veces estoy dispuesto a inmolarme por vosotros.”

¿Puede en un mismo discurso haber más energía contra los unos y más cariño paternal para con los otros?

Un día duró su destierro. Apenas salió de la ciudad, sublevóse el pueblo, sintiéronse las sacudidas de un violento terremoto, y cono-

ciendo Eudoxia que era una señal de la ira divina, atemorizada suplicó al Emperador que hiciera llamar a San Juan Crisóstomo. Accedió el Emperador; mandóse gente que buscara al Santo. Al tener noticia de lo que se pretendía, todo el pueblo procuró embarcarse; llenóse de naves la embocadura del Bósforo, y acompañado de treinta Obispos, y entre los himnos del pueblo regocijado, fue llevado en triunfo (año 403) a la iglesia de los Santos Apóstoles. Y por más que se excusó al principio, no pudo menos de hacer entonces mismo un discurso, cuyas primeras palabras son las siguientes:

“¿Qué diré? ¿Qué hablaré? Sea Dios bendito: esto dije al salir, y esto he repetido al volver; y cuando estaba fuera, esto pensaba conmigo mismo. Creo que os acordáis de cuando antes de partirme os puse el ejemplo de Job, que decía: ‘Sea el nombre de Dios bendito.’ Esta historia os dejé, y esta acción de gracias repetiré en mi vuelta. Sea el nombre del Señor bendito para siempre.”

Y después de otros párrafos hermosísimos y conmovedores, dice que, gracias a las oraciones de su pueblo, ve ante sus ojos “las ovejas y no los lobos”.

“¿Dónde, pregunta, se han huido los lobos? ¡Oh cosa inaudita! Descansa el pastor, y las ovejas han ahuyentado a los lobos rabiosos, han oprimido a las astutas zorras... ¿Cómo están ellos ahora? Sin duda yacen en la ignominia. ¿Cómo estamos nosotros? Rebosando alegría. ¿Cómo están ellos? Consumidos por su propia mala conciencia. ¿Cómo estamos nosotros? Llenos de regocijo, glorificando a Dios.”

Parecía con esto serenada la tempestad, y así era por entonces; pero el trueno de su elocuencia contra todo exceso fue precursor de más espantosa tormenta.

Dos meses habían pasado desde su vuelta del destierro, y se le ofreció una nueva ocasión en que dar muestra de cuán sin miramientos cobardes ejercía, como otro San Pablo, su oficio de embajador de Cristo. —Habíase erigido una estatua en honor de la Emperatriz Eudoxia bastante cerca de la iglesia de Santa Sofía. Con motivo de su dedicación se hicieron delante de ella fiestas y juegos extraordinarios, no sin cometerse algunos excesos. No pudo sufrir el Santo semejante desorden, y más en frente de la iglesia. Predicó, pues, contra él con su acostumbrada libertad y energía; irritóse Eudoxia como una víbora, y resolvió reunir contra él un nuevo Concilio. Pero San Juan Crisóstomo, como si tanto más se enardeciera cuanto más le amenazaban, pronunció, según lo afirman Sócrates y Sozomeno, un nuevo discurs-

so, cuyas primeras palabras, si son auténticas ², bastan por sí solas para mostrarnos cuán poco temía su alma a los poderosos de la tierra. “Otra vez, dijo, se enfurece Herodías, otras vez se turba, de nuevo danza, de nuevo quiere ver en un plato la cabeza de Juan.” Esto es más que no temer los peligros, es desafiarlos.

Demasiado extenderíamos esta narración, si quisiéramos detenernos en todas las circunstancias. Sólo trataremos de hacer un breve resumen. Con ocasión de su apostólica libertad, fue el año 404 desterrado de nuevo con tropelía y violencia. Poco antes que saliera de la ciudad, se atentó contra su vida; él mismo, saliendo de la iglesia por una puerta distinta, tuvo que eludir la diligencia del pueblo, que no hubiera consentido saliera de la ciudad. Fue llevado a Bitinia, y estuvo en Nicea hasta el 4 de julio (404); de allí le hicieron pasar a Cesarea de Capadocia, rendido de fatigas y de hambre y sed. Después de setenta días de violentas marchas (pues le forzaron a caminar, a pesar de verse en extremo debilitado y acometido de una violenta fiebre), llegó a Cucuso, ciudad desierta en el monte Tauro; aquí sufrió por espacio de un año continuos vómitos, dolores de cabeza, insomnios e intensísimo frío en el invierno, que fue aquel año de los más crudos. El año 405 pasó a Arabiso, a unas 20 leguas de Cucuso, y el año 406 cayó, por el rigor extremo del frío, en una enfermedad, y volvió otra vez a Cucuso, de donde pronto le forzaron a salir por ver el honor que se le hacía, y le trasladaron el año 407 a Pitontie, última ciudad del Imperio en la costa del Ponto Euxino. Finalmente, fue el término de su destierro y de su vida mortal una iglesia a dos leguas de Comana del Ponto, donde había sido enterrado San Basilio, Obispo de Comana, martirizado el año 312, bajo el imperio de Maximino, juntamente con San Luciano de Antioquía.

En efecto; la noche misma en que llegó allá San Juan Crisóstomo, apareciósele San Basilio, y le dijo: “Animo, hermano mío Juan; mañana estaremos juntos.” Al día siguiente suplicó el Santo a sus guardas que no le sacaran de allí hasta las once de la mañana. Negáronse a ello. Ya le habían hecho andar más de legua y media, cuando viendo al Santo en extremo fatigado de un violentísimo dolor de cabeza, le volvieron a la misma iglesia. Apenas llegó, vistióse todo de blanco, dio las demás vestiduras a los allí presentes, recibió la Sagrada Eucaristía, hizo oración con ellos, y dijo al fin esta su jaculatoria favorita: *Gloria a Dios en todas las cosas*. Entonces, haciendo la señal de la cruz, y extendiendo modestamente los pies, rindió su alma,

llena de méritos y virtudes, al Supremo Hacedor, que, por haberle honrado con su palabra y ejemplos entre los hombres, le comenzó a honrar para siempre entre los ángeles y los hombres.

Así murió y fue glorificado aquel insigne Padre de la Iglesia, columna de la fe, astro brillante de santidad, antorcha de la verdad, trompeta del Evangelio y boca de oro, que todavía derrama y seguirá derramando, para bien de innumerables almas y gloria inmortal de Jesucristo, el inagotable torrente de su celestial elocuencia.

II

El Orador

§ 1

Elocuencia de San Crisóstomo en general.—Testimonio de Monfaucón.—Particularidades del método oratorio de San Crisóstomo.—Recomendación de las homilías.

Tres cosas, dice San Agustín, debe hacer el orador sagrado: *ut veritas pateat, ut veritas placeat, ut veritas moveat*³: que la verdad aparezca clara, que la verdad deleite, que la verdad mueva. Si esto no hay, no hay perfecto orador. Midamos por esta medida a San Juan Crisóstomo.

1. *Que la verdad se patentice.* ¿Qué se puede pedir para esto, sino mucha claridad en la argumentación, nada de oscuridad en el estilo mismo? ¿Qué bien cumplió con este requisito San Juan Crisóstomo! ¿Qué sencillez cuando expone las palabras de la Sagrada Escritura! ¿Qué abundancia de símiles, comparaciones e imágenes para desentrañar su sentido! ¿Qué riqueza de textos parecidos para derramar nueva luz sobre el que está explicando! ¿Qué corte tan popular el de su frase, cuando arguye! Muchos ejemplos se pueden citar en confirmación de lo dicho, pero bastante idea nos dará de la claridad y al mismo tiempo elegancia con que proponía los argumentos, este párrafo de su homilía 89 sobre San Mateo:

“Que los Apóstoles ni hubieran querido ni podido fingir la resurrección de su Maestro, si no hubiera acaecido, es claro por lo siguiente: Muchas cosas les habló sobre la resurrección, y continuamente, como ellos afirmaron, les decía: *Después de tres días resucito*. Por consiguiente, si no hubiera resucitado, es bien claro que ellos, a

fuer de engañados y expuestos por causa de él a la lucha contra toda la nación, y lanzados de sus casas y ciudades, le hubieran vuelto las espaldas y no hubieran querido concederle tal honor, como engañados por él y expuestos a los peligros más extremos.

"Y que no hubieran podido, si no fuera verdadera la resurrección, fingirla, no necesita de raciocinio. En efecto, ¿en qué confiaban? ¿En la fuerza de su elocuencia? ¿Si eran los más ignorantes! —¿En la abundancia de las riquezas? ¿Si ni aún calzado tenían! —¿En lo ilustre del linaje? ¿Si eran innobles y de padres innobles! —¿En la grandeza de su patria? ¿Si eran de lugares insignificantes! —¿En su mucho número? ¿Si no pasaban de once! —¿En las predicciones de su Maestro? ¿Qué predicciones? Porque, de no haber él resucitado, ni éstas les podían valer nada.

"¿Y cómo hubieran hecho frente al pueblo furioso? Porque si el que era Príncipe de ellos no hizo frente a la palabra de una portera, y los demás, viendo atado a su Maestro, se dispersaron, ¿cómo se les hubiera ocurrido recorrer los términos de la tierra, y sembrar por toda ella la doctrina de la resurrección? Porque si el uno no se sostuvo ante la amenaza de una mujer, y los otros ni ante la vista de las ataduras, ¿cómo pudieron mantenerse firmes ante los reyes y gobernadores y pueblos, donde cada día les esperaban las espadas y las sartenes y los hornos y muertes innumerables, a no haber participado el poder e impulso del resucitado? ¿Con que, a pesar de tales y tan grandes milagros como vieron, ninguno de ellos respetaron los judíos, antes crucificaron a quien los hizo; y a éstos, que sencillamente se lo decían, les iban a creer la resurrección? No hay tal, no hay tal, sino que la fuerza del resucitado obró tales prodigios."

¿Y qué elocuencia más popular que la suya? Arguyendo cómo el bien del hombre no está en lo exterior, sino en su virtud interior, y que, por consiguiente, aunque le quiten lo exterior, no le pueden causar verdadero daño, dice así:

"¿Cuándo llamas bueno al caballo? ¿Cuándo tiene freno de oro, cinchas de oro, caparazones de seda, mantas recargadas de oro, jaeces de brillante pedrería, crines entrelazadas con cintas de oro; o más bien, cuando es veloz en la carrera, tiene paso firme, anda con cadencia acompasada, tiene el casco cual conviene a caballo de generosa raza, es animoso y apto para largos caminos y para la guerra, puede resistir con fortaleza en los combates, y en caso de huida, salvar incólume a su dueño? ¿No es evidente que estas últimas dotes, y nos las primeras, hacen bueno al caballo? Y el ser buenas las bestias de carga, ¿en qué consiste? ¿No consiste en poder llevar fácilmente las cargas, en hacer fácilmente los viajes, en tener los pies que imiten en dureza a los peñascos? Y lo que por de fuera las rodea, ¿creemos que contribuye en algo para la bondad propia de su naturaleza? De ninguna manera. Además, ¿qué viña nos llamará la atención? ¿La que está revestida de sarmientos, o más bien la que está cargada de fruto? ¿Cuándo diremos también que es excelente un olivo? ¿Cuando tiene grandes ramas, mucho follaje, o más bien, cuando ostenta la abundancia de fruto que se extiende por todas sus partes? Hagamos, pues, esto mismo tratándose del hombre. Examinemos en qué está su bondad, y no tengamos por daño sino lo que la destruya. ¿En qué consiste, pues, la bondad del hombre? No en el dinero, para temer la pobreza;

no en la salud del cuerpo, para temer la enfermedad; no en el renombre con los otros, para temer la mala opinión; no en la vida por sí sola sin el fin por que nació, para temer la muerte; no en la libertad, para huir de la servidumbre, sino en la diligente atención a la verdadera doctrina, y en la rectitud de sus acciones. Ahora bien; esto ni el mismo Satanás es capaz de arrebatárselo a nadie, si quien lo posee lo custodia con la debida vigilancia; y bien lo sabe el mismo demonio, perverso y cruelísimo.” Migne, P. G., t. 52, p. 460.

Interminables nos haríamos si quisiéramos copiar ejemplos de este género. Véase si esta manera tan sencilla, tan natural, tan popular, es apta para lograr que la verdad se patentice a los oyentes: *ut veritas pateat*.

2. Vistos los ejemplos precedentes, no hay que decir si lograrán los discursos de San Crisóstomo *ut veritas placeat*, que la verdad deleite. ¿Cómo no ha de deleitar tanta abundancia de símiles, comparaciones y ejemplos de la Sagrada Escritura, figuras tan naturales, tan elegantes, y finalmente, la misma abundancia inexhausta y cadencia tan armoniosa de sus períodos? ¿A quién no cautiva en el discurso de la Epifanía la bellísima comparación, que en el exordio hace de la Iglesia con un puerto tranquilo y sin oleaje?

¿Quién no oye con especial placer este período tan elegante del discurso en favor de Eutropio?

“Noche era todo aquello y sueño, y llegado el día, desapareció; flores eran primaverales, y pasada la primavera, todas se marchitaron; sombra era, y pasó de largo; humo era, y se disipó; pompas eran, y se quebraron; eran telas de araña, y se deshicieron; por esto repetimos la sentencia del Espíritu Santo: “Vanidad de vanidades y todo vanidad.”

¿Qué imaginación no se siente vivamente herida con esta pintura?

“Así como un caballo, al haber de pasar por un precipicio, se retira como para pasarlo de un salto; pero, al ver debajo el abismo, se asusta, se encoge, y después, al sentir que le hurga el caballero, se esfuerza a lo mismo, mas espántase como antes, e indicando la necesidad y la violencia que padece, detiéndose y persiste largo rato relinchando en la punta del precipicio, hasta que, cobrando ánimo, lánzase confiado; así, al haberse de lanzar San Pablo como a un precipicio a sus propias alabanzas, retrocede primera vez, y segunda vez, y tercera vez, diciendo: *¡Ojalá aguantáseis un poco mi insipiente!* (En la Homilía sobre estas palabras).

¿Quién no queda agradablemente sorprendido con sólo la abundancia de esta armoniosa enumeración, en que recorre los prodigios del poder de Cristo?

“¿No te parece ser muy grande el testimonio del poder, cuando se destruye la muerte con la muerte, cuando se quebratan las puertas de bronce, cuando se hace desaparecer el pecado, cuando se desvanece la maldición, cuando se trastornan todos los males antiguos, y se introducen otros bienes nuevos? ¿Qué hay comparable con este poder, ora se busquen milagros, ora buenas obras? Eran resucitados los muertos, purificados los leprosos, arrojados los demonios, refrenada la mar, destruidos los pecados, restablecidos los paralíticos; abríase el paraíso, rompíanse las piedras, rasgábase el velo del templo, oscurecíanse los rayos del sol y cubrían al mundo las tinieblas, resucitaban los cuerpos de los santos que habían reposado, volvía el ladrón a su antigua patria, extendíanse las bóvedas del cielo, la naturaleza hasta entonces pisoteada se remontaba a las alturas sobre los cielos de los cielos, y, lo que es más todavía, se asentaba en un trono real, asistiéndole los ángeles y las potestades; era desterrada toda maldad, restituida la virtud, concedida la gracia del Espíritu Santo; los pecadores, y los publicanos, y los artesanos tapaban las bocas de los filósofos, confundían las lenguas de los oradores, destruían la tiranía de los demonios; las aras, los templos, las fiestas, los espectáculos de los gentiles desaparecían...” “Y no hay parte que mire el sol, adonde no fuera su palabra después de la Cruz y de la resurrección.”

Léanse debidamente este y otros innumerables párrafos semejantes, y dígasenos si hay torrente que fluya tan abundante y sonoro.

3. Si la verdad se patentiza, y de tal manera que agrade, nacerá espontáneamente la tercera condición de la elocuencia: *ut veritas moveat*, que la verdad conmueva. Ciertamente, que esta doctrina no se ha de entender de manera que primero se exponga sencillamente y sin adorno, después se añadan flores, y finalmente se agreguen, como postizas, algunas exclamaciones o interrogaciones y otras figuras de movimiento, sino que todo ha de ir ordinariamente junto; porque ni la doctrina ha de ir descarnada y sin adorno, ni ambas cosas sin movimiento y vida; antes bien, como en un mismo árbol hay tronco que sostiene, y hojas que adornan, y frutos que tienen utilidad, así en la elocuencia ha de haber al mismo tiempo razón, ornato y movimiento. Pero, con todo, dado que en unas partes brilla más, según su fin particular, una de estas tres cosas, vamos a considerar qué elocuencia despliega San Juan Crisóstomo en el movimiento de los afectos.

Estos se pueden considerar, ya como la llovizna, mansa, que blandamente va penetrando en la tierra, ya como la lluvia abundante y copiosa que en un momento la fertiliza, ya como la tempestad amenazadora, que aterra con espantosa tronada, ya como el rayo que hiere con su fulgor, y derriba y abrasa con su fuerza y su fuego. Aplicando estas comparaciones a los afectos de San Juan Crisóstomo, ¿qué lluvia más blanda, o por mejor decir, qué rocío más suave que estos afectos?

“¡Cuántos dicen ahora (de Cristo): Quisiera ver su forma, su figura, sus vestidos, su calzado! Pues helo ahí, a él ves, a él tocas, a él comes. Tú te contentas con ver sus vestiduras, mas él te concede no sólo verle, sino comerle, tocarle, recibirle dentro de ti!”

Y ¡cómo anima en seguida a recibirle con esta tierna repetición:

“¡Nadie, pues, se acerque a recibirle con náuseas, nadie con tibieza, todos encendidos, todos fervorosos, todos animados!”

¡Cómo excita los afectos de reverencia y de temor, cuando a continuación dice:

“Porque si los judíos, puestos de pie, comían el cordero con gran prisa, teniendo el calzado en sus pies y básculos en sus manos, mucho más conviene que estés tú alerta. Puesto que si ellos habían de ir a Palestina, y por eso tenían la figura de caminantes, tú, en cambio, debes trasladarte al cielo. Por lo tanto, en todo debes mostrarte diligente, pues no es pequeño el castigo con que se amenaza a los que indignamente comulgan. Piensa cómo te indignas contra el traidor y contra los que le crucificaron, y mira no te hagas también tú reo del Cuerpo y Sangre de Cristo. Ellos mataron su Santísimo Cuerpo, ¿y tú le recibes con el alma sucia después de tantos beneficios? Porque no se contentó con hacerse por ti hombre, ser herido con bofetadas y crucificado, sino que se une y mezcla con nosotros; y no sólo por fe, sino en realidad nos hace su propio cuerpo:.

Y ¿qué lluvia más copiosa que aquella otra serie?

“¿Qué pureza no debería tener el que disfruta de tal sacrificio? ¿A qué rayo solar no deberá vencer en resplandor la mano que divide esta carne, la boca que se llena de este fuego espiritual, la lengua que se enrojece y tiñe con tan venerable sangre? Piensa bien cuán crecido honor se te ha hecho, de qué mesa disfrutas. A quien los ángeles ven con respeto ni se atreven a mirar por el resplandor que despide, ese es nuestro alimento, con él nos unimos nosotros, y nos hacemos un mismo cuerpo y una misma carne con Cristo. ¿Quién dirá el múltiple poder del Señor, y hará que resuenen todas sus alabanzas? ¿Qué pastor apacienta a sus ovejas con su propia sangre? ¿Y qué digo pastor? Muchas madres hay, que después de los dolores del parto dan sus hijos a otras que los críen. Mas él no lo consintió, sino que él mismo nos alimenta con su propia sangre, y nos une consigo mismo.”

¿Y qué brío no tienen las palabras que poco después dice?

“¡No se acerque ningún Judas, ningún avaro, porque a los tales no recibe la sagrada mesa!...”

“No se acerque ningún inhumano, ningún cruel y duro de corazón, ninguno absolutamente que esté sucio. Os lo intimo a los que comulgáis, y a los que adminis-

tráis la Comunión. No os amenaza pequeño castigo, si admitís a la participación de esta mesa a alguno que notoriamente esté manchado de culpas. Su sangre se exigirá de vuestras manos. Aunque sea general de la milicia, aunque sea magistrado, aunque sea el príncipe coronado de diadema, si le ves acercarse indignamente, apártale, mayor es tu poder que el suyo." Homilía 82 (al. 83) sobre San Mateo.

¿Qué tempestad empieza con truenos tan temerosos como el discurso de los espectáculos? ¿Qué rayo abrasa más que la excomunión que lanza contra los que no se abstengan de ellos?

Sus panegíricos, ¿no están rebosando entusiasmo? ¿No aparece, por ejemplo, en el panegírico de los Santos mártires una santa envidia del martirio? Sus oraciones morales, ¿no animan a la práctica de la virtud? ¿Quién lee los discursos de San Juan Crisóstomo, que no se sienta movido a lo que el Santo pretende? Un detenido análisis de lo que aquí no hacemos sino mencionar, haría ver la verdad de lo que decimos. Baste decir, que hace del oyente lo que quiere. Aunque no lo supiéramos por la historia, nos bastaría leer sus discursos. Y no puede menos de ser así. Porque en ellos, ¿qué vemos? El lenguaje de un hombre poseído de la verdad, que con todas sus fuerzas procura inculcarla a los oyentes; de un orador que sabe usar los recursos del lenguaje figurado para dar nueva vida a las cosas; de un santo, que con el fuego de su alma comunica a las palabras un calor sobrehumano que enciende en fervor los pechos de los que las leen; en resumen, el lenguaje de los afectos, encendido y avivado con el fuego de la santidad. Si no fuera por esto, no admiraríamos la elocuencia del Santo Patriarca de Constantinopla: no diríamos, como dice un autor refiriéndose a la visión que tuvo de San Pablo, que el más elocuente de los Apóstoles formó al más elocuente de los Santos Padres, sino en todo caso, al mejor hablista; no le llamaríamos a boca llena el Crisóstomo, el Príncipe de los oradores cristianos.

* * *

Por ser de tan justamente celebrado crítico, no quiero dejar de poner aquí los elogios que de la elocuencia de San Juan Crisóstomo hace el Benedictino Bernardo de Montfaucón ⁴. Hablando de la dificultad de reunir las obras del Santo, "Son, dice, una biblioteca, no un libro, los Opúsculos, Comentarios y Cartas de tan insigne Doctor... Sin embargo, añade poco después, por grande que sea el trabajo, se emprende con gusto, tratándose de San Juan Crisóstomo, Doctor tan

ilustre, orador consumado, que *hermoseó la doctrina del Cristianismo con los atavíos de la elocuencia más que ningún otro*, ya de los que le precedieron, ya de cuantos florecieron después de él... Presbítero de Antioquía por doce años, Obispo en Constantinopla por cinco o seis, nunca cesó de predicar, y arrebató en pos de sí la admiración de todo el Oriente. Bien se presentara con preparación, bien sin ella, todo se lo hallaba hecho, usando siempre de aquella manera de hablar que había de ser más a propósito para persuadir. Su método más tiene de elegancia natural, que de artificiosa diligencia; cuando se vale del arte, de tal modo lo atempera, que siempre queda oculto el artificio y la traza que se da para redondear el discurso. Le fluye expedita y abundante la palabra, llena de hermosura y encanto; de modo que le cae admirablemente el verso de Homero:

Más dulce que la miel su voz fluía.

“En claridad a nadie cede, si no es que los supera a todos. *En la invención*, que nace de la felicidad del ingenio, *deja atrás, con mucho, a todos cuantos oradores han existido hasta ahora*. Da vueltas al asunto de mil maneras inesperadas, y se encamina a su fin por donde nadie lo hubiera adivinado; y esto, con tanta libertad y soltura, que, bien mirada la cosa, se creará que no pudo dirigirse al término propuesto por ningún otro camino, ni con rumbo más feliz. Pero como nada engendra la naturaleza absolutamente perfecto, y nada produce el arte acabado en todos sus perfiles, una cosa hallarás acaso digna de reprensión en nuestro orador: y es la abundancia de tropos y semejanzas, que redundan a veces hasta el hastío. Pero de esto más se debe culpar al siglo en que vivió que al mismo Crisóstomo... Excitó las lágrimas como quiso, enmendó los vicios, aumentó la fe cristiana, derrotó a los judíos y herejes. Ni fue menor su mérito en la dialéctica que en la oratoria; y esto no podrá menos de confesarlo quienquiera que diligentemente hubiere leído sus discursos contra los anomeos y contra los judíos, en los cuales disputa agudísimamente, y de tal manera urge a sus adversarios con la fuerza de su raciocinio, que no les queda camino por donde escapar...”

Palabras de tanto encomio corroboran lo que de la elocuencia de San Crisóstomo vamos diciendo, a saber: cuán excelentemente obtuvo en sus homilías el triple fin que la elocuencia debe pretender: que la verdad se patentice, agrade y mueva el corazón.

Después de haber considerado, aunque muy de ligero, la elocuencia de San Crisóstomo, en general, algo parece que debemos decir de su método, y en particular del género homilético.

Feliz fue, por cierto, la ocurrencia de quien llamó por primera vez a San Crisóstomo el *Homero de los oradores*. Puédese afirmar, en efecto, con bastante exactitud, que tiene en la elocuencia las mismas virtudes, y aún los mismos vicios, que Homero en la poesía. Inventiva fecundísima, amplitud inexhausta, viveza descriptiva, sencillez proverbial, naturalidad y cierto colorido de popularidad encantadora son las dotes por todos reconocidas en el épico griego. Difusión y languidez, a veces por el mismo hecho de descender a tantas minuciosidades, es uno de sus principales lunares.

Contemplemos ahora a San Crisóstomo. De su inventiva poco podemos decir que no sea lánguido, aunque sólo atendamos, por ejemplo, a la serie de homilías que escribió sobre el Evangelio de San Mateo, parte pequeña de sus obras, en que, a pesar de lo parecido de la materia, hay tanta riqueza y variedad en la exposición.

Como el épico griego, San Crisóstomo tampoco se da prisa por acabar: se complace en desarrollar la materia por completo, y desentrañar las sentencias bíblicas, y hacer saborear a sus oyentes todo el jugo que logra exprimir aun de los vocablos de la Escritura. A la manera de un diestro nadador, no se fatiga braceando con angustioso movimiento, sino se complace en avanzar con majestad a través de la tranquila superficie.

Rara vez le veréis en sus homilías prorrumpir en afectos y exclamaciones, hasta haber satisfecho la inteligencia con la expresión pausada y minuciosa de la doctrina; como cauce henchido y caudaloso, se adelanta reposado, y no rompe en cascada hasta el fin de su carrera.

De esta amplitud en el desarrollo procede en San Crisóstomo como en el épico griego, al descender a minuciosidades, que dan a sus discursos tanto interés de actualidad, y los hacen ser una verdadera *homilía* (conversación) con los oyentes.

San Crisóstomo es eminentemente práctico; inútil sería el trabajo del herrero, si cuando saca de la fragua el hierro chispeante, no lo sometiera al golpe del martillo para darle la forma que pretende; así San Crisóstomo, en sus más ardientes amplificaciones, no se olvida de sacar las consecuencias más aptas para su auditorio.

Sagacísimo observador y pintor minucioso, no se contentará con vituperar los vicios en general, sino que os los pintará con los pormenores más a propósito para hacerlos odiosos, y aún para ridiculizarlos, si el caso lo merece. Oídle en la homilía sobre la Resurrección vituperar la embriaguez, y os parecerá ver el ebrio con toda la degradación de su vicio. Vedle comparar a los gentiles con los niños ⁵, y presto oiréis los murmullos de aprobación que brotan de sus oyentes por la viveza de la descripción. Leed la manera como en la homilía 49 sobre San Mateo reprende, entre severo y jocoso, el lujo del calzado, y ya os conmoverá profundamente por lo sentido de sus quejas, ya os hará sonreír por lo satírico de sus frases y descripciones.

“Temo, dice, no vaya a suceder, que si esto sigue adelante, vengan a usar nuestros jóvenes el calzado de las mujeres, sin la menor vergüenza. Y lo peor es que lo están viendo sus padres, y no se indignan, antes lo toman por cosa indiferente. ¿Queréis que os diga otra cosa más grave? Pues mientras tal hacéis ¡se ven muchos pobres en la miseria! ¿Queréis que os ponga en medio a Jesucristo hambriento, desnudo, sujeto, encadenado? Pues ¿qué rayos del cielo os mereceréis, si no hacéis caso de él viéndole aun sin el necesario sustento, y en cambio adornáis con tanto empeño las pieles del calzado...?”

“El que tan solícito se fija en el mérito de las costuras, en lo florido de los colores y en las figuras de hiedra que imita el tejido, ¿cuándo podrá mirar al cielo? ¿cuándo admirará la hermosura de allá arriba el que se pasma de la hermosura de unas pieles, y va mirando a la tierra? Dios extendió el cielo, encendió el sol, arrebató tus miradas hacia arriba; ¡y tú te obligas, cual animal inmundo, a mirar abajo, y te rindes al demonio!... Va andando con la cabeza baja el joven a quien se manda pensar en el cielo, más ufano que si hubiera hecho una grande hazaña, y camina de puntillas por la plaza, creándose continuamente superflua molestia y zozobra, por no mancharlo de lodo en el invierno, ni cubrirla de polvo en el verano. ¿Qué es lo que dices, hombre? ¿Has arrojado al fango toda tu alma por ese lujo, no haces caso de verla arrastrarse por la tierra, y te ahogas de zozobra por el calzado? Aprende su buen uso, y avergüenzate de la estima en que lo tienes. ¡Para pisar el barro y el cieno y todas las inmundicias del suelo se hicieron los zapatos! ¡Y si esto no puedes oír, suéltatelos, y cuélgatelos del cuello, o pónelos en la cabeza! —Os refs al oírlo; ¡pero a mi me sobrevienen las lágrimas por la manía y solicitud superflua de los tales!”

Este y otros innumerables pasajes de sus homilías, que se pudieran citar, maravillosamente pintan no menos su destreza y facilidad en trazar cuadros interesantes de la vida ordinaria con los rasgos más característicos y salientes, que su extremada flexibilidad para dar a los discursos un interés casi dramático. En las homilías de San Crisóstomo nunca se ve al orador aislado; siempre le veréis *hablando* con los oyentes; de ahí las frases: “¿Cómo así?” “¿Cómo se entiende esto?” “Os lo voy a explicar más claro”... “¿Por qué razón?”... De ahí tantos

dialogismos, tantas objeciones, tantas comparaciones, caseras muchas veces, pero muy gráficas, y siempre expuestas con mucha novedad; basta que él sospeche que los oyentes no le han entendido, para repetir la misma doctrina en mil formas que su ingenio fecundo y popular le suministra. ¡Cuántos tesoros puede desentrañar en la mina riquísima de sus obras todo aquel que se dedique al ministerio de la predicación sagrada, pero sobre todo el párroco celoso, encargado de la instrucción del pueblo! ¡Cuántos artificios aprenderá para cautivar la atención de sus oyentes, en aquella red de símiles y comparaciones de preguntas y respuestas! y sobre todo ¡cómo aprenderá a tener continua comunicación con sus oyentes, al sentir en las homilías como palpita por los intereses eternos de su pueblo el hermoso corazón de San Crisóstomo!

¿Y qué importa que a veces se eche de menos la estricta unidad que suele haber en nuestros sermones? Aquella elocuencia paternal, comunicativa, insinuante, popular, nos parece mucho más digna de su nombre. No obliguéis al pescador a que extienda su red con más o menos regularidad, con tal que logre henchirla de peces. Si la verdadera elocuencia consiste principalmente en discursos trazados a orden, ¡enhorabuena! concedamos la palma a la mayor parte de los sermones modernos; pero si la verdadera elocuencia consiste en hacer palpitante el corazón del orador en el pecho de los oyentes, en valerse de la palabra para hacer de los oyentes lo que se quiere; podrá decirse que un discurso donde haya menos orden, sea menos limado, menos académico; pero si logra conmover, si logra encender el corazón, si logra abrir brecha en el entendimiento y asaltar la fortaleza de la voluntad, siempre será más elocuente. ¿Qué importa que San Efreén en los discursos del juicio final vaya sin orden, haciendo brillar, como relámpagos, las escenas del último día, si su arrebató llena de saludable terror a su auditorio, y le hace prorrumpir en llanto de penitencia? ¿Qué importa que el Beato Avila, en algunos tratados del Santísimo Sacramento, se detenga en inútiles digresiones, si por otra parte enciende el pecho de los oyentes con las llamaradas de amor a Cristo, que brotan ardientes de su corazón? Defectos son éstos que, en comparación de otras grandes virtudes, y sobre todo de la verdad, sinceridad y fuego apostólico que respiran sus páginas, apenas si merecen ser tenidos en cuenta y no matan el brillo de la verdadera elocuencia. No ignoraba, no, las reglas de la unidad San Juan Crisóstomo, discípulo el más aventajado del celeberrimo Libano, pero, sin embargo,

juzgaba más oportuno sacrificar sus ideales a la capacidad y necesidad del pueblo. Está explicando una parte de la Sagrada Escritura; cunde por el pueblo un vicio; si tiene relación con la materia que explica, se aprovechará de este enlace para reprimir el vicio, sin romper la unidad de su homilía, pero si no existe tal lazo de unión, tampoco se preocupará mucho: cuando haya terminado la explicación, y sacado las consecuencias prácticas de ellas, cortará de repente el hilo, y atacará el abuso introducido, un día, dos y veinte, y no descansará hasta verlo desarraigado.

Con razón dice el P. Longhaye, en su preciosa obra sobre la predicación ⁶:

“Todo esto no siempre se podrá decir bien trabado, perfilado, académico; pero ¿dónde está lo grave de este mal? Que falta simetría al discurso; sea así, pero el predicador ha desempeñado bien su oficio, y he aquí cómo la retórica se sacrifica al apostolado. La retórica, decimos, y no la elocuencia, porque tales homilías (de San Crisóstomo) divididas en dos partes, son las más de las veces maravillosamente hermosas, y se da en ellas, sobre todo al predicador ordinario y encargado de las almas, una lección de generosa independencia de las reglas comunes y del bien decir”.

Además, téngase en cuenta que cada homilía por separado, sobre todo cuando se comienza la explicación de un pasaje largo de la Escritura, no siempre puede tener la misma perfección absoluta que un sermón, donde se desarrolla por completo un tema; pero, en cambio, la homilía es como la lección de una cátedra, que no se ha de considerar aislada, sino como dependiente del encadenamiento de las demás; y este género bien se ve cuán propio es de los que, por razón de su cargo o por otras circunstancias, se ven precisados a hacer largas series de instrucciones.

* * *

Pero ¿y hemos de volver a las homilías? —Y ¿por qué no? ¡Cuánto más interesantes y útiles serían que muchos de los sermones modernos! Con la infinita variedad de tantas historias del Viejo y Nuevo Testamento, con tantas preciosidades de doctrina, atesoradas en cada una de las divinas sentencias, y, sobre todo, con la fuerza y eficacia divina de la palabra de Dios, ¿no es cierto que renacería la avidez de oír en los oyentes, y les entraría más en provecho el manjar divino, y, por otra parte, se aliviaría, y no poco, el tedio de los mismos predicadores, que muchas veces no saben de que echar mano, por haber

agotado sus recursos oratorios? Seguiríase, además, el grandísimo fruto de que los predicadores nunca se lanzasen a hablar sin preparación más o menos esmerada, y no se desacreditaría, como tantas veces sucede, por no decirse cosa de sustancia, el púlpito sagrado. No quiere esto decir que se vayan a escribir íntegras las homilías, sobre todo cuando se tiene dominio de la palabra; y parece cosa cierta que San Crisóstomo y la generalidad de los Santos Padres, aunque las pensaban muy bien, no escribían de antemano sus homilías, que se conservan gracias a la diligencia de los taquígrafos ⁷, por lo cual se ven en ellas rasgos preciosos de espontaneidad, que nacen de sucesos imprevistos; pero lo que sí se debe exigir es que siempre se preparen con mucha precisión las ideas, y vaya el orador a presentar ante los oyentes lo que Horacio decía a otro propósito: *rem, rem, quocumque modo rem*, y no se les pueda achacar el verso proverbial:

Sunt verba et voces, praetereaque nihil.

Tampoco tratamos de aprobar exclusivamente la homilía: esta sería una exageración de mal género. Sólo tratamos de levantarla del polvo en que yace. Ahora que, con un nuevo gerundianismo, llamémosle así, científico, se habla muchas veces como desde un trono de nubes, y se cumple en muchas partes la queja de Jeremías: *Pidieron pan los niños, y no hubo quien se lo partiese*, pues están los pueblos hambrientos del pan de la divina palabra, y no se les da, o se les da sin partir, que es lo mismo; la sencillez y la verdad de la homilía nos parece el remedio más apto de tan lastimosos males. ¡Ojalá podamos contribuir en algo para remediarlos con nuestros débiles esfuerzos!

§ 2.

Elocuencia de San Crisóstomo en ocasiones extraordinarias.

1. Eutropio.— 2. Espectáculos.— 3. Estatuas, etc.

Pero si en todos los discursos en general es tan admirable, no se puede negar que hizo mayor ostentación de su brillante elocuencia en las circunstancias especiales que se le ofrecieron. Porque así como un capitán muestra mucho mejor su destreza cuando repentinamente se le presenta una batalla inesperada, y va sin el suficiente número de armas y soldados; así también no es tan admirable la elocuencia de un

orador cuando lleva sus discursos bien provistos de argumentos, ejemplos, etc., por más que después deje en libertad a su ingenio usar ya de unos, ya de otros pertrechos, como cuando de repente se ve en la necesidad de reunir y de colocar en orden de batalla sus argumentos, y pronunciarlos ante numeroso auditorio. Circunstancias semejantes se le ofrecieron más de una vez a San Juan Crisóstomo.

1. Sabida es la ocasión del célebre discurso en favor de Eutropio. Era éste ministro del débil Emperador Arcadio; después de haber hecho caer de su puesto a su rival Rufino, fue por el Emperador nombrado cónsul, el año 398. A pesar de las prudentes advertencias y consejos de San Juan Crisóstomo, que ninguna mella hicieron en su ánimo, como aparece en el discurso (§ II. “¿No te decía yo”, etc.), de su poder e influencia se aprovechó para desterrar a los principales personajes, y cometer desafueros contra los cristianos. Entre otros decretos que arrancó del Emperador; uno fue que nadie, al verse en peligro, se pudiera refugiar en la iglesia; y que si alguno lo hiciese, pudiera ser arrancado de allí a viva fuerza. Bien lejos estaba de creer que con este decreto echaba un lazo a su propia gargante. En efecto: no pudiendo ya aguantar sus arbitrariedades, la Emperatriz Eudoxia, ayudada de Gainas, malvado arriano, sublevó contra él al pueblo y los soldados: bien pronto el mismo Emperador, por condescender con el godo Tribigildo, pidió su cabeza: al verse perseguido, refugióse en la iglesia, de donde le quería también arrancar el pueblo y un grupo de gente armada: a todos hizo frente San Juan Crisóstomo; acudió al Emperador y obtuvo de él que pudiera Eutropio ser inviolable dentro del asilo de la iglesia: el día siguiente, que era destinado para celebrar a los Santos Mártires, acudió a la Iglesia inmenso concurso. San Juan Crisóstomo, teniendo delante a Eutropio, que había permanecido allí por miedo de que le mataran, considerándole como una viva imagen en que se representaba la debilidad humana, pronunció este hermosísimo discurso. Y ¿cuál fue su artificio? “Siempre, exclamó, pero sobre todo ahora, es oportuno el decir: *¡Vanidad de vanidades y todo vanidad...!*” Sublime manera de empezar en aquellas circunstancias. Pero, ¿quién, al oír esto y lo que sigue, no creería que exacerbaba más y más la irritación de la plebe contra Eutropio? Más, en realidad, nada más a propósito para calmarla, porque después que parece haberse desahogado contra él, hecho como intérprete de los sentimientos del pueblo, pasa muy fácilmente a sosegarlo, diciendo:

“Y no digo esto para echárselo en cara e insultarle en su desgracia, sino con la intención de ablandar vuestras almas, y moverlas a misericordia, y persuadiros a que os contentéis con la pena que le ha sobrevenido.”

Y nada más diremos del extraordinario mérito de este famosísimo discurso.

2. ¿Y qué podremos añadir sobre el tan justamente célebre contra los espectáculos? Aquí es donde San Juan Crisóstomo dejó suelta la rienda a sus afectos, ya de indignación, ya de dolor y vehemente sentimiento. Sólo el leerlo con atención basta para sentirse como abrumado con el peso de sus palabras; ¿qué sería oírlo de su boca? La ocasión no era para menos. El Jueves Santo del año 399 celebrábanse en Constantinopla las fiestas de los juegos circenses; olvidada la ciudad de lo que pide en tal día la gravedad cristiana, y de que el Miércoles o Martes Santo, afligidísima por una terrible tempestad, había acudido al cielo con rogativas (como se lo dice gravísimamente el Santo), acudió a los juegos del circo, en que tantos excesos solían cometerse; no contenta con esto, el mismo Viernes Santo concurrió a los espectáculos del teatro. Ya se ve qué impresión causaría tal conducta en el ánimo del Santo orador. Así es que el Sábado Santo, como no pudiendo ya reprimir el cielo, pronunció este discurso admirable, prorrumpiendo en aquellas vehementísimas palabras: “¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir?” Y terminó con la formal excomunión de los culpados. No podemos menos de confesar que es tal peso y la fuerza de este discurso, que en su comparación nos parecen fríos aun los más acalorados discursos que conocemos en los oradores profanos.

3. Otra ocasión extraordinaria en que San Juan Crisóstomo ostentó su variadísima y popular elocuencia fue la célebre sedición de Antioquía. Corría el año 387, segundo de sacerdocio de San Juan Crisóstomo. El Emperador Teodosio, por unas causas o por otras, probablemente por aumentar los fondos públicos, impuso a los antioquenos la carga de un excesivo tributo. Acuden los nobles al Prefecto; mas, en tanto, la turba, irritada, comienza a cometer desafueros; amotinada se presenta en la casa del Prefecto; a duras penas reprimida, busca otro modo de vengarse; apedrea y enloda las imágenes de los Emperadores; derriba las estatuas del mismo Teodosio y de su difunta esposa Flaccila, y las lleva arrastrando por la ciudad, hasta que al fin se vio disuelta, obligada por una banda de saeteros. Entonces fue cuando la audacia se convirtió en temor y en espanto y desesperación.

¿Quién aplacar la irritación de Teodosio? ¿Quién lograr que volviera atrás en su resolución de arrasar la ciudad de Antioquía? Para obtener el perdón, partió de la ciudad a Constantinopla el santo Obispo Flaviano; y en, tanto San Juan Crisóstomo, por los meses de Febrero, Marzo y Abril del mismo año 387, fue improvisando, según eran las noticias y diversos acontecimientos, sus 31 admirables homilías, llamadas Estatuas (ANAPIANTEE), por haberlas ocasionado el furor contra las estatuas de Teodosio y Flaccila, como acabamos de referir.

* * *

Otras ocasiones pudieran añadirse, como la de un terremoto ocurrido en la ciudad de Antioquía, la de la traslación de las reliquias de los Santos Mártires, depositadas en Santa Sofía, etc.; pero en obsequio de la brevedad, no nos queremos extender más ahora. Basta lo dicho para probar que San Juan Crisóstomo dio magníficas muestras de su extraordinaria elocuencia, tanto en las ocasiones ordinarias como en las extraordinarias que se le ofrecieron. La mejor prueba de todo lo dicho es la lectura misma de sus discursos.

III El modelo de oradores

Con mucho gusto trasladamos aquí un hermoso testimonio tomado de la *Revista popular* ⁸. Después de copiar ésta un excelente discurso que Su Santidad León XIII hizo el 4 de julio de 1880 a los señores párrocos, predicadores y teólogos de la sala Ducal del Vaticano, en el que exhorta a todos a predicar la divina palabra, *no con sentencias exquisitas y recónditas, no aderezando el discurso con especiosa pompa, sino IN SIMPLICITATE SERMONIS*, aconsejando, no obstante, *el arte oratorio*, proponiendo por modelos a los Santos Padres y como poderoso auxilio y arsenal de excelente doctrina *los libros inmortales de Santo Tomás de Aquino, sobre todo en aquella parte de sus obras en que trata de las virtudes y de los vicios, y en aquellas otras en que comenta los divinos libros*; añade estas palabras que transcribimos a la letra:

“Mons. Degiovanni y Mons. Tripepi, arrodillándose de nuevo a los pies de Su Santidad, le suplicaron que, así como había designado a Santo Tomás como patrón de los que se dedican al cultivo de la filosofía cristiana, se sirviera designar también al

Santo, bajo cuya especial protección deberían colocarse los oradores católicos.

“León XIII se dignó acceder a la súplica, formulada en nombre de todo el concurso, y haciendo en una admirable peroración un magnífico elogio de San Juan Crisóstomo, dijo que este gran Santo habría de ser en adelante el que tomaran por patrono los que se dedican a la predicación evangélica”.

Aunque la *Revista popular* no transcribe las palabras que dijo Su Santidad sobre San Juan Crisóstomo, creemos oportuno copiarlas de la *Civiltà Cattolica* (año 1880, volumen 3.^o de la serie 11.^a, pág. 368), donde se hallan, juntamente con el discurso latino de Su Santidad. Las palabras son:

“Ut optatis vestris respondeamus, sacros oratores in fidem ac tutelam collocamus Sancti Joannis Chrysostomi, Ecclesiae Doctoris, *quem omnibus ad imitandum exemplar proponimus*. Hic, ut omnibus exploratum, est, christianorum oratorum est facile princeps; aureum ejus eloquentiae flumen, invictum dicendi robur, vitae sanctitudo apud omnes gentes summis laudibus celebrantur”. “Para responder a vuestros deseos, ponemos a los oradores sagrados bajo la tutela y patrocinio de San Juan Crisóstomo, Doctor de la Iglesia, *a quien proponemos como ejemplar que todos imiten*. El es, sin dificultad, como a todos es manifestado, *el príncipe de los oradores cristianos*; el aureo río de su elocuencia, su invencible fuerza en el decir, la santidad de su vida, las celebran con sumas alabanzas todas las naciones”.

No hace falta más para saber quien ha de ser el modelo que debemos seguir en proponer la divina palabra. Acudan a otras fuentes para su daño los que en el modo de tratar las materias *sagradas* (¡ y ojalá que siempre lo fueran!)

“se pierden en un cúmulo” [son palabras de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares 9] “de divagaciones nebulosas y recónditas que están por encima de la capacidad del pueblo”, los que no quieren tener “aquel sello sagrado, aquel soplo de piedad cristiana y unción del Espíritu Santo por la que el predicador evangélico debería decir siempre: “Sermo meus... in ostensione spiritus et virtutis”, lo que “poco o nada se cuidan de la palabra divina de la Sagrada Escritura, que debe ser la principal fuente de la elocuencia sagrada” y “modernizados en mal sentido en lugar de beber su elocuencia en la fuente de agua viva, la buscan por un intolerable abuso en las cisternas rotas de la sabiduría humana; y en vez de alegar los textos inspirados por Dios o los de los Santos Padres y de los Concilios citan hasta la saciedad a los autores profanos, o escritores modernos y vivos todavía”, lo que no saben “tratar los asuntos religiosos sino con relación a los intereses terrenales, y no se remontan a los de la vida futura”; los que “enumeran las ventajas reportadas a la sociedad por la Religión cristiana, y pasan en silencio los deberes que impone”; los que “pintan al divino Redentor todo caridad, y no hacen mención de su justicia”; los que “son tan poco celosos del bien de las almas, que de ellos se puede preguntar: ¿Qué les importe el fruto, si lo que buscan es lisonjear a los oyentes, prurientes auribus; y con tal de ver las iglesias llenas, nada les importa que las almas se queden vacías?”; los que “no

hablan nunca del pecado, ni de las postrimerías, ni de ninguna de las demás gravísimas verdades que podrían causar tristeza saludable, y sólo hablan verba placentia, y aun esto con una elocuencia más tribunicia que apostólica, más profana que sagrada”; los que hablan, finalmente de manera “que su predicación aparece rodeada, tanto en la iglesia como fuera de ella, de cierta atmósfera teatral, que le quita todo carácter sagrado y toda eficacia sobrenatural”.

¡A nosotros, Dios nos libre de semejante pestilencia! Y para que no nos suceda lo que a otros predicadores, que las gentes al oírlos *mirabantur, sed non convertebantur*, acudamos a la oración, que ha de ser el primer libro, y a los pies del Crucifijo, que ha de ser el primer libro; acudamos a la Sagrada Escritura; y para entenderla mejor y adquirir, no sólo lo que hemos de decir, sino también la manera santa y elocuente de decirlo, acudamos a los Santos Padres, y en especial, a San Juan Crisóstomo. Sí: San Juan Crisóstomo es el modelo que, como acabamos de ver, propone Su Santidad León XIII a los predicadores evangélicos. Oigamos su voz y hagámonos verdaderos predicadores de Cristo, y Cristo crucificado. Los que vayan por otros caminos que los indicados por la Sagrada Congregación podrán ser buenos hablistas, buenos tribunos y buenos... traficantes de la palabra divina, y aun aplaudidos; porque *stultorum infinitus est numerus*; jamás, nunca jamás buenos predicadores del Evangelio, que prediquen a Cristo, y Cristo Crucificado.

OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO

Puédense dividir en tres secciones: *Homilías*, *Opúsculos* y *Cartas*.

De las homilías, unas son *exegéticas*, como las 67 sobre el Génesis; las otras 9 homilías separadas sobre el mismo asunto, que forman serie aparte; las 5 homilías sobre Ana, madre de Samuel, y las 3 homilías sobre David y Saúl; las homilías sobre los Salmos; 2 sobre la oscuridad de las profecías; Comentario de Isaías hasta el cap. 8, v.10; 6 homilías sobre el texto de Isaías, c.6; “Vidi Dominum”; 90 sobre San Mateo; 7 sobre el rico y Lázaro; 88 sobre el Evangelio de San Juan; 55 sobre los Hechos de los Apóstoles; 4 sobre el principio del mismo libro; 4 sobre la mudanza de nombres (en la Escritura); 32 sobre la epist. a los Rom.; 44 sobre la 1.^a a los Cor.; 30 sobre la 2.^a íd.; 3 sobre las leyes del matrimonio, tomadas de la 1.^a ep. a los Corintios; 3 sobre las palabras 2 Cor., 4, 13; Comentario sobre la ep. a los Gálatas; 24 homilías sobre la ep. a los Efesios; 15 sobre la ep. a los Filipenses; 12 sobre la ep. a los Colosenses; 11 sobre la 1.^a a los Tesalonicenses; 5 sobre la 2.^a íd.; 18 sobre la 1.^a a Timoteo; 10 sobre la 2.^a íd.; 6 sobre la ep. a Tito; 3 sobre la ep. a Filemón; 34 sobre la ep. a los Hebreos.

Otras son *mixtas*, parte expositivas, parte panegíricas, como las de la Natividad, Bautismo, la última Cena, la Cruz y el buen ladrón, el Cementerio y la Cruz, la Resurrección, Ascensión, Pentecostés.

Otras son *panegíricas*, como las 7 homilías sobre las Glorias y alabanzas de San Pablo, 3 sobre los Santos Mártires, y muchas otras en honor de algunos santos, como San Ignacio; San Babilas, San Filogonio, San Eustatio, San Melecio, etc. A este grupo se pueden agregar las homilías sobre algunos santos del Antiguo Testamento: Job, Eleazar y los Macabeos; y además, la homilía que alaba a *Diodoro*, Obispo de Tarso, y la homilía en que celebra la piedad y victorias de *Teodosio el Grande*.

Otras son *polémicas y dogmáticas*: a este grupo pertenecen 8 homilías contra los Judíos, las 12 contra los Anomeos, y la homilía sobre la Resurrección de los muertos.

Otras pueden llamarse con especial título homilías *morales*, por más que este título convenga más o menos a todas: tales son las dos intituladas Catequesis, en que explica el bautismo y sus obligaciones a los catecúmenos, y además la homilía sobre la continencia, dirigida a los recién bautizados; las homilías sobre la perfecta caridad, sobre la mansedumbre, sobre los diez mil talentos y cien denarios y olvido de las injurias; sobre la oración, sobre las delicias de la vida futura, sobre las calendas, sobre el no predicar para agradar, donde expone los deberes del predicador y de los oyentes; contra los espectáculos, etc., etc. Además, 3 homilías sobre el Demonio Tentador; 9 sobre la Penitencia; 2 sobre la consolación de la muerte.

Otras son *ocasionales*, y difícilmente puede clasificarse de modo que no queden incluidas, en parte, en alguno de los grupos anteriores: v. gr., las 21 homilías intituladas de las Estatuas, pronunciadas con ocasión del célebre tumulto de Antioquía, en que se derribaron y arrastraron por el suelo las estatuas de Teodosio y Flaccila; las homilías sobre el terremoto; las pronunciadas en la traslación de las reliquias de los Mártires en favor de Eutropio, y el día en que fue ordenado de Sacerdote; las de antes y después del primer destierro, etc.

Además de éstas y otras muchas homilías, escribió también muchos opúsculos y libros:

Demonstración contra los Judíos y Gentiles “que Cristo es Dios”; falta la 2.^a parte contra los Judíos.

Libro sobre San Babilas, contra Juliano y contra los Gentiles.

Dos libros “ad Theodorum lapsum” ¹⁰. Era Teodoro amigo de San Crisóstomo, que habiendo dejado el foro y hecho voto de continencia, se había retirado a un monasterio de Antioquía, pero, inconstante, volvió a los negocios seculares y se enredó en una mala amistad.

Dos libros sobre la compunción.

Tres libros contra los impugnadores de la vida monástica.

Comparación del rey y del monje.

Seis libros sobre el Sacerdocio.

Un libro sobre la virginidad.

Dos libros a una viuda joven.

Dos libros “de subintroductis” ¹¹.

Que nadie recibe daño sino de sí mismo. Libro escrito en el último destierro

A los que se escandalizaron por las desgracias acaecidas.

A todas estas obras deben agregarse 242 *cartas*, verdaderos monumentos de su fortaleza y constancia inquebrantables.

HOMILIA EN FAVOR DE EUTROPIO EUNUCO, PATRICIO Y CONSUL

La ocasión de esta homilía queda explicada en el prólogo.

El orden de las ideas que en ella se desarrollan es:

I. Las cosas humanas no son sino vanidad de vanidades; testigo Eutropio, que todo lo ha perdido; ¿dónde están los aplausos? ¡Qué importante es la sentencia, *Vanidad de vanidades...*!

II. Tú no hiciste caso de mis consejos; perseguiste a la iglesia, ¿y ahora es la única que te protege?

III. Eutropio es ejemplo de lo voluble de la fortuna: ayer encumbrado, hoy humillado, temblando, pálido, etc.

IV. Esto digo, no por insultarte, sino por mover la compasión de mis oyentes; los que se quejan de que le hayamos recibido en sagrado, no piensan como deben, Eutropio, enemigo de la Iglesia, buscando refugio en ella, la honra; (ilustración con el ejemplo de la Magdalena, que se postró a los pies de Cristo). Eutropio da a todo el mundo esta lección: *No hagáis lo que yo, para que no sufráis lo que yo*; la lección que da es tan interesante, que a oírla ha acudido numerosísimo auditorio.

V. De su caída todos sacan provecho, ricos y pobres; los ricos aprenden la vanidad de las cosas humanas, los pobres la seguridad de la pobreza.

VI. ¿No os habéis movido a compasión? Ya lo dicen vuestras lágrimas. Vamos, pues, a implorar misericordia para Eutropio al Emperador, que no se resistirá, puesto que él mismo ha trabajado por calmar a los soldados irritados contra este infeliz.

VII. Si el Emperador ofendido perdona, ¿por qué no vosotros? Además, acordaos de la petición. *Perdónanos nuestra deudas, ASI COMO NOSOTROS perdonamos a nuestros deudores*. El señor dice: *Misericordia quiero, y no sacrificio*. Seamos misericordiosos, si queremos ver a Dios misericordioso.

I

Siempre, ciertamente, pero sobre todo ahora, es oportuno el decir: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*. ¿Dónde está ahora la brillante vestidura del cónsul? ¿Dónde las hachas resplandecientes? ¿Dónde

los aplausos, y las danzas, y los convites, y los concursos? ¿Dónde las coronas y los tapices? ¿Dónde el tumulto de la ciudad, y las aclamaciones en las corridas de caballos, y las adulaciones de los espectadores? Todo aquello pasó, y sopló el viento con ímpetu, y arrancó las hojas del árbol, y nos lo mostró desnudo, y le hizo estremecerse desde su misma raíz, y tal fue su empuje, que amenazaba arrancarlo de cuajo, sacando las mismas fibras del árbol. ¿Dónde están ahora los amigos fingidos? ¿Dónde los banquetes y orgías? ¿Dónde el enjambre de parásitos, y la abundancia de vino por todo el día, y las variadas artes de los cocineros, y los que, falsos esclavos del poder, todo lo hacían y decían para adular? Noche era todo aquello y sueño, y llegado el día desapareció; flores eran primaverales, y, pasada la primavera, todas se marchitaron; sombra era, y pasó de largo; humo era, y se disipó; pompas eran y se deshicieron; telas eran de araña, y se deslizaron; por esto continuamente entonamos y repetimos esta sentencia del Espíritu Santo: “Vanidad de vanidades y todo vanidad”; por ser tal, que convendría estuviera esculpida en las paredes, y en los vestidos, y en la plaza, y en las casas, y en los caminos, y en las puertas, y en los atrios, y, sobre todo, en la conciencia de cada uno, que siempre la debería meditar; y puesto que habiendo en las cosas tanto de mentira, de máscara y de ficción, la mayor parte las mira como verdaderas, sería bien que cada día en la comida, en la cena, en las reuniones, advirtiera cada uno a su prójimo, y a su vez fuera de él advertido, que no hay sido vanidad de vanidades; todo vanidad.

II

¿No te decía yo continuamente que el dinero es un siervo fingido? Más tu no me querías sufrir. ¿No te decía que es un criado ingrato? Mas tú no te querías persuadir. Y he aquí que la experiencia te ha enseñado de hecho, que no sólo es esclavo fugitivo e ingrato, sino también homicida; porque él es el que ahora te ha hecho temblar y estremecerte. ¿No te decía yo, mientras continuamente me reprendías por decirte la verdad: “yo te amo más que los que adulan, yo que te reprendo te amo más que esos que hacen tu gusto?” ¿No añadía a estas palabras, que “son más de fiar las heridas de parte de los amigos, que los voluntarios besos de los enemigos?” (Prov., 27, 6)., si entonces hubieras aguantado mis heridas, no te hubieran los ósculos de aquellos acarreado ahora la muerte; porque mis heridas dan salud;

pero sus óculos te han causado una enfermedad incurable. ¿Dónde están ahora los coperos? ¿Dónde los que te iban abriendo campo en la plaza, y te decían de parte de todos innumerables encomios? Huyeron renunciaron a tu amistad, buscan su propia seguridad, valiéndose de tu peligro y angustia. Mas nosotros, no así; sino que, ni antes en tu displicente ira te abandonamos, ni ahora en tu caída dejamos de socorrerte y curarte. Y mientras la Iglesia, por ti combatida, ha abierto su seno para recibirte, los teatros por ti tan protegidos, por cuya causa tantas veces te enfurecías contra nosotros, te han hecho traición, y te han arruinado, y a pesar de todo yo no desistía jamás de decirte: “¿Cómo haces eso? ¿No ves que al derramar tu furor contra la Iglesia, te arrojas a ti mismo al precipicio?”, pero de nada hacías caso. Y he aquí que ahora los juegos del circo, una vez consumido tu dinero, han aguzado la espada contra ti; mas la Iglesia, que tuvo que aguantar tu intempestivo frenesí, corre y se afana, para poderte arrancar de las redes.

III

Y esto lo digo ahora, no por insultar al caído, sino por asegurar más a los que están en pie; no para restregar las úlceras del herido, sino para conservar en sanidad, sin peligro, a los que aún no están heridos; no para hundir en el fango al náufrago agitado de las olas, sino para amaestrar a los que navegan con viento próspero, de modo que no se sumerjan. ¿Y cómo se podrá conseguir este fruto? Si consideramos las mudanzas de las cosas humanas; porque también éste ¹², si hubiera temido la mudanza, no la hubiera tenido que sufrir. Pero ya que él ni por sí propio, ni ayudado por otros, se hizo mejor; vosotros, los que os gozáis con las riquezas, sacad fruto de su desgracia: porque nada hay menos firme que las cosas humanas; por eso, nunca se llegará a la realidad de lo que ellas son, sea cual fuere el nombre que se les aplique por su poca estabilidad; bien se las llame humo, heno, sueño, flores primaverales... cualquiera cosa: ¡tan frágiles son, y más nada que la misma nada! Y además de su futilidad tienen evidentemente muchísimo peligro. ¿Quién subió más alto que este infeliz? ¿No recorrió con sus riquezas toda la tierra? ¿No se remontó a la misma cumbre de las dignidades? ¿No temblaban de él todos, y le temían? Mas he aquí que ha llegado a ser más miserable que los encarcelados, y más digno de compasión que los esclavos, y más

necesitado que los pobres consumidos de hambre, pues cada día tiene ante los ojos las espadas aguzadas contra él, el abismo, los virtudos, y hasta el camino que conduce al cadalso, y ni aún se acuerda si se vio en la pasada felicidad, ni goza siquiera de la lumbre del sol; sino que en pleno medio día se ve privado del uso de sus ojos, como encerrado entre paredes y en noche densísima; pero, en fin, por más calamidades que de él digamos, no podremos pintar con palabras el sufrimiento que es preciso experimentar al temer cada hora ser muerto. Pero ¿qué necesidad hay de nuestras palabras, si como en una imagen, nos presenta en si mismo la pintura de cuanto digo? Porque ayer, cuando vinieron del palacio imperial a arrastrarle por fuerza, y se refugió en sagrado, su rostro, como también ahora, ninguna ventaja hacía al de un difunto; rechinaba sus dientes, temblaba con agitación todo su cuerpo; su voz entrecortada, su lengua embarazada, y toda su figura tal, cual era razonable la tuviera un alma de piedra.

IV

Y no lo digo por echárselo en cara e insultarle en su infortunio, sino con la intención de ablandar vuestros ánimos, y moverlos a misericordia, y persuadiros a que os contentéis con la pena que le ha sobrevenido; porque habiendo entre nosotros muchos inhumanos, que también contra mí se quejan de que le he recibido en sagrado; queriendo con mis palabras ablandar su dureza, os lo presento delante, y pondero sus infortunios.

¿Por qué te airas, díme, amado oyente mío? —Porque se ha refugiado en la Iglesia, responde, quien continuamente la ha combatido—. antes por eso precisamente convendría glorificar a Dios, pues ha permitido se viera en tal necesidad que aprendiera cuánto es el poder y la caridad de la Iglesia: el poder, si, porque ha sufrido tal trastorno por sus ataques contra ella; su caridad, porque, atacada por él, ahora le ofrece el escudo, y le ha recibido bajo sus alas y le ha colocado en seguro, sin acordarse en nada de los males pasados, antes abriéndole su seno con entrañable amor. Este es el trofeo más ilustre, ésta la más gloriosa victoria, ésto es lo que confunde a los gentiles, ésto es lo que avergüenza a los judíos, ésto es lo que les muestra el apacible rostro de la Iglesia, que, teniendo al enemigo cautivo, le perdona, y mientras todos los demás le han despreciado y dejado solo, únicamente ella, como cariñosa madre, le ha ocultado con su propio manto, y ha hecho

frente a la ira del Emperador y al furor e insufrible odio del pueblo; éste es el verdadero ornato del altar. —¿Qué honor, dirá alguno, que toque el altar un criminal, avaro y ladrón?— No digas eso. Porque también la mala mujer, aquella mujer execrable e impura, tocó los pies de Cristo, y no fue este suceso digno de reprensión en Jesús, sino de admiración y grande alabanza; porque no dañó al puro la impura, sino que el puro e inocente hizo con su contacto pura a la fornicaria. No te acuerdes ¡oh hombre! de las injurias; siervos somos de aquel que crucificado decía: *Perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Luc., 23, 34).

Pero es que cerró como con un muro, dirás, la entrada a este lugar de refugio, con diversos decretos y leyes. —Pero mira, ya por el hecho ha entendido lo que hizo, y él ha sido el primero en destruir, con lo que acaba de hacer, su propia ley, y se ha convertido en espectáculo de toda la tierra, y en su mismo silencio lanza desde ahí estas voces, con que a todos exhorta: *No hagáis lo que yo, para que no sufráis lo que yo.*

Hase convertido en maestro con el infortunio, y el altar despidió rayos de singular resplandor, y se manifiesta ahora como nunca terrible, por tener junto a sí encadenado al león; porque grande es el honor que se hace a la efigie del Emperador, no sólo cuando aparece sentado sobre el trono, ceñido de púrpuras y coronado con la diadema, sino también cuando a sus pies yacen los bárbaros, atados a la espalda los brazos e inclinadas al suelo las cabezas.

Ni ha tenido necesidad de valerse para convocaros de la persuasión de las palabras; testigos vosotros con vuestra prontitud en concurrir.

Es, en efecto, brillante el espectáculo, ilustres la concurrencia de hoy; pues la mansedumbre de pueblo que ahora veo no es menor que la que ví reunida en la Sagrada Pascua; de tal manera este infeliz con su silencio mismo os ha convocado, emitiendo una voz más penetrante que la de una trompeta; y dejando las doncellas su retiro y las matronas los gineceos, y los hombres la plaza, todos habéis concurrido aquí, a ver la naturaleza humana confundida, y expuesta en su desnudez a la vista de todos la inconstancia de las cosas humanas, y aquel su rostro impuro que ayer y anteayer tanto resplandecía (porque tal es la felicidad que nace de las injusticias, más deforme que cualquiera viejezuela llena de arrugas), borrados ya por el infortunio como con una esponja los afeites y coloretos.

V

Tal ha sido el poder de este infortunio, que al que hace poco resplandecía y brillaba le ha hecho aparecer ahora más despreciable que ningún otro. Si ha entrado aquí algún rico, saca gran provecho, porque viendo al que conmovía la tierra derribado de tal altura, y encogido, y más tímido que una liebre y una rana, y sin ataduras atado a esta columna, y cohibido como con cadenas por el temor, y amedrantado y tembloroso, reprime su vanidad, deja la hinchazón, y pensando lo que conviene sobre las cosas humanas, se retira después de aprender en los hechos lo que con palabras nos dice las Escrituras: “Que toda carne es heno, y toda la gloria del hombre como la flor del heno; y marchitóse el heno, y su flor vino a tierra” (Isaías, 40, 7), “que como el heno pronto quedarán marchitos, y que como hojas de grama pronto vendrán a caer; que como humo son sus días” (Sal. 36, 2) y otras cosas parecidas. A su vez, si ha venido algún pobre y ha mirado a ese rostro, no se desprecia ya a sí mismo, ni se entristece por la pobreza, sino que hasta se reconoce deudor a ella, porque se ha convertido para él en lugar de refugio, y puerto sin olas, y muralla segura; y mil veces, al ver esto, preferirá permanecer donde está, que recibir todas las riquezas para breve tiempo, y al fin verse a sí propio en peligro de la misma vida. ¿Ves cómo de haberse éste refugiado aquí no ha sido poca la ganancia que ha resultado para los ricos y para los pobres, para los humildes y para los encumbrados, para los siervos y para los libres? ¿Ves cómo cada uno se retira de aquí con saludable remedio y curado con sólo la vista de éste?

VI

Decidme: ¿He calmado ya vuestro furor y desvanecido la ira? ¿He extinguido ya el fuego de vuestra inhumanidad? ¿Os he ya movido a compasión? Así lo creo, y bien lo muestran vuestros rostros y las fuentes de lágrimas que os están corriendo. Ya, pues, que la piedra se nos ha convertido en suelo profundo y fértil; ea, produzcamos también el fruto de la misericordia y mostrando en nosotros, como abundante mies, el fruto de la compasión, postrémonos ante el Emperador, o más bien, invoquemos a nuestro benigno Dios, para que aplaque la ira del Emperador y ablande su ánimo, de modo que nos conceda gracia completa. Y, por cierto, que ya desde el mismo día en que este infortunado se acogió a este lugar, no fue pequeña la mudanza del

Emperador; pues cuando supo que corrió a buscar auxilio en este lugar de refugio, en presencia del ejército que estaba irritado por los desmanes de éste y le pedía para la muerte, hizo un largo razonamiento, calmando el furor de los soldados, y pidiéndoles no se acordaran tan sólo de lo malo, sino también de lo bueno, si algo había, que éste hubiera hecho, reconociéndose agradecido por lo uno, y perdonándole por lo demás como a hombre.

Pero como ellos persistieran en pedir justicia contra el ultraje del Emperador, clamando, saltando de furia, pidiéndole para la muerte y agitando las lanzas, el Emperador, derramando de sus benignísimos ojos fuentes de lágrimas, hízoles recordar como éste se había acogido a la sagrada mesa, y pudo así calmar el furor.

VII

Ahora bien, hagamos también nosotros algo de nuestra parte: porque, ¿qué indulgencia, si mientras el Emperador, que recibió la injuria, no se acuerda de ella, vosotros, sin haber padecido nada semejante, mostráis tan vivo resentimiento? Y ¿cómo, después que se disuelva esta reunión, podréis llegaros a los santos sacramentos, y decir aquella oración, en la que se nos manda repetir, *perdónanos, como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, si exigís justicia contra vuestro deudor? ¿Ha cometido grandes injusticias y desafueros? Tampoco yo lo negaré. Pero no es este tiempo de justicia, sino de misericordia; no de cuentas, sino de benignidad; no de examen, sino de perdón; no de enjuiciamiento y castigo, sino de piedad y gracia. Nadie, por consiguiente, se encienda en ira ni quede resentido; antes por el contrario, supliquemos a nuestro amoroso Dios que le alargue la vida y le arranque de las garras de tan inminente muerte, para que se despoje de sus culpas. Y todos a una dirijámonos a nuestro benigno Emperador y supliquémosle que por la Iglesia, por el altar, haga gracia de la vida de un hombre a la sagrada mesa. Si esto hiciéremos, el mismo Emperador nos recibirá, y Dios, mejor que el Emperador, nos alabará, y por esta caridad nos concederá grande recompensa. Porque así como aparta de sí y aborrece el duro e inhumano, así al misericordioso y caritativo le junta consigo y le ama; y si es justo, le entrelaza coronas más brillantes; si pecador, se olvida de sus pecados, dándole esta recompensa por la compasión para con su consiervo; porque *misericordia quiero, dice y no sacrificio* (Os., 6, 6). Y en cualquiera

de la Escritura puedes ver como siempre exige lo mismo, diciendo que en esto está la remisión de los pecados. De este modo, por consiguiente, también nosotros le haremos propicio, de este modo obtendremos perdón de nuestros pecados, de este modo honraremos a la Iglesia, de este modo mereceremos también las alabanzas del Emperador, como antes he dicho, y nos aplaudirá todo el pueblo y admirarán los términos de la tierra, la benignidad y mansedumbre de la ciudad, y viendo los habitantes de todo el mundo lo que ha sucedido, pregonarán con elogio nuestros nombres. Al fin, pues, de que goce-
mos de tales bienes, postrémonos, invoquemos, roguemos a Dios, arranquemos de este peligro al prisionero, al fugitivo, al esclavo, para que también nosotros gocemos de los bienes venideros, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA CONTRA LOS ESPECTACULOS

El título es HOMILIA DIRIGIDA A LOS QUE, DEJANDO LA IGLESIA, SE FUERON A LAS CORRIDAS DE CABALLOS Y ESPECTACULOS

El motivo de esta homilía queda expuesto en la Idea general,
II, § 2.º, 2, pág. 24.

El curso de la homilía es el siguiente:

I. Empieza con un exordio *ex-abrupto* vehementísimo: “¿Esto se ha de tolerar?” Acomoda a sus propósitos las palabras de Dios a los hebreos: *Pueblo mio, ¿qué te he hecho?* Describe los gritos desaforados de los espectadores de los juegos, y se compara a sí mismo con un navegante azotado por violento oleaje. Síguese una hermosa ficción oratoria, “si algún extraño”, etc., en que pondera cuán indignamente obraron los cristianos de Constantinopla, ciudad de los Apóstoles, y esto, no cualquier día, sino el Jueves y Viernes Santo, y vuelve a repetir las palabras: *¿Esto se ha de tolerar?*

II. Describe con mucha viveza cómo por una violenta tempestad habían tres días antes acudido a implorar el auxilio divino y lo obtuvieron. Con esto hace resaltar mucho más la ingratitud y ceguera de los que al momento se olvidaron de esto, y se fueron a las carreras de caballos. Por medio de una interrogación muy picante les dice cuánto mejor hubiera sido sojuzgar las pasiones indómitas, que ver carreras de caballos.

III. Dios nos pedirá cuentas de todos los días de la vida: ¿qué le responderemos del día de los espectáculos? Patética enumeración de los beneficios de Dios y oposición de nuestra ingratitud. Pondera cómo no se contentaron con el primer día, sino que fueron a los espectáculos también el siguiente. Sentida descripción de los padres que llevaban de la mano a sus hijos.

IV. Objeción: ¿Qué mal hay e esto? Respuesta: Los que tal dicen están ciegos. Cristo dice: Quien mira lascivamente, peca. Objeción: No mira lascivamente. Respuesta con más energía: No me lo podrás persuadir, dada la fragilidad humana y el gravísimo peligro del teatro. Frutos perniciosos que de él se siguen, mientras permanecen en la fantasía aquellas imágenes impuras.

V. Extraña ceguera del hombre que voluntariamente busca su perdición; y, como voluntariamente está enfermo, no quiere medicina para su mal. Mas ya desde ahora sufre el castigo, y después no podrá presentarse en la gloria.

VI. Estoy viendo la impresión que os causan mis palabras; creo que muchos de los que lloran no son culpados, y por eso me da más pena que haya el diablo metido sus garras en un rebaño como éste. Pero ahora es ya de cerrarle las puertas. Objeción: "Son pocos los extraviados". Respuesta: Aunque fuera uno, pues por él dio el Padre Eterno a su Hijo Unigénito.

VII. A fin de evitar semejante mal para en adelante, voy a hacer uso de mi potestad (sustentación oratoria, que termina con la formal excomunión de los culpados); para ganar a vuestros hermanos debéis, por ahora, separaros de ellos; el que se junte con ellos será ante Dios tenido como cómplice. Yo, sobre todo, debo en estos casos obrar con toda libertad, porque he de dar cuenta, no sólo de mi alma, sino también de la vuestra, y jamás dejaré de hacer lo que debo, aunque sea cosa muy áspera. ¡Ojalá pronto vuelvan al redil los descarriados!

I

¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir? Y ante vuestra propia conciencia quiero citaros a juicio. Así lo hizo también Dios con los hebreos, porque haciéndolos a ellos sus propios jueces, les decía: *Pueblo mío, ¿qué te he hecho en qué te he contristado, o en qué te he causado enojo? Respóndeme* (Miqueas, 6, 7). Y de nuevo: *¿Qué culpa hallaron en mí vuestros padres?* A él, pues imitaré también yo y os diré por segunda vez. ¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir? Después de tan largas series de sermones y de tantas instrucciones, nos dejaron a nosotros y, tránsfugas, se fueron a ver los certámenes de caballos, y tan furiosos andaban, que llenaron toda la ciudad de clamores y gritos desaforados que excitaban mucha risa, o mejor dicho, llanto! Yo, entonces, sentado en mi casa, al oír aquel clamor tan sin concierto, sufrí más que los que se ven agitados por el oleaje. Porque así como estos, al ver como las olas se quiebran en los costados de la nave, se estremecen por lo inminente del peligro, así, cuando herían mis oídos aquellas oleadas de gritos, miraba al cielo, y cubría mi rostro; y mientras tanto, los unos en los palcos se portaban tan sin juicio, y los otros abajo en medio de la plaza aplaudían a los aurigas, voceando todavía más que ellos. Y ¿qué responderemos o cómo nos defenderemos si algún extraño, presentándosenos delante, nos llamare y dijere: *¿Esto hace la ciudad de los Apóstoles* ¹³. *¿la que tuvo tal doctor* ¹⁴? *¿Esto, el pueblo amante de Cristo, teatro no material, sino espiritual?* ¡Y ni siquiera respetastéis el día en que se conmemoraban los misterios de nuestra redención! sino que el Viernes Santo, cuanto tu Señor era crucificado por el mundo, cuando era sacrificada tal víctima, y se abría el paraíso, y era restituido el ladrón

a su antigua patria, y (Galat., 3, 3) se borraba la maldición, y desaparecía el pecado, y se anulaba la guerra temporal, y se reconciliaba Dios con los hombres, y todo volvía a su orden, en aquel día, cuando se debiera ayunar, y glorificar a Dios, y enviarles oraciones en acción de gracias por haber hecho tan inmensos bienes al mundo...; entonces, tú ¿dejas la Iglesia, y el sacrificio espiritual, y la reunión de tus hermanos, y la gravedad del ayuno, y cautivo del demonio, te lanzas a aquellos espectáculos? ¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir? Porque no cesaré de decir esto continuamente y desahogar de esta manera mi pena, no reprimiéndola en silencio, sino poniéndola en medio y delante de vuestros ojos. ¿Cómo podremos en adelante hacer a Dios propicio? ¿Cómo aplacar sus iras?

II

Tres días hace que rasgadas las nubes se deshicieron en tormentas y lluvias, destrozándolo todo, arrancando, por decirlo así, el alimento de la misma boca de los labradores, derribando las doradas espigas, corrompiéndolo todo por el avaro ímpetu de la inundación; hiciéronse letanías y rogativas, y toda nuestra ciudad, como un torrente, corría a los lugares de los Apóstoles, y escogimos por protectores a San Pedro y al bienaventurado San Andrés y a los Santos Apóstoles Pablo y Timoteo. Después de esto, aplacada la ira divina, atravesando el mar y atreviéndonos con el oleaje, corrimos a los príncipes de los Apóstoles San Pedro, base de nuestra fe, y San Pablo, vaso de elección, haciendo una fiesta espiritual, y pregonando sus combates, sus trofeos y sus victorias contra los demonios. ¿Y no ha sido bastante ni el terror por lo sucedido para reprimirte, ni la grandeza de los Apóstoles para amaestrarte, y no hace más que pasar un día, y sales fuera de ti, y voceas, despreciando a tu alma maltratada y cautiva de los apetitos? Si querías ver corridas de irracionales, ¿por qué no unciste tus apetitos irracionales, tu ira y tu concupiscencia? ¿Por qué no les pusiste el freno de la razón, provechoso y blando, ni te sobrepusiste a ellos por el recto juicio, ni corriste al premio de la vocación de la gloria, no corriendo de vicio en vicio, sino desde la tierra al cielo? Ese sí que es género de corridas, que trae, además de la satisfacción, mucha utilidad.

Pero tú, dejando de alcanzar, como era sencillo y natural, los premios que tenías en tu casa y en ti mismo, te sentaste a ver la

victoria de los demás, consumiendo tal día en cosa tan vana, tan frívola y tan perversa.

III

¿Acaso no sabes que, como nosotros, cuando damos dinero a nuestros esclavos, les exigimos cuentas hasta de un óbolo, así Dios nos pedirá razón de los días de nuestra vida, de qué manera empleamos cada uno de ellos? Y ¿qué le responderemos? Y ¿cómo nos defenderemos cuando nos exija cuentas de aquel día? Por ti salió el sol, por ti la luna iluminó la oscura noche, y brilló el lucido coro de los astros, por ti soplaron los vientos, corrieron los ríos, por ti germinaron las semillas y nacieron las plantas, y conservó la naturaleza su propio curso, y amanecieron los días, y pasaron de largo las noches; todo esto sucedió por ti, y tú, a pesar de servirte todas las criaturas, ¿cumples la voluntad del demonio? Y recibiendo de Dios tal mansión como este mundo, ¿no le has prestado reconocimiento?

Y no te bastó el primer día, sino también el día siguiente, cuando debías detenerte un poco para ver el pecado cometido, te lanzaste de nuevo al teatro; corriendo del humo al fuego, de un abismo a otro más temible. ¡Deshonraban los ancianos sus canas, y arrojaban al precipicio los jóvenes su juventud, y los padres conducían a sus hijos, empujando desde un principio su edad inexperta, hasta el abismo de la maldad. ¡No se equivocaría quien en vez de padres llamase paricidas a quienes de este modo pierden las almas de sus hijos!

IV

¿Y qué mal hay en esto? me decís. Esa es principalmente mi amargura; que estás enfermo, y no sabes que estás enfermo, ni llamas al médico. Quedaste lleno de ideas impuras y preguntas ¿qué mal hay? ¿Nunca has oído las palabras de Cristo: *Quien mira lascivamente a la mujer, ya ha pecado* (Mt., 5, 28)? ¿Y qué con eso, dirás, si no miro lascivamente? Mas ¿cómo me podrás persuadir de ello? Porque quien no puede refrenar su vista, sino que pone tal empeño en darle gusto, ¿cómo después de haber mirado podrá quedar en pie? ¿Tienes acaso cuerpo de piedra? ¿Lo tienes de hierro? De carne estás vestido, y de carne humana, que se inflama con la concupiscencia más fácilmente que el heno. Y ¿qué digo en el teatro? en la calle me turbo yo si me encuentro con alguna mujer: y tú, sentado en el palco, donde hay

tantos incentivos de lujuria, viendo a una meretriz que sale suelta la cabellera con gran desvergüenza, con vestiduras de oro, consumida por la liviandad y molicie, cantando cantares obscenos, versos lúbricos, diciendo palabras desvergonzadas, haciendo tales gestos ¹⁵ como tú que los viste te los puedes figurar, miras al suelo y te atreves a decir que no te pasa lo que a los demás hombres? ¿Es tu cuerpo de piedra? ¿Es de hierro? ¿Eres tú más firme que aquellos grandes y generosos varones, que por sólo una mirada fueron derribados? ¿No has oído lo que dice Salomón? *¿Podrá nadie andar sobre brasas encendidas, y no quemarse los pies? ¿Podrá nadie guardar el fuego en su seno, y no quemarse los vestidos? Tal es el que comunica con mujer ajena* (Prov., 6, 28, 27, 29).

Y aunque constantemente la deshonestidad, con tu deseo la consumaste, y en tu pensamiento cometiste el pecado. Y no sólo en aquellos instantes, sino aún después del teatro; ya la meretriz se ha retirado, y llevas grabada su imagen en tu alma, con sus palabras, sus gestos, sus miradas, su paso, sus movimientos candenciosos, los meneos de su impuro cuerpo; y te retiras traspasado de innumerables heridas. ¿De dónde sino de aquí las ruinas de las familias? ¿De dónde la pérdida de la vergüenza y castidad? ¿De dónde la división de los casados? ¿De dónde sus guerras y rencillas? ¿De dónde esos desabrimientos tan sin juicio? Porque después que saciado te llegaste a tu casa cautivo de ella, ya tu esposa te parecía más desapacible, tus hijos más importunos, tus criados fastidiosos, tu casa cargosa, tus cuidados de costumbre para el arreglo de lo necesario de tu casa se te hacen enojosos y cualquiera que se presenta, pesado e insoportable. La razón es ésta: no volviste solo a casa, sino llevando contigo a la meretriz, no descubierta y manifiestamente (que sería más leve daño, porque pronto la apartaría tu esposa), sino sentada en tu pensamiento y conciencia, y encendiendo dentro un horno de Babilonia, y todavía más terrible que aquel, pues no tiene por combustible estopa, nafta y pez, sino todo lo que ya hemos dicho, y todo lo habido y por haber. Y así como los que se abrasan con fiebre, sin tener de que quejarse contra los que les sirven por la molestia de la enfermedad se hacen desabridos con todos, rehusan los alimentos, se enfadan con los médicos y se enfurecen contra los que van a auxiliarlos; así también los que están enfermos de esta terrible enfermedad, andan abatidos, llenos de desabrimiento, viendo en todas partes aquella mala mujer.

V

¡Oh desgracia de desgracias! El lobo y el león, y las demás fieras heridas, huyen del cazador; mas el hombre racional herido sigue a quien le hirió, de modo, que recibe otro dardo mucho peor, y padece con gusto su herida, y lo que es más acerbo aún, hace su enfermedad incurable. Porque quien no aborrece la úlcera ni quiere verse libre de ella, ¿cómo ha de llamar al médico? Esto me causa honda tristeza y quebranto, que os retiráis de allá con tanta ruina de vuestra alma, y por un pequeño placer sufrís continuo pesar; porque ya antes del infierno y del suplicio de la otra vida, os causáis aquí a vosotros mismos el tormento más extremo. Y si no, dime: ¿no es el mayor castigo alimentar semejante concupiscencia, y abrasarse en ella continuamente, llevar en todas partes un horno de impuros amores, y sufrir el remordimiento de la conciencia? ¿Y cómo subirás a aquellas puertas celestiales? ¿Cómo participarás de la sagrada mesa? ¿Cómo podrás oír los elogios de la continencia, lleno de tales úlceras y heridas, y teniendo el alma esclava de la pasión?

VI

¿Y para qué decir más? Por lo que en estos momentos hacéis se puede ver la amarga tristeza de vuestras almas: ahora mismo estoy viendo cómo, mientras hablo, se golpean algunos las frentes; y os doy el parabién, porque sois un pueblo tan misericordioso. Y al punto se me ofrece que hacen esto muchos de los que no han pecado, doliéndose de las heridas de sus hermanos. ¡Y esto es lo que me causa gran pena y quebranto, que desgarre el diablo un rebaño como éste! Pero si queréis pronto le cerraremos la puerta. ¿De qué manera? Si sanamos a los enfermos, si extendemos la red de la santa doctrina, si vamos a buscar a los que han sido presa de las fieras, y a arrancarlos de las mismas fauces del león. Y no me digas: *Pocos son los extraviados del rebaño*. Aunque sean solos diez, no es pequeña la pérdida; y aunque sean cinco, y aun dos, y aun sólo uno. También aquel buen Pastor dejó por esto las noventa y nueve ovejas, y corrió tras una, y no volvió hasta traerla consigo, y llenó el número de cien, que se había destruido por la defección de esta oveja perdida. No me digas, pues, que es una; sino acuérdate que es un alma por la cual fueron criadas todas las cosas visibles, por la cual se estatuyeron leyes y castigos, y

penas, y se hicieron mil cosas maravillosas, y tantas y tan variadas obras de Dios; por la cual no perdonó ni a su Hijo Unigénito. Piensa bien qué precio se dio aun por sólo uno, y no desprecies su salvación; antes sal a buscarle, y devuélvenoslo, y persuádele que no vuelva a caer en lo mismo, y entonces será suficiente nuestra excusa.

Pero si no hiciere caso ni de mis consejos ni de vuestras exhortaciones, haré por fin uso de la autoridad que Dios me ha dado, no para destrucción, sino para edificación.

VII

Por eso os advierto de antemano, y con voz bien clara y elevada os anuncio, que si alguno, después de esta exhortación e instrucción, se lanza a presenciar esos perdidos e ilícitos espectáculos, no le recibiré dentro de este recinto, no le administraré los sacramentos, no le permitiré llegarse a la sagrada mesa, sino que, como los pastores apartan de entre las sanas a las ovejas roñosas, para que no comuniquen su enfermedad a las demás, así obraré también yo. Porque si antiguamente el leproso era lanzado fuera de las murallas, y aun cuando fuese rey, era arrojado fuera con su diadema, con mayor razón nosotros arrojuremos de este sagrado recinto a quien tiene lepra en el alma. Y así como al principio me he valido de exhortaciones y consejos, así ahora, después de tal exhortación e instrucción, preciso es cortar por lo vivo. Porque ya hace un año que vine a esta vuestra ciudad, y no he cesado jamás de deciros muchas veces esto mismo. Ya, pues, que algunos no quieren dejar su lepra ¡ea!, ahora ya, cortemos por lo vivo. Y si no tengo espada, tengo una palabra más cortante que toda espada; y sino tengo fuego, tengo una doctrina más ardiente que el fuego, y capaz de abrasar más eficazmente que él. No despreciéis, pues, mis palabras, porque, aunque soy despreciable y miserable, pero con todo, por la gracia de Dios, tengo en mis manos una dignidad que puede todo esto, *¡Sean, pues, excomulgados los tales, para que los sanos se conserven más sanos, y los enfermos se repongan de tan grave enfermedad!* Y si os habéis horrorizado al oír esta frase (porque a todos os veo cabizbajos y sin aliento), conviértanse y quede anulada la excomunión, porque así como tenemos potestad para atar, así la tenemos para desatar y reducir de nuevo a la Iglesia. Y no queremos cortar de este cuerpo a nuestros hermanos, sino arrojar de la Iglesia la ignominia.

Ahora, en tanto, se reirán de nosotros los gentiles y se burlarán los judíos, cuando por nuestros pecados así nos despreciamos; pero después ellos mismos nos alabarán más que nadie, y admirarán a la Iglesia, y venerarán nuestras leyes. Nadie, pues, de los que perseveren en semejantes impurezas se llegue a la Iglesia; antes sea castigado por vosotros, sea tenido por común enemigo. *Si alguno, dice San Pablo, no obedece a nuestras palabras por medio de esta carta, a este tal notadle y no os mezcléis con él* (2 Tes., 3, 14). Haced eso mismo vosotros: no les respondáis, ni lo recibáis en casa, ni estéis con ellos a la mesa, ni al entrar, ni al salir, ni en la calle, que así los ganaremos fácilmente. Y como los cazadores a las fieras más astutas las acosan no por una sino por todas partes, empujándolas hacia la red, acosemos también nosotros de este modo a los que se han convertido en fieras, y pronto, yo por un lado, vosotros por otro, los meteremos en las redes de la salvación. A fin, pues, de que esto suceda, indignaos también vosotros como yo, o mejor dicho, entristeceos por el desprecio de las leyes de Dios, y apartaos por un poco de tiempo de vuestros hermanos víctimas de tan grave enfermedad y desprecio de la ley, para que los podáis tener siempre con vosotros. Porque no será leve vuestro juicio, si despreciáis esta pérdida, antes recibiréis terrible castigo. Puesto que si entre los hombres, cuando huye un siervo después de haber robado algo de oro o plata, no es castigado tan sólo él, sino también todos los que lo sabían y no le denunciaron, mucho más en la Iglesia de Dios. Porque te dirá entonces Dios: “Tú que veías, no ya cómo se robaban en mi casa los vasos de oro y plata, sino cómo era saqueada la continencia, y cómo el que recibía mi Cuerpo precioso y participaba de tal sacrificio se pasaba al bando de Satanás y cometía semejantes desafueros, ¿cómo callaste? ¿Cómo lo toleraste? ¿Cómo no se lo avisaste al sacerdote?” Y entonces te exigirán cuentas con todo rigor.

Por eso también yo, por más que os haya de doler, no perdonaré a los más dolorosos castigos. Porque mucho mejor es sufrir aquí tristeza, y libraros del juicio venidero, que halagaros con mis palabras y ser entonces condenado con vosotros. No es para mí seguro ni sin peligro el sufrir tales cosas en silencio. Porque cada uno de vosotros responderá de su propia alma; mas yo tento que responder de la salvación de todos vosotros. Por esto no cesaré de hacer y decir cuanto pueda, por más que os entristezca, por más que os parezca acerbo e insoportable, de modo que pueda presentarme en aquel terrible tribunal sin mancha

ni ruga o cosa parecida. ¡Ojalá por las oraciones de los santos vuelvan pronto los perdidos, y los que han quedado ilesos adelanten más y más en santidad y pureza, para que vosotros os salvéis, nosotros nos alegremos, y Dios sea glorificado ahora y siempre y por los infinitos siglos de los siglos! Amén.

HOMILIA SOBRE EL SANTO JOB

El título es: HOMILIA EXHORTATIVA DICHA EN EL TEMPLO DE SANTA ANASTASIA REPRENDIENDO A LOS AUSENTES, Y DEMOSTRACION DE LOS CERTAMENES Y LUCHAS DEL BIENAVENTURADO Y JUSTO JOB.

Predicóse esta homilía el año 398, y como se ve por el título, en la iglesia de Santa Anastasia, en Constantinopla. Nos da a entender el mismo título y las primeras palabras de la homilía, que el auditorio fue escaso, y de esto tomó San Juan Crisóstomo ocasión para escarmentar a los que no habían venido, de una manera bien original, digna de ser imitable, y la más provechosa para atraerse oyentes que quieran sacar fruto, que fue hacer la homilía tanto mejor, cuanto era menos el auditorio.

He aquí las principales ideas:

I.1) Cuanto menos gente, mejor sermón; así, los que no han asistido escarmentarán, y ellos y vosotros os aprovecharéis más.

2) Nuestra alma, como la tierra (comparación que explica con un texto) requiere mucho cuidado: a) para librarse del mal; b) para alcanzar la virtud; c) para conservar lo alcanzado, y esto último, porque el diablo pone más empeño en derribar a los virtuosos; ilustra esto mismo con una hermosa semejanza de los corsarios, que sólo acometen a las naves bien provistas.

II. Esto le pasó a Job (narración breve de sus luchas y victorias), y siempre fue fiel a Dios, (parte 1.^a) en la adversa, y (parte 2.^a) en la próspera fortuna; por eso es ejemplar y dechado de pobres y ricos.

Parte 1.^a Job en la adversidad (desde el § III hasta el IX).

III.1.^o Sufrió innumerables trabajos.

IV.2.^o Sufrió todos los trabajos de golpe; esta parte primero la explica en *general*, por una gradación; después *en particular*, cómo le hicieron sufrir: a) la enfermedad y el muladar; b) las palabras de su mujer; c) los insultos de sus amigos; d) las visiones nocturnas.

V.3.^o Sufrió todos los trabajos con exceso; todo en él era extremo (primero en general, después en particular).

VI.4.^o Arguye por comparación con su anterior fortuna.

VII.5.^o Sufría más, por ver su propia inocencia.

VIII.6.^o No tenía los ejemplos de otros varones santos, y sobre todo de Cristo, y a pesar de esto llegó a la cumbre de la virtud.

Parte 2.^a Job en la prosperidad; sus virtudes: (desde el § IX hasta el XIV).

- IX.1.º Su caridad: a) en socorrer a necesitados; b) en constituirse en su juez para defenderlos, y tomar por su mano la justicia.
X.2.º Su humildad: juzgándose igual a los siervos.
XI.3.º Su amabilidad.
XII.4.º Desprecio de las riquezas; largueza.
XIII.5.º Su recato: a) en la vista; b) en evitar reuniones.
XIV. Excita a toda clase de personas a la imitación de Job, tanto en la prosperidad como en la adversidad.

I

Cuanto es menor de lo acostumbrado la concurrencia, tanto será mayor mi diligencia y empeño. Porque no sería justo que la pereza de los que no han venido echara a perder nuestros esfuerzos y trabajo; antes, por eso mismo, voy a poneros una mesa mejor abastecida, para que viendo este escarmiento los que han faltado, sean en adelante más diligentes en acudir a estas reuniones. Por esto también os exhorto a vosotros, carísimos hermanos, a atender a lo que diga, puesto que así será doble la ganancia; una vez que, comunicando a los que no han venido lo que se diga, los haréis más diligentes e instruiréis más vuestra alma en la verdadera ciencia. Porque así como la tierra descuidada produce malas hierbas, pero, si constantemente es trabajada por la mano del labrador, produce sazonados frutos, así también el alma del hombre, si yace en su pereza, engendra espinas de pecados; si es diligente, produce el espigado fruto de la virtud. Por eso el sabio nos amonesta diciendo (Prover., 24, 30-31): *Como un campo es el hombre sin prudencia, y como una viña el hombre falto de entendimiento; si le abandonares, se llenará de ortigas y maleza.*

Pues bien; para que esto no suceda ahora, manejamos constantemente la hoz de la predicación, y si algo malo germina, constantemente lo cortamos; si algo florece con esperanza de fruto, con diligencia continua lo fomentamos y regamos, y cuidamos que llegue a sazón. Porque doble es, o mejor dicho, triple el cuidado que necesitamos: primero, para librarnos del mal; segundo, para alcanzar la virtud; tercero, para una vez alcanzada, conservarla, para lo cual es preciso muchísimo trabajo; puesto que aquel maligno espíritu a quien da tanta rabia nuestro bien, a los buenos es a quienes acomete con más fuerza; y así como los piratas y corsarios, si ven una nave cargada de arena, la dejan pasar; pero si la ven llena de precioso cargamento y henchida de riqueza, entonces lánzanse sobre ella, barréanla por debajo, acométenla por arriba, y no hay ardid ni máquina de que no se

valgan; así también el demonio tiene costumbre de acometer, y enviar, y poner asechanzas, principalmente a los que conducen gran cargamento de virtud.

II

Tantos hombres como había en la tierra en tiempo de Job, y, sin embargo, contra sólo él ser armó el demonio y movió todas sus batallas; mas no por eso pudo hacerle naufragar, antes le proporcionó mayor carga y riqueza de merecimientos. Porque condición es de la virtud, que acometida se robustezca, y acechada se afiance y asegure. Así sucedió con el santo Job, que atacado de todas partes, se afianzó más y más; y expuesto a los golpes de mil dardos, no se rendía; antes dejó vacía la aljaba del demonio y no socumbió, ni cedió a su astucia, sino que, como excelente piloto, ni al enfurecerse el mar y revolverse las ondas se sumergía, ni se rindió a la desidia con la calma y serenidad; antes, en entrambas alternativas de fortuna, conservaba la misma maestría; así fue, que ni el viento de la riqueza le hinchó, ni le abatió la pobreza, ni cuando iban sus negocios con próspera corriente era soberbio y flojo, ni cuando casi toda su casa se revolvía de arriba abajo y le sobrevino la completa ruina, se turbó en lo más mínimo, sino que dio gallardas muestras de su ánimo varonil. Oiganlo bien los ricos, oiganlo los pobres, que para entrambas clases es útil la doctrina, o mejor dicho, para todos los hombres es provechosa esta historia, para los que se ven en prosperidad, y para los que viven en la adversidad.

III

Porque manejando ambas clases de armas este atleta de la virtud, este vencedor laureado, con ambas triunfó y erigió el trofeo; y acometiéndole el demonio con toda clase de combates, en todos le hizo frente, y en todos fue proclamado vencedor; y como generoso soldado, que sabe luchar de noche o de día, en los muros o en las naves, a pie o a caballo, con lanzas o con hondas y proyectiles, y salir de todo género de combate superior a sus enemigos, y triunfar por completo; así el valeroso Job sufrió con mucha magnanimidad toda clase de tentaciones, la pobreza, el hambre, la enfermedad, la tristeza, la pérdida de sus hijos, y el sufrimiento de parte de sus amigos de su mujer, de sus siervos, de toda su casa. Porque no había miseria humana que

no se agotara en su cuerpo. Pero, con todo, logró volar sobre las redes y subir más alto que las varetas y trampas armadas por el demonio. Y lo más admirable es que le sobrevinieron todas las tentaciones, y todas con exceso, y todas de golpe.

IV

1. En efecto, no consideres tan sólo qué males padeció, sino añade, que no los padeció ni poco a poco, ni con interrupción, sino todos de golpe y al mismo tiempo. Y a fe que no fue pequeño el aumento de sus tentaciones, porque sería imposible hallar ningún otro hombre, que todos los males los hubiera sufrido de una vez, sino que si alguien hubo de luchar con el hambre, disfrutó de buena salud; y si sitió el aguijón de la pobreza y enfermedad, tuvo muchas veces una esposa que le animara a sufrir el infortunio, y se le convirtiera en puerto de refugio; y si no tuvo tal esposa, tampoco tal que le diera semejantes consejos de perdición; y si tal que le diera semejantes consejos de perdición, a lo menos no perdió a todos sus hijos de golpe; y si los perdió de golpe, pero no con tal modo de muerte; y si con tal modo de muerte, a lo menos tuvo amigos que le consolaran; y si no tales que le consolaran, tampoco tales, que así le insultaran; y si tales amigos que le insultaran, a lo menos no siervos que le escarnecieran; y si siervos que le escarnecieran, pero no tales que le escupieran en su mismo rostro; y si quienes le escupieran al rostro, pero a lo menos no se vio aguijoneado por tal género de enfermedades; y si se vio aguijoneado por la enfermedad, pero tuvo a lo menos una casita o choza, y no estuvo sentado sobre el estiércol, y si estuvo sentado sobre el estiércol, tuvo a lo menos quien le tendiera la mano; y si no tuvo quien le tendiera la mano, tampoco quien se lanzara sobre él. Mas Job sufrió todos estos males, y, lo que es más admirable, como antes he dicho, todos de una vez; con lo cual parecen doblarse y triplicarse las desgracias, cuando ni siquiera el consuelo de las treguas tiene el combatiente, sino que con lo no interrumpido del ataque se aumenta la turbación y crece el aturdimiento, como a él le aconteció.

Puesto que a la pérdida de las ovejas y al incendio siguióse el robo de los bueyes y a éste el hurto de los asnos, y a éste el apresamiento de los camellos y el degüello de los criados, y a éste la pérdida de los hijos y aquella muerte horrible y extraordinaria, y aquella sepultura todavía más horrible (pues uno mismo fue el sito de la muerte

y la sepultura), y la mesa, poco antes llena de manjares, lo estaba ahora de cuerpos destrozados, y los vasos, llenos antes de vino, ahora lo estaban de sangre, y siguióse, finalmente, el espectáculo de los miembros desmenuzados.

2. Y a pesar de todo, después de tan terrible tragedia le espera otra más terrible, cuando todavía no ha respirado un momento. Los hervideros de gusanos, los manantiales de podre, el asiento sobre el estiércol, la teja para raerse los costados, el hedor de las úlceras que le acarreama aquella hambre tan peregrina, y por otra parte, no le permitía tocar los alimentos que tenía ante sus ojos, y le causaba aquel desabrimiento más insoportable que el hambre; y esto no dos, ni diez, ni veinte, ni cien días, sino meses y más meses. Ni pararon aquí las luchas, sino que estando él así como asado vivo por todas partes, por dentro y por fuera, vienen sobre él las máquinas y astucias de su mujer. En efecto, conviértese su consorte en arma del demonio, y lanza dardos a su esposo con aquella lengua vendida a Satanás, y le arroja saetas de palabras en extremo acerbas y perniciosas. Ni tuvieron aquel término los combates, antes no eran éstos, a su vez, sino ensayo y comienzo de la batalla. Porque una vez que el demonio quedó frustrado en sus tentativas, preséntasele el coro de sus amigos, ocultando bajo el rostro de compasión afectos de enemistad; y viéndole caído, le insultan, y le restriegan las heridas, sucediéndose los unos a los otros, no dejándole ni respirar siquiera, dando alrededor mil vueltas, y danzando una danza insoportable.

3. ¿Queréis que también os diga la inaguantable prueba que soportó durante la noche, por ser como es tan extraordinaria e increíble? Porque a todos los demás hombres, aunque padezcan innumerables desgracias, aunque habiten en cárceles, aunque estén atados a una cadena, aunque lamenten sus infortunios, aunque tengan el cuerpo lleno de lepra, aunque se vean oprimidos por la pobreza, por la enfermedad, por los trabajos, por las calamidades; con todo, la venida de la noche les trae la medicina del consuelo, librando al cuerpo del trabajo, aliviando al alma de cuidados penosos; pero a Job, el puerto se le convirtió en escollo, y el remedio en herida, y el consuelo le era un socorro peor que la misma tristeza, y en la noche, que a todos los hombres suele ocasionar serenidad, se le acrecentaba una tempestad más temerosa; y escapaba, sí, de las oleadas del día, pasando por insufribles tristezas, mas se encontraba con triplicado oleaje, y torbellinos, y bajos, y escollos, de suerte que de nuevo ansiaba las revuel-

tas olas del día. Por esto, él mismo, explicando este padecimiento inaudito, clamaba diciendo: *Después de acostado, digo: ¿cuándo vendrá el día?; después de levantarme, digo: ¿cuánto llegará la tarde?* (Job, 7, 4) ¿Y por qué así? dime. Durante el día con razón suspiras por la noche (con el nombre de tarde daba a entender la noche), puesto que es el término de todos los males del día: pero en la noche, que trae consigo el reposo y olvido de todas aquellas congojas y cuidados, ¿por qué ansías de nuevo el día? “Porque para mi es más terrible que el día la noche; puesto que no sólo no me proporciona el descanso y término de los trabajos, antes los aumenta, y con ellos las perturbaciones y las inquietudes”. Y expresando esto mismo decía: *Amedréntasme con sueños; y con visiones me aterrorizas* (Ibid., 14). Porque era aterrado, viendo durante la noche espantosas visiones, y sufriendo miedo intolerable y gravísimo espanto y horror.

V

1. ¿No os habéis cansado de oír tales y tan continuadas desgracias? Pues él no se cansaba de sufrirlas. Por eso os exhorto, amados hijos, que resistáis un poco más; porque aún no lo he dicho todo, ni he ponderado el tercer exceso de sus desgracias.

El primero era, que solo él sufrió en su cuerpo todos los males humanos; el segundo, que los sufrió todos de una vez, y ni por acaso tuvo interrupción; quiero, pues, ahora, hablaron de otro tercero. ¿Y cuál es? Que cada uno de los males anteriores no sólo le sobrevino de golpe, sino con mucho exceso y vehemencia. Porque su pobreza fue más terrible que toda otra pobreza, y lo mismo se diga de su enfermedad, y su asiento en el estiércol, y la pérdida de sus hijos, y la de todos sus haberes. Veámoslo: ¿ha perdido uno sus haberes?; pero no tan por completo, ni de aquella manera. ¿Ha perdido sus hijos? mas no todos a una, ni tantos, ni tan buenos. ¿Ha caído en una enfermedad? mas no de tal género, sino o en unas calenturas, o en una lepra, o en otro padecimiento ordinario. Mas aquella su lepra era peregrina, y sólo conocida de quien la padeció. Porque no hay palabras que puedan expresar lo acerbo de aquellas úlceras, y lo congojoso de las heridas; me basta tan sólo deciros quién era el que se las proporcionó y su rabia sin medida, para mostraros por el mismo hecho la grandeza de su enfermedad.

2. Extraordinario era y bien extraño aun su mismo lecho. Porque no ha habido, no ha habido jamás pobre tan expuesto a la intemperie

por todo el tiempo, como él permaneció desnudo de sus vestiduras, sin una miserable choza, lleno de úlceras, sentado sobre el estiércol.

3. ¿Que tuvo alguien una mujer malvada? mas nunca jamás tan malvada, que en desgracia semejante acometiera a su marido, y aguzara contra su alma la espada, y le diera tan perniciosos consejos.

4. Extraño es también el comportamiento de sus amigos y no menos el de sus criados; y todavía es más extraña su hambre, cuando teniendo la mesa delante, no podía gustar de ella.

VI

¿Queréis que os diga también el cuarto colmo de sus desgracias? Sí, hablo de su antigua riqueza y felicidad. En efecto; quien desde un principio vivió en pobreza, más fácilmente la soporta, como acostumbrado ya a sufrirla; pero a quien ha caído de tal felicidad, por la falta de ejercicio y costumbre, es preciso se le haga más ruda la experiencia, más acerbo el dolor, más grave la turbación.

VII

Puédese añadir todavía el quinto colmo. ¿Y cuál es éste? Que cualquiera de los demás hombres, como tienen conciencia de sus muchas maldades, ve la causa de lo que padece; y no es esto poca parte para el consuelo; mas Job, ni siquiera podía pensar que pagaba la pena de sus culpas y pecados, y esto era lo que más turbación causaba a su alma.

Porque cuando dirigía una mirada a su vida y su conciencia, más resplandeciente que el sol, y a la multitud de sus buenas obras, veíase digno de coronas y palmas e innumerables galardones; mas cuando miraba a su cuerpo, y a sus úlceras, y a todo lo que le acababa de suceder, al verse víctima de más atroces penas que los que se han lanzado al extremo de la maldad, ni siquiera podía hallar la causa a que poder atribuir tales padecimientos. Por eso, acogíendose a lo incomprensible de la divina Providencia, decía: *Como al Señor le ha parecido, así ha sucedido* (Job, I, 21). Y tapando como podía la boca a su mujer, le hizo un razonamiento que muestra poderosamente su piedad, diciendo así: *Si los bienes los recibimos del Señor, los males ¿no los aguantaremos* (Job, 2, 10)?

VIII

¿Añadiré otro colmo, que es la principal corona y victorioso pregon de aquel atleta, y claro indicio de la alteza de su alma que tocaba el mismo cielo? ¿Cuál es este colmo? El que se deduce de la diferencia de los tiempos; porque nacido antes de la gracia y de la ley, tuvo tan divina sabiduría. Y no es pequeño este honor, sino digno de que por él se le entretejan a millares guirnaldas y coronas. Puesto que aun en unas mismas obras no merecen dos hombres un mismo premio, si el uno las llevó a cabo en los tiempos anteriores, y otro en los posteriores, antes mucho mayor el primero. Porque no era lo mismo ser virtuoso después de la venida de los ejemplos, de las exhortaciones, de los consejos de Cristo, que hacer tales proezas antes de su venida, y de la ley, y de los profetas. Por esto Jesús, después de su venida, exigía mayor caudal de virtud, diciendo: *Si no abundare vuestra justicia más que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (S. Mt. 5, 20). Porque cuanto era mayor la enseñanza, tanto se estableció una medida más cumplida de justicia y de virtud. Mas Job, sin haber gozado de tan celestial doctrina, sin haberse dedicado a las letras, sin tener los Libros Sagrados, sin haber visto a otros virtuosos, sin poder recurrir a los tiempos anteriores, ni traer a la memoria personas virtuosas (puesto que aún no había escritura ni historia que le proporcionara lo antes sucedido), hallándose en un camino no trillado, en un mar no navegado, en medio de tantas nieblas de maldad, fue el único y el primero que rompió ya entonces este camino de celestial sabiduría, y puesto a la cabeza de los buenos, todavía se remontó con exceso a la cumbre de la virtud. Muy grande cosa es el cumplir aun las menores partes de la virtud; pero mucho mayor, el ser en la misma cumbre de ellas el más encumbrado. Y que la virtud de la paciencia sea la más encumbrada de todas, nadie me lo negará. Bien lo reconocía el mismo demonio, cuando decía: *Piel por piel y cuanto tiene dará el hombre por su alma (vida); y si no, extiende tu mano, y toca a su carne* (Job, 2, 4). De donde es manifiesto que esta virtud es la más alta de todas, y que requiere alma de bríos juveniles y fortaleza de hierro.

IX

Le has visto ya en las tentaciones, cuanto te ha sido posible verle; que a describir por completo todo su esfuerzo y diligencia, no ha

podido alcanzar mi discurso. Porque las angustias, las aflicciones, la tiranía de la tristeza y desmayo, y la turbación nacida de tan graves tempestades, no hay poder de palabras que puedan exponerlas a los oyentes, tal como son en la realidad. Ahora bien; voy a ponerte de nuevo a Job ante la vista (y no es lo que voy a decir cosa de ninguna importancia, sino tal que exige un alma en alto grado virtuosa y sabia), como ejemplar de celestial sabiduría en las riquezas y buena fortuna. En efecto; ¿quién era Job en medio de sus riquezas? Común puerto de todos, común padre, común médico, y aún más que médico. Oye, efectivamente, cómo dice: *Yo era ojo de los ciegos, pie de los cojos* (Job, 29, 15). ¿Ves cómo era más que médico? Hacía con los contrahechos las veces de la naturaleza; y lo que con el arte no pudieron enderezar los médicos, se lo restablecía él con el consuelo, supliendo con ellos la falta de los miembros, por el exquisito cuidado de sus prójimos. Porque, gracias, a su mucha solicitud, los que carecían de algún miembro, no sentían diferencia de los que tenían salud y entero uso de sus pies y de sus ojos, sin experimentar la falta de ellos, ni de otra parte cualquiera de su cuerpo. Y por esto no se contentó con decir: *Yo consolaba a los cojos y ciegos*, sino que dijo: *Yo era su pie y su ojo. Yo era el padre de los desamparados* (Job, 29, 16). Ni aquí tampoco dijo: *Consolaba a los huérfanos, sino, era su padre*; enseñándonos con esto, que ni siquiera les dejaba experimentar la orfandad, ni permitía que se echara de ver el mal, como quien al punto hacía desaparecer por su extremada solicitud la falta de los que tal daño padecían, y ni aun les dejaba sentir su desgracia. Ni se contentaba con curar a los cojos, y aliviar a los huérfanos, haciendo con los unos el oficio de miembros, y con los otros el de padre, sino que espontáneamente se hacía juez para favorecerlos; y todavía más que juez: *Porque la justicia, dice, que no sabía, la averigüe, y quebranté las muelas de los injustos, y de entre sus dientes les arranqué la presa* (Job, 29, 17). Esto es ser mucho más que juez. Porque los jueces esperan sentados a los que han sido víctimas de alguna injusticia, y después que éstos se les presentan, entonces prestan su ayuda; y esto los mejores de ellos; como que los más ni esto hacen; mas Job aun a los mejores superó, y aun tiró la barra mucho más lejos. Porque ni esperaba que los ofendidos e injuriados fueran a él, ni les acudía con el remedio tan sólo después que se le presentasen, sino que él se anticipaba y daba vueltas buscando a los injuriados; ni los buscaba de cualquier modo, sino con mucha vigilancia, con mucho cuidado. Y

esto lo verás muy bien si te fijas en la fuerza de la frase; porque no dijo *busqué*, sino, *la justicia que no veía la averigué*; esto es, la indagué, la escudriñé con diligencia y mucho trabajo, no dejé piedra por mover, a fin de hacer no se me ocultara en ninguna parte algún injuriado. ¿Has visto la vigilancia de su alma? Mira también su tesón varonil. *Y quebranté las muelas de los injustos*. La misma facultad, el poder mismo de morder, dice, se lo quité, de modo que en adelante quedaran incapacitados para otra injusticia. A entrambos, por consiguiente, aprovecha; a los unos librándolos de sufrir injusticias, a los otros de cometerlas, haciéndolos más avisados. Además, ¡qué vigor y fortaleza! *Y de en medio de los dientes, les arranqué la presa*. Porque no perdí el ánimo ni la esperanza, por más que ya la presa estaba hecha, sino que aun cuando ya se la hubiesen tragado, se la sacaba, mostrando en esto para con mis consiervos el cuidado de un excelente y vigilante pastor.

X

¿Y su humildad? ¡Cuán digna es de que la consideres! *Sí desprecie el juicio de un siervo o sierva, juzgándome ellos*. Porque, *¿qué haré si hace el Señor indagación sobre mí? ¿Acaso, como yo nací del vientre, no nacieron también ellos* (Job, 31, 13-15)? ¿No ves un alma contrita y que atentamente considera la naturaleza de los hombres, y sabía bien lo poco que significa eso de esclavo y libre que anda en boca de tantos? Así, que desechando esas diferencias, por la igualdad del nacimiento hace un raciocinio de celestial sabiduría. Y lo más admirable es, que al hacer esto no pensaba que se humillaba, sino que llenaba su deber. Por eso añadió una razón, con que a todos los hombres persuade a que no se ensalcen creyéndose mayores que los siervos, aunque por cien títulos sean señores. Porque estos nombres de esclavo y libre son unos nombres vacíos de significación; antes la esclavitud es el pecado, la libertad, la justicia.

XI

¿Y sería Job humilde, mas no deseable ni querido? ¡Cuán amable era! Mira también aquí otro extremo suyo. Porque así como en las desgracias arrastraba con toda fortaleza y prontitud las que le sobrevenían, así en la fortuna favorable cultivó cada virtud con extremada

diligencia; no simplemente y como quiera, sino hasta llegar a la misma cumbre de ella. *Y si muchas veces decían mis esclavos: ¿quién nos diera saciarnos de sus carnes? Por ser yo en extremo bueno* (Job, 31, 31). Aquí nos muestra el loco amor que los siervos le tenían, hechos ardientes amadores suyos, por las muchas demostraciones de amor que él les había dado. “Porque me estaban, dice, tan pendientes de mí, tan adheridos, tan clavados, tan llenos de amor, que hasta de mis carnes mismas deseaban saciarse, y comerme y beberme, por la intensidad y ardor con que me amaban.”

XII

¿Y qué decir de su desprecio de las riquezas? Porque también esta virtud la tuvo en sumo grado. En efecto, no sólo no deseaba lo ajeno, pasión de la mayor parte hoy día, pero ni aún siquiera lo propio; antes aún de esto se desprendía con toda generosidad. Por eso también decía: *Si me gocé de tener muchas riquezas, si ambicioné piedras preciosas* (Ibid., 25 et 24). Esta es la razón por qué, cuando le fueron quitadas, llevaba la pérdida con toda resignación, y cuando las tenía, hacía abundantes limosnas, alargando a todos su diestra, y abriéndoles de par en par las puertas de su casa. Porque no hacía él lo que hacen los más, que miran y remiran con mil rodeos quién es el que recibe, sino que *para todo el que se presentaba, dice, estaba franca mi puerta. Porque los necesitados, en cualquiera necesidad que tuviesen, no salían frustrados, y ningún peregrino salía de mi puerta con el seno vacío* (Ibid., 31, 32 et 34). ¿Has visto su generosidad? ¿Has visto su caridad, su bondad, su humildad?

XIII

¿Quieres también aprender su recato? *Un pacto, dice, tengo hecho con mis ojos, de no pensar en doncella ajena* (Ibid., 1). Lo que después de esto ordenó Cristo en su venida, ya él lo cumplía de hecho.

¿No le has visto, ora rico, ora pobre, ora sano, ora enfermo? ¿No le has visto, ora cuando iban sus negocios con próspera corriente, ora cuando de todo absolutamente se vio despojado? ¿No has visto cuál fue su comportamiento con los hijos, con los criados, con los ultrajados, con los huérfanos?

Y si iba también con los juglares, dice (Ibid., 5); esto es, no iba a las reuniones de los juglares. He aquí otra señal no pequeña de su

prudente recato. Porque pasó el límite de toda virtud, y teniendo tanto, era más sobrio y cuidadoso que los que nada tienen; porque no hubo pobre tan pobre que así estuviera desasido de las riquezas, como lo estuvo él siendo tan rico. (*Siguen unas pocas frases que se creen interpoladas.*)

XIV

Ea, pues, amado hijo, ¡a emular estos ejemplos, a imitarlos con fervor! Recibe la imagen que ahora hemos trazado, y grábala bien en tu alma; cuando te veas triste, acude a Job; cuando te veas rico, sírvate su ejemplo de medicina, de modo que ni por la pobreza te hundas, ni te engrías por la riqueza; si hubieres perdido los hijos, de aquí sacarás consuelo, porque aquí hallarás el colmo de las desgracias y el colmo de la paciencia; si cayeres enfermo, piensa en las fuentes de gusanos que hervían en aquella carne, y todo lo llevarás pacíficamente; si un amigo te ha armado traición, acuérdate otra vez de aquel santo, y te sobrepondrás a tu sufrimiento; si abusare de ti, quienquiera que sea, piensa lo que Job padeció de parte de sus esclavos, y hallarás muy buen remedio; si te ves asediado de alguna mala sospecha, piensa qué cosas decían de él, “que aún no pagaba la pena merecida”, y qué oprobios le decían, y te sobrepondrás también a esta pasión. Porque no hay, como al principio he dicho, desgracia en los hombres, que no sufriera este varón más duro que el diamante; pues arrostró el hambre, y la pobreza, y la enfermedad, y la pérdida de los hijos, y la privación de tantas riquezas, todo de golpe; y fuera de esto, sufriendo las asechanzas de su mujer, los insultos de sus amigos, los ataques de sus esclavos, en todo se mostró más fuerte que las rocas, y esto, antes de la ley y de la gracia.

Porque no tendremos género de defensa, si nosotros, que hemos recibido tal beneficio, como es el nacer después de la ley de gracia, somos menos pacientes que Job, que a los principios y comienzos de la vida humana dio tan gallardas pruebas de celestial filosofía. Por consiguiente, a fin de que tengamos consuelo en las tristezas y enseñanza de excelente doctrina, al retirarnos de aquí, llevemos este ejemplo esculpido en nuestras almas, y emulemos a este atleta, e imitemos sus combates, de modo que tengamos también parte en los bienes futuros, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PRONUNCIADA POR SAN CRISOSTOMO CUANDO FUE ORDENADO DE SACERDOTE

He aquí la *primera* homilía que pronunció el Santo delante del pueblo, el día solemne de su elevación a la dignidad sacerdotal, que, como hemos dicho arriba (pág. 3), le confirió San Flaviano, en Antioquía, el año 386; tenía entonces San Crisóstomo unos cuarenta años, y, sin embargo, en el discurso se llama a sí mismo *jovencito despreciable*, teniendo, sin duda, en cuenta la altísima dignidad del sacerdocio.

Las principales ideas de esta homilía son las siguientes:

I. No acabo de admirarme de que se me haya conferido tan inmenso honor, y aún dudo si estoy soñando. Me admiro también de que con tanta ansia deseéis escuchar mis palabras, siendo yo tan miserable.

II. Habiendo de hablar por primera vez, estaba yo resuelto a consagrar a Dios las primicias de mis discursos, alabándole y glorificándole; pero no le es agradable la alabanza en boca de un pecador.

III. ¿Pues qué haré? Ya que no me es dado alabar directamente a Dios, le glorificaré alabando a sus siervos, lo cual le es agradable.

IV. ¿Y a quién he de alabar sino a nuestro común maestro (San Flaviano)? (Síguese un elogio de su abstinencia, pobreza voluntaria, prudencia, vigilancia.)

V. Pero con la fuerza del entusiasmo he traspasado los límites del discurso. Rogad a Dios por la Iglesia nuestra común madre, por este nuestro vigilante pastor, y no os olvidéis tampoco de mí, hijo abortivo, que tengo muchísima necesidad de oraciones.

I

¿Es verdad lo que ha acontecido conmigo? ¿Es una realidad lo que acaba de suceder, y no estoy alucinado? ¿Es de noche y estamos soñando, o es realmente día y estamos despiertos? ¿Y quién puede creer que en pleno día, estando todos vigilando y despiertos, un jovencito despreciable y abyecto ha sido elevado a la altura de tan soberana dignidad? Porque de noche nada tiene de extraño que tal suceda. De noche, algunos de cuerpo mutilado y faltos aún del necesario sustento, una vez dormidos, suelen verse a sí mismos con los

miembros enteros y hermosos, y gozando de regio banquete; mas luego ven que todas fueron ilusiones de quien duerme y sueña; que esto es lo que lleva consigo la naturaleza de los sueños, llena de mil fraudes, maravillas y quimeras. Pero no sucede así de día, y cuando se palpa la realidad de las cosas. Mas ahora todo ha sucedido y acontecido y tenido cumplimiento, como lo estáis viendo. ¡Esto, esto sí que es más increíble que los sueños! que una ciudad tan extendida y tan numerosa, un pueblo admirable y grande esté ansioso de escuchar a un despreciable como yo, como para oír de mí algo de grande y generoso; siendo así que, aun cuando brotaran de mí ríos perennes, y hubiera en mi boca manantiales de palabras, al concurrir de golpe para oírme tanta muchedumbre, pronto, con el temor, se reprimiría el torrente, y volverían atrás las corrientes de elocuencia. Mas no teniendo yo, no digo la abundancia de los ríos y fuentes, sino aún la de una mezquina lluvia, ¿cómo dejaré de temer no sea que aun esto poco deje de fluir secándose con el miedo, y me suceda lo que también suele suceder en los cuerpos? ¿Y qué sucede en los cuerpos? Que muchas veces, cuando tenemos muchos objetos asidos con la mano y los apretamos con los dedos, con el miedo los dejamos caer todos, por relajarse nuestros nervios y debilitarse la tensión del cuerpo. Esto temo yo que suceda hoy en mi ánimo; que los pensamientos que con mucho trabajo he reunido para vosotros, aunque son insignificantes y despreciables, se me olviden con el ansia, y desaparezcan sin fruto, y se me vayan dejando vacías vuestras almas. Por eso, a todos igualmente os ruego, a los que mandáis y a los que obedecéis, que ya que ha sido tan grande el aprieto en que me habéis puesto por vuestra concurrencia para oírme, me infundáis igual ánimo por vuestra diligencia en orar, y pidáis al que da palabras a los que evangelizan en mucha virtud, me las dé también a mí al desplegar mis labios. Ciertamente, que no os costará ningún trabajo, siendo, como sois, tantos y tales, el confortar de nuevo el ánimo de un pobre joven decaído por el miedo; y con justicia me habéis de conceder esta petición, ya que por vosotros he hecho este ensayo, por vosotros y por vuestra caridad, que a nada cede en la fuerza de obligar y mandar, una vez que a mí, no muy ejercitado en hablar, me ha persuadido a hablaros, y me ha obligado a disponerme para el estudio cuando hasta ahora jamás he tomado parte en tales certámenes, sino que siempre me he hallado entre los oyentes, silencioso y tranquilo. Pero, ¿quién será tan duro y tan insensible que pase en silencio vuestra concurrencia, y teniendo amigos entusiastas

que le oigan, no les dirija la palabra, aunque sea el hombre más falto de elocuencia?

II

Quería, pues, al haber de hablar por primera vez en la Iglesia, ofrecer las primicias a Dios que me concedió la lengua; cosa, por cierto, la más puesta en razón, puesto que no sólo las primicias de la era y del lagar, sino también las primicias de las palabras, se deben ofrecer a Dios; y las de las palabras con tanta más razón que las primicias de los manojos, cuanto nos es más propio aquel fruto, y más agradable a Dios a quien oramos. Porque los racimos y espigas los producen los senos de la tierra, y los alimenta el riego de las lluvias, y los cultivan las manos de los labradores; mas los himnos sagrados de alabanza, los cría la piedad del espíritu, y los sustenta la buena conciencia, y los recibe Dios en los graneros del cielo. Y cuanto el alma es mejor que la tierra, tanto es mejor también su fruto. Por eso aquel grande y admirable profeta, por nombre Oseas, exhorta a los que han ofendido a Dios y quieren hacerle propicio, a que lleven consigo, no rebaños de bueyes, ni tantas o tantas medidas determinadas de flor de harina, ni una tórtola o paloma, ni otra ofrenda semejante; antes, ¿qué es lo que pide? *Llevad, dice, con vosotros, palabras* (Oseas, 14, 3). ¿Y qué sacrificio son las palabras?, dirá quizás alguno. Muy grande, amado hijo, y muy excelente, y mejor que todos los sacrificios. ¿Y quién lo afirma? Quien lo sabía mejor que nadie, el grande y generoso David. Porque, ofreciendo a Dios en cierta ocasión sacrificios en acción de gracias por una victoria en la guerra, decía así: *Alabaré el nombre de mi Dios con cánticos; le engrandeceré con alabanzas* (Sal. 68. 31-32). Después, mostrando la superioridad de este sacrificio, añadió: *Y le agradará más que el novillo tierno a quien le están naciendo las astas y las pezuñas*.

También yo deseaba ofrecer hoy estas víctimas y ensangrentar espiritualmente con estos sacrificios el altar. Pero, ¿qué hacer? Un sabio me cierra la boca y me llena de temor diciendo: *No es hermosa (oportuna = GRIEGO) la alabanza en boca de un pecador* (Eclo. 15, 9). Porque así como cuando se trata de hacer guirnaldas de flores, es preciso que estén limpias, no sólo las flores mismas, sino también las manos que las entretejen, así también, cuando se trata de himnos santos de alabanza, conviene que sean piadosas, no sólo las palabras,

sino también el alma del que las compone. Mas mi alma no es sino impura, desconfiada y llena de muchos pecados. Y a los que tal alma tienen los obliga a callar, no sólo esta ley, sino también otra más antigua, y establecida desde mucho antes.

El mismo David, que hace poco nos ha hablado de los sacrificios, nos dio cuenta de ella: Porque habiendo dicho: *Alabad al Señor en los cielos, alabadle en las alturas* (Sal. 148), y habiendo añadido después de pocas palabras: *Alabad al Señor en la tierra*, e invocado a entrambas naturalezas, la superior y la inferior, la sensible y la espiritual, la visible y la invisible, la que está sobre el cielo y la que está debajo de él, y formado un coro de entrambas, y exhortándolas a alabar al Rey de toda la creación, en ninguna parte invitó al pecador, antes también aquí le cerró las puertas. Y para que veás más claro lo que estoy diciendo, os repetiré desde el principio el mismo salmo: *Alabad al Señor en los cielos, dice, alabadle en las alturas: —alabadle todos sus ángeles, alabadle todas sus virtudes. ¿Ves aquí a los ángeles, ves a los arcángeles, ves a los querubines y serafines, ves a las supremas potestades alabando a Dios?*

Porque al decir, *todas sus virtudes*, comprende a toda la ciudad de los cielos. ¿Pero ves en alguna parte al pecador? —¿Y cómo, me dirás, se le había de ver en el cielo?— Voy, pues, de nuevo a bajarte a la tierra, y a trasladarte a la otra parte de este coro; tampoco en ella le podrás ver. *Alabad al Señor en la tierra los dragones y todos los abismos, las fieras y todos los animales, los reptiles y los volátiles alados*. No en vano y sin razón he callado entre tanto que decía estas palabras: porque me he hallado confuso, y me han sobrevenido amargas lágrimas y grandes gemidos. Porque, dime: ¿puede haber cosa más digna de lástima? Los escorpiones, las serpientes y los dragones son invitados a alabar a quien los crió, y sólo el pecador es desechado de este sagrado concierto. Y con razón. Pues el pecado es una bestia perversa y salvaje, que no sólo hace daño a los cuerpos de los consier-vos, sino aun arroja el veneno de su maldad a la gloria del Señor. *Pues por vosotros, dice, es blasfemado mi nombre en las naciones* (Is. 52. 5; Rom. 2, 24). Por esto el profeta le arrojó de la tierra de los vivientes como de una sagrada patria, y lo lanzó al destierro. No de otra suerte un excelente músico corta una cuerda disonante de su acordada cítara, para no privarse de la armonía de los demás sonidos; no de otra suerte un entendido médico corta el miembro podrido, para que no pase su corrupción a los demás miembros sanos; no de otra

suerte obró también el profeta cuando, como a cuerda disonante, como a miembro inficionado, cortó al pecador del cuerpo universal de la creación.

III

Y, según esto, ¿qué he de hacer? Ya que he sido rechazado, ya que he sido cortado, me es preciso callar. Pero, ¿y he de callar? decidme: ¿nadie me concederá el alabar a mi Señor? ¿luego en vano he implorado vuestras oraciones? ¿en vano me he acogido a vuestras súplicas? No en vano, no tal. Porque ya he hallado, ya he hallado otra manera de alabanzas, gracias a vuestras oraciones, que en medio de esta duda me han dado luz, como los relámpagos en medio de la oscuridad: sí, alabaré a mis consiervos. Que es lícito el alabar también a los consiervos; y cuando a ellos se alaba, la alabanza redunda por completo en el Señor de ellos. Y que esto es así, lo demuestra el mismo Cristo cuando dice: *Brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (S. Mt. 5,6). He aquí otra manera de alabanzas de que aún el pecador puede hacer uso, sin traspasar por eso la ley.

IV

¿Y a quién de los consiervos alabaremos? ¿A quién, sino al común maestro de la patria ¹⁶, y, por serlo de la patria, maestro también de toda la tierra? Porque así como él os enseñó a vosotros a persistir hasta la muerte en defensa de la verdad, así vosotros habéis enseñado a los demás hombres a perder antes la vida que la piedad. ¿Queréis, pues, que con esto le formemos las coronas de los elogios? También yo lo quisiera, pero veo ante mí un piélago insondable de virtudes, y temo no me suceda que, hundiéndose en su fondo mi discurso, no pueda después salir a flote. Porque sería preciso recorrer antiguas virtudes, peregrinaciones, vigiliass, cuidados, planes, luchas, trofeos sobre trofeos, victorias sobre victorias, hazañas que superan, no ya a la mía, sino a toda humana elocuencia, y requieren la voz de un apóstol movido del divino Espíritu que todo lo puede decir y enseñar.

Pero pasando de largo esta parte, vendré a otra más segura, por la que puede navegar aunque sea una pobre barquilla. Ea, pues, hable-

mos ahora de su templanza, y digamos cómo venció la gula, cómo despreció las delicias, cómo se burló de las mesas opíparas, y esto, habiendo sido educado en una casa espléndida. Porque tratándose de quien vivió en pobreza, nada tiene de extrañar que llegue a esta vida sobria y austera; pues va con él la pobreza como compañera de viaje, que cada día le aligera la carga; pero quien se ha hecho señor de grandes riquezas no se deshará fácilmente de sus trabas; tal es el enjambre de vicios que vuela alrededor de su alma, y la niebla pesada y caliginosa de las pasiones que oscurece la vista de su espíritu, y no le deja mirar al cielo, sino que le obliga a bajar la cabeza y suspirar por la tierra. Y no hay, no hay otro impedimento tan grave para encaminarse al cielo, como las riquezas y los males que de ellas provienen. No es mío este pensamiento, sino sentencia bajada del mismo cielo: *Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que el que pase un rico al reino de los cielos* (Mt. 19, 24). Mas he aquí que lo tan difícil y aun imposible ha llegado a ser hacedero; y aquello de que antes dudaba Pedro delante de su Maestro y quería aprenderlo de él, ya nosotros lo hemos visto practicado, y aún más todavía. Porque no contento con subir él al cielo, lleva también a tan numeroso pueblo, a pesar de haber tenido, además de las riquezas, otras dificultades no menores, como la juventud y la orfandad intempestiva, capaces todas de fascinar el alma de cualquier hombre; tantas son las ilusiones, tantos los encantamientos que en sí encierran.

Pero, con todo, venció aun estas dificultades, y se apoderó del cielo, y se trasladó a él viviendo con una celestial sabiduría, y ni pensó en el brillo de la presente vida, ni miró a la gloria de sus antepasados; mejor dicho, miró a la gloria de sus antepasados, mas no de los que estaban unidos con él según los vínculos de la naturaleza, sino de los que se conformaban con él según las miras del espíritu. Por eso llegó a ser lo que es. Miró al patriarca Abrahán, miró al gran Moisés, que educado en la casa del rey, y disfrutando de una mesa sibarítica, y dejado entre las turbas de los egipcios (y ya sabéis qué costumbres tienen los bárbaros, llenas de aparato y ostentación), despreció todo aquello, y huyendo de allí a la arcilla y al trabajo de hacer ladrillos, eligió ser del número de los esclavos y cautivos, siendo, como era, rey e hijo del rey. Y por esto precisamente volvió después con gloria más espléndida de la que había dejado primero al partirse de allí. Puesto que después del destierro, de la impostura para con su suegro, de la pobreza en tierra extraña, volvió convertido en señor del

rey, o más bien, dios del rey. *Porque te he constituido*, dice, *en dios para con Faraón* (Ex. 7, 1). Y sin tener diadema, sin estar rodeado de púrpura, sin ser llevado en carroza de oro, antes pisoteando todo aquel fausto, brillaba más que el rey. *Porque toda la gloria*, dice, *de la hija del rey, está por dentro* (Sal. 44, 14). Volvió, pues, empuñando el cetro; por eso mandaba, no sólo a los hombres, sino también al cielo, y a la tierra, y al mar, y al aire, y a las aguas de los estanques, fuentes y ríos; porque en todo lo que quería Moisés se convertían los elementos, y en sus manos se transformaba toda criatura; y no de otra suerte, que se porta una sierva obsequiosa al ver presente a un amigo de su señor, así le obedecían y se le sujetaban todas las criaturas, como al mismo señor de ellas. Mirándole, pues, a él como a ejemplar, llegó nuestro padre a imitarle, y esto, siendo joven, si es que alguna vez fue joven, pues no me persuado a ello; tan de anciano eran sus pensamientos desde la misma infancia. Mas cuando según la cuenta de la edad era joven, poseyó toda la celestial filosofía, y sabiendo que nuestra naturaleza es como un campo que se cubre de maleza, cortaba con gran facilidad, como con una hoz, con los dictámenes de la piedad, todos los vicios del alma, y ofreciendo al labrador el campo limpio para la semilla, toda la recibió y la guardó profundamente en su seno, de modo que arraigase bien debajo, y ni cediese a la fuerza de los rayos del sol, ni fuese tampoco ahogada por las espinas. Así cuidó de su espíritu; por lo que hace a la carne, reprimió sus concupiscencias con el remedio de la abstinencia, echando a su cuerpo, como a caballo rebelde, el freno del ayuno, y tirando de él con tal tesón que ensangrentó las mismas causas de la concupiscencia, aunque con la debida moderación; porque ni tiraba del freno a su cuerpo de manera que, impedido el caballo, se le hiciera inútil para trabajar, ni le dejaba tan suelto que se hiciera demasiado brioso, no fuese que echando muchas carnes rechazara el dictamen de la razón que le enfrenaba, sino que al mismo tiempo tenía cuenta de su salud y de su robustez.

Ni creas que siendo tal de joven, pasada la juventud aflojó en aquel cuidado; antes bien, aún ahora, cuando, como en tranquilo puerto, reposa en la vejez, persevera todavía con el mismo empeño. Porque la juventud, amado oyente, es semejante al mar embravecido, lleno de furiosas ondas y perdidos vientos; pero las canas llevan las almas de los que han envejecido a uno como puerto sin olas, y proporcionan el goce de la ancianidad más libre de peligros. Gozando, pues, de ella nuestro padre, y sentado, como antes he dicho, en el

puerto, no tiene, sin embargo, menos solicitud que los que están agitados en medio del mar; y este temor lo aprendió de San Pablo, que habiendo subido al cielo, y pasado encima de él, y llegado hasta el tercero, decía: *Temo que después de predicar a los demás, sea yo reprobado* (I Cor. 9, 27). Por esta razón, también nuestro padre se puso en un estado de continuo temor, para vivir continuamente en esperanza, y está asentado junto al timón, observando, no la salida de los astros ni los escollos y torbellinos, sino las acometidas de los demonios, y las arterias de Satanás, y las luchas de los pensamientos; y andando alrededor del ejército, a todos infunde seguridad. Porque no atiende sólo a que no se hunda la nave, sino que todo lo remueve, si es preciso, para que ninguno de los navegantes experimente ninguna turbación. Por esto y por su prudencia navegamos todos nosotros viento en popa y a vela desplegada.

Ciertamente que, cuando perdimos a nuestro primer padre¹⁷ que nos engendró a éste que ahora tenemos, nos vimos en grande zozobra. Por eso gemíamos desconsolados; como que no esperábamos hubiera de sentarse en esta silla otro hombre igual a él. Mas cuando apareció éste y se presentó en medio, hizo que se disipara como una nube toda aquella tristeza y desvaneció toda lobreguez, borrando nuestro llanto, no poco a poco, sino tan de repente, como si se hubiera levantado de la urna aquel nuestro padre bienaventurado, y subido de nuevo a ocupar esta silla.

V

Pero nos hemos olvidado de nosotros mismos por el entusiasmo de las virtudes de nuestro padre, y hemos extendido el discurso más de lo justo, no si se atiende a sus buenas obras (que en este caso ni siquiera hemos comenzado), sino si se atiende a lo que está bien con nuestra edad. Ea, pues, como refugiándonos en el puerto, descansenmos ya en el silencio. Mas no quieren dejarme las palabras, y lo llevan a mal, y se aíran, como abejas que ansían hartarse con las flores de todo el prado. Pero esto es imposible, hijos míos. Dejemos, pues, de seguir lo que no se puede alcanzar; nos basta para consuelo lo ya dicho. Ya sabéis lo que sucede con los perfumes olorosos, que, no sólo derramando el frasco, sino también tocando la superficie con la punta de los dedos, se colora el aire, y todos los presentes se llenan del buen olor: lo mismo ha sucedido ahora, no por la fuerza de mis

palabras, sino por la virtud de las obras buenas de nuestro padre. Retirémonos, pues, retirémosnos, y entreguémosnos a la oración; pidamos que nuestra común madre permanezca sin agitación y movimiento contrario, y que éste nuestro padre, nuestro maestro, nuestro pastor, logre una vida más prolongada. Y si también tenéis alguna cuenta de mí (porque no me atreveré a contarme entre los sacerdotes, pues no es justo que los hijos abortivos sean contados entre los bien nacidos); pero, en fin, si tenéis alguna cuenta también de mí como de un aborto, pedid que descienda de arriba sobre mí grande abundancia de gracia. Porque ya antes necesitaba yo seguridad, cuando vivía por mi cuenta, libre de negocios; pero después, que he sido presentado al público (el cómo no lo digo, si fue por diligencia humana o por gracia divina, pues no quiero contender con vosotros para que nadie diga que hablo con fingimiento), pero ya que he sido presentado y he recibido este yugo duro y pesadísimo, tengo necesidad de muchas manos, de innumerables oraciones, de modo que pueda devolver el depósito entero al Señor, que me lo encomendó, en aquel día en el que sean llamados y llevados a rendir cuentas los que recibieron los talentos. Pedid, pues, no sea yo sea de los que se vean entonces atados y lanzados a las tinieblas, sino de los que logren alcanzar, a lo menos, el necesario perdón, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, y la adoración por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PRONUNCIADA EN LA TRASLACION

De las Reliquias de los Santos Mártires, depositadas en Santa Sofía de Constantinopla

He aquí una homilía de circunstancias extraordinarias. Hacia septiembre del año 398 fueron llevadas en procesión las reliquias de los santos mártires desde la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, donde se guardaban, a la iglesia de Santo Tomás Apóstol, situada en Diripia, distante 9 millas (unos 13 kilómetros) de la ciudad. Como se ve por la homilía misma, concurrió innumerable gente en todas partes, y asistió también la Emperatriz Eudoxia, esposa de Arcadio, y anduvo tan larga procesión a pie junto a la urna de las reliquias. La procesión comenzó de noche y continuó parte del día; cuando llegaron las reliquias a la iglesia de Santo Tomás, pronunció San Crisóstomo, lleno de entusiasmo, esta animadísima homilía, congratulándose de tan solemne fiesta ¹⁸.

I. Entre tantos motivos de alegría no sé cual elegir: el amor a los mártires ha incitado a todos y aun a la misma Emperatriz a imitar al Profeta David en la traslación del arca.

II. Y con razón, porque esta urna es mucho más preciosa que aquélla, pues contiene los huesos de los Santos Mártires, que tienen celestial virtud contra los demonios.

III. Me regocijo, pues, de ver tal empeño en honrar a los Santos Mártires. (Descripción de la procesión y elogios de la Emperatriz).

IV. Bendice a la Emperatriz por tan buen ejemplo, y la compara con las piadosas mujeres que asistían a los Apóstoles, y con María, hermana de Moisés.

V. Anuncia para el día siguiente la presencia del Emperador Arcadio, y termina pidiendo para él y para Eudoxia las bendiciones del cielo.

I

¿Qué diré y qué hablaré? Estoy fuera de mí y loco con una locura mejor que la misma prudencia; vuelo de júbilo, y salto de placer, y me elevo a los aires, y estoy como embriagado por esta alegría tan espiritual. ¿Qué diré y qué hablaré? ¿El poder de los mártires? ¿La animación de la ciudad? ¿El celo de la Emperatriz? ¿El concurso de los

principados? ¿La vergüenza de Satanás? ¿La derrota de los demonios? ¿La generosidad de la Iglesia? ¿El poder de la cruz? ¿Las maravillas del Crucificado? ¿La gloria del Padre Eterno? ¿La gracia del Espíritu Santo? ¿La alegría de todo el pueblo? ¿Los regocijos de la ciudad? ¿Los conventos de los monjes? ¿Los coros de las vírgenes? ¿Los escuadrones de los sacerdotes? ¿La fortaleza de los seglares, de los siervos, de los libres, de los magistrados, de los súbditos, de los pobres, de los ricos, de los extraños, de los ciudadanos? De todos ellos se puede oportunamente decir: *¿Quién dirá, Señor, tu múltiple poder? ¿Quién hará resonar tus misericordias* (Sal. 105, 2)? Las mujeres retiradas y más blandas que la cera, dejando sus casas, han competido en ánimo con los hombres más robustos, haciendo a pie tan largo camino; y no sólo las jóvenes, sino también las ancianas; y ni lo débil de su naturaleza, ni lo delicado de su modo de vivir, ni el fausto de la grandeza han sido obstáculo de su fervor. Los magistrados, a su vez, dejando sus vehículos, y sus lictores, y sus lanceros, se han mezclado con la gente ordinaria. ¿Y a qué hablar de las mujeres y magistrados, cuando la misma que se ciñe diadema y se viste de púrpura, por todo el camino no ha consentido separarse un punto de las reliquias, sino que como sierva acompañaba a los santos, tocando la urna y el lienzo que la cubre, pisando todo el fausto mundano, ofreciendo hermoso espectáculo a las miradas de todo este pueblo, siendo así que ni los eunucos que viven en el palacio imperial la pueden ver? La imperiosa fuerza del amor a los mártires y la llama de la caridad han obtenido que se arrojaran todas esas máscaras de vanidad, y que descubierto el corazón mostrara su celo por el culto de los santos mártires. Porque se ha acordado del Santo Profeta David que, vestido de púrpura, y ceñido de diadema, y empuñando el cetro del pueblo hebreo, en la traslación del arca, dejando todo aquel fausto, saltaba de placer, y bailaba y danzaba lleno de regocijo y fuera de sí, mostrando en sus saltos el gozo que tenía por tan ilustre suceso.

II

Pues si en el tiempo de la sombra y figura era razonable mostrar semejante alegría, ¿cuánto más en el de la gracia y verdad? Porque mucho mejor que el arca de David es la que aquí se traslada; pues no contiene placas de piedra, sino placas espirituales, y la gracia que gratuitamente florece y difunde sus resplandores, y los huesos de los santos que compiten con el brillo de los rayos solares, mejor diré, los

vencen con fulgores mucho más espléndidos. Porque los malos espíritus ningún daño reciben de mirar los rayos del sol; mas no pudiendo resistir el resplandor que de aquí brota, se ciegan, y se retiran cobardes, y desde muy lejos huyen precipitados. Tal poder tiene aún la ceniza de los santos; poder que no queda oculto dentro de las reliquias, sino que pasa muy adelante, pues ahuyenta a las impuras potestades del infierno, y a los que con fe se acercan a ella les concede con gran magnificencia la santidad. Por esto la Emperatriz, amante de Cristo, ha acompañado a las reliquias, tocándolas continuamente, y obteniendo bendiciones; y a todos ha enseñado como maestra, cuán excelente es esta espiritual mercadería, y cómo todos deben sacar agua de esta fuente espiritual que, por más que siempre se saque de ella, nunca se agota. Porque así como el manantial copioso de una fuente no se puede reprimir dentro del seno de la tierra, sino que exuberante rebosa por defuera, así también la gracia del Espíritu Santo, que está en los huesos de los santos y vive dentro de sus almas, pasa también a los demás que con fe se acercan a ellos, y redunda del alma a los cuerpos, de los cuerpos a los vestidos, de los vestidos al calzado, del calzado aun a la sombra (Hech. 19, 12). Por eso tenían fuerza celestial, no sólo los cuerpos de los Apóstoles, sino también sus sudarios y ceñidores; ni sólo sus sudarios y cintos, sino aun la sombra de San Pedro tenía mayor poder y virtud que los mismos vivos.

Asimismo, la capa que descendió sobre el cuerpo de Eliseo le trajo gracia duplicada; y no sólo el cuerpo de Eliseo, sino también aquella vestidura estaba llena de gracia (3 Re. 19, 19). Lo mismo acaeció con los tres jóvenes: porque la naturaleza del fuego no sólo respetó a sus cuerpos, sino también a su calzado (Dan. 3, 94); y con Eliseo, pues que no le abandonó la gracia después de muerto, sino que fue destruida la misma muerte, cuando fue arrojado otro cadáver al sepulcro del profeta (4 Re. 13, 21). Así ha sucedido también hoy; al ser conducidas en procesión las reliquias, han desaparecido los incendios que suscitan los malos espíritus, los llantos y los clamores, por salir de los huesos un rayo de luz que abrasaba la región de las potestades enemigas.

III

Me regocijo, pues, y salto de placer, porque habéis dejado desierta, habéis dejado vacía la ciudad, porque nos habéis hecho ver la

riqueza espiritual de la Iglesia. He aquí cuántas ovejas, y en ninguna parte se ve el lobo; cuántas viñas, y en ninguna parte aparecen zarzas; cuántas espigas de trigo, y en ningún parte hay cizaña. Un mar se extendió desde la ciudad a este puerto, mar sin oleaje, libre de naufragios, libre de escollos; mar mucho más dulce que la miel, mucho más dulce que el agua dulce. Bien diría quien le llamara mar y río de fuego; tan al vivo ofrecen a la fantasía la imagen de un río de fuego las hachas encendidas que en espesa hilera y sin interrupción se extendieron desde la ciudad hasta este santuario de mártires. Y esto de noche: porque al aparecer el día aparecieron otras hachas y luces distintas; pues a las materiales el resplandor del sol las oscurecía y debilitaba, pero hacía que resplandecieran más las que brillan en la mente de cada uno; porque el fuego de vuestro fervor superaba al calor de aquel fuego material, y cada uno llevaba dos hachas: la del fuego material de noche, y la del fervor de noche y de día; o mejor, no quiero tampoco llamarla noche, porque compitió con el día, y os trajo a vosotros hijos de la luz, y os hizo aparecer más brillantes que innumerables estrellas y que el lucero de la mañana. Porque así como los que se embriagan convierten el día en noche, así los que permanecen velando y despiertos convierten la noche en día. Por eso durante toda la noche cantaba yo aquello del Profeta: *La noche, mi resplandor, en mi alegría; y las tinieblas no se oscurecerán por ti, y la noche se iluminará como el día: como son sus tinieblas, así también su resplandor* (Sal. 138, 11). Porque, ¿a que día no ha superado en luz esta noche, cuando todos saltaban de placer por la sobreabundancia de gozo, llenos de alegría espiritual, cuando, derramándose tantos pueblos, han rodeado los caminos y la plaza? Ni había parte del suelo descubierta, sino que, cubierto de hombres, aparecía todo el trayecto como una cadena de oro no interrumpida, como un río que avanza con impetuosa corriente; y si mirábamos arriba, veíamos en el cielo la luna y los astros en medio de él, y si abajo, la muchedumbre de fieles, y a la Emperatriz en medio con más esplendor que la luna. Porque así como los astros de aquí abajo (los fieles) son mejores que los astros del firmamento, así también la Emperatriz vence en resplandor a la luna. ¿Y cómo no? ¿Acaso resplandece tanto la luna, cuanto resplandece el alma hermoseedada en este acto con tan viva fe? ¿Qué podremos admirar más en ella, su celo más ardiente que el fuego, su fe más firme que el diamante, la contrición, la humildad de su alma en que a todos ha oscurecido, arrojando de sí los honores de Emperatriz y la

diadema, y todo el aparato real, y vistiendo la vestidura de la humildad en vez de la de púrpura, y brillando más con aquélla que con ésta? Muchas reinas ha habido que en muchas ocasiones comunicaron a otros las vestiduras y las coronas y aun los honores reales; tan sólo de la nuestra es este honor eximio; sólo de la nuestra es este trofeo. Porque ella ha sido la única entre todas que ha enviado ante sí a los mártires, con tan crecido honor, con tanta solicitud y piedad; ella se ha mezclado con la multitud, y ha prescindido de toda comitiva, y ha hecho casi desaparecer por completo toda diferencia de condiciones. Por eso no ha sido menos el bien que ha hecho al pueblo, que el honor tributado a los mártires. Porque todos, ricos y pobres, así como miraban a las reliquias, así miraban atónitos la constancia de la Emperatriz, pues la veían en tan largo trecho estar como pendiente de las santas reliquias, sin fatigarse ni rendirse, sino clavada a la urna que la sostenía.

IV

Por esto no cesamos de bendecirte, y no seremos los únicos nosotros, sino que lo harán también todas las futuras generaciones. Pues este acontecimiento se oirá en los términos de la tierra, y dondequiera que alumbre el sol; y lo oirán nuestros descendientes y los descendientes de éstos, y ningún tiempo lo pasará en olvido, porque el Señor lo publicará con grande honor en todas las partes de la tierra y a todas las futuras generaciones. Si hizo que la obra de una meretriz llegara hasta los términos de la tierra, y viviera inmortal en la memoria de los hombres, con más razón no permitirá que permanezca oculta la obra de una mujer tan ilustre, respetable y prudente, que, siendo Emperatriz, ha demostrado tan grande piedad; antes bien, todos te bendecirán como a hospedadora de los santos, protectora de las iglesias, émula del celo de los Apóstoles. Porque aun cuando tienes naturaleza de mujer, puedes emular las obras de los Apóstoles. Mujer fue, y de la misma naturaleza que tú, Tebe, que recibió al maestro de las gentes (San Pablo), y se constituyó en su protectora; y, sin embargo, resplandeció tanto, que aquel Santo Apóstol, digno de los cielos y mayor que los demás, publicó su nombre diciendo: *Fue protectora de muchos y de mí mismo* (Rom., 16, 2). Mujer fue asimismo Priscila, mas esto no impidió el que se publicara su nombre y fuese inmortal su memoria (Hch. 18, 2-26; Rom. 16, 3). Y, en fin, mujeres fueron otras muchas

que cuidaron de la vida de los Apóstoles. Entre ellas te contamos nosotros también a ti, y no tememos equivocarnos, porque eres puerto de todas las iglesias y te sirves del imperio de este mundo para ganar el de la otra vida, erigiendo iglesias, honrando a los sacerdotes, destruyendo el error de los herejes, recibiendo a los mártires, ofreciéndoles, no la mesa, sino el corazón, no el palacio, sino la voluntad, o más bien el palacio y la voluntad juntamente. También María fue en otro tiempo (Ex. 15, 20) delante del pueblo, llevando los huesos de José, y entonó un cántico de triunfo; mas ella lo cantó por haber sido sumergidos en el mar los Egipcios; tú, por haber sido derrotados los demonios; ella, por haber sido Faraón humillado en las aguas; tú, por haber sido reprimido el mal espíritu; ellas, con tímpanos; tú, con el alma y corazón, cuyo sonido se extiende más que el de una trompeta; ella, por haber sido libertados los judíos; tú, por haber sido coronada la iglesia; ella, conduciendo a un pueblo de una lengua; tú, a innumerables pueblos de diversas lenguas. Porque nos has traído innumerables coros de gentes, los de la lengua romana, los de la siríaca, los de otras lenguas extranjeras y los de la lengua griega, cantando los salmos de David; ¡qué espectáculo ver a diversas naciones y diversos coros tocando una sola cítara, la de David, y coronándote a ti con sus plegarias!

V

Exigía el regocijo de esta fiesta la presencia del Emperador, que tan celoso es del culto de Dios, y contigo lleva el yugo de la virtud; pero propio ha sido de tu prudencia dejarle hoy en casa y prometernos su presencia para mañana. Y en efecto, amados hijos, a fin de que la muchedumbre de caballos y el tumulto de los soldados no impidiera a las doncellas, y a las ancianas y ancianos, y turbara el regocijo, ha obrado como lo pedía su prudencia, dividiendo esta fiesta solemne. Porque si hoy se hubieran presentado ambos, hoy se hubiera acabado la festividad; pero a fin de que con el reposo de hoy crezca mañana en esplendor y regocijo, la ha dividido, en atención a él, y presentándose hoy ella, nos ha prometido para mañana la presencia del Emperador. Pues así como es su consorte en el imperio, así lo es también en la piedad, y no permite que en las buenas obras deje él de tener comunicación, antes en todo le hace participante. Ya, pues, que conviene prolongar esta fiesta espiritual hasta el día de mañana, mostre-

mos de nuevo el mismo fervor, para que así como hoy hemos visto juntamente con la ciudad a la cristiana Emperatriz, así también mañana veamos presente con su ejército al religioso Emperador, ofreciendo a Dios el mismo sacrificio, sacrificio de piedad, sacrificio de celo, sacrificio de fe; y uniendo nuestras oraciones con las de los santos mártires, pidamos para los dos vida larga, vejez dichosa, hijos para ellos, e hijos también para sus hijos, y ante todo, que se les conserve este celo, que se les aumente la piedad, y que de tal manera terminen la vida presente, que reinen por siglos interminables juntamente con el Unigénito Hijo de Dios. *Si con él sufrimos*, dice San Pablo, *también reinaremos con él* (2 Tim. 2, 12), y gozaremos de los bienes sempiternos: ¡ojalá todos nosotros nos hagamos dignos de ellos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria al Padre y al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos! Amén.

HOMILIA PRONUNCIADA DESPUES DE UN TERREMOTO

Esta homilía tuvo lugar en una iglesia situada fuera de la ciudad, y, como se ve por el exordio, a bastante distancia de Antioquía, con ocasión de un terremoto, y estando San Juan Crisóstomo convaleciendo de una enfermedad. Pero como eran frecuentes los terremotos en Antioquía, y no menos frecuentes los achaques de San Juan Crisóstomo, no se puede fijar la fecha en que se pronunció.

El orden de las ideas es sencillísimo:

I. Es grande el deseo que tenéis de oír la divina palabra; y puesto que no ha podido impediros la fatiga del camino, tampoco a mí me impedirá la enfermedad, dado el amor que os tengo, pues con gusto derramaría por vosotros aún la sangre.

II. Grande ha sido el fruto del terremoto en vuestras almas; de él procede la mudanza de vuestros corazones.

III. Veo vuestros cuerpos fatigados; pero bien se merece tal fatiga el premio que os espera. Bien habéis hecho en velar, y santificar el aire con el canto de los salmos; así desaparecen la impiedad, la lujuria, los demás vicios, que como animales dañinos, se ocultan en sus escondrijos.

IV. ¡Cuán grande ha sido la piedad de Dios en enviarnos el terremoto! Así se ha arraigado en vosotros su santo temor, la piedad, y aún después de pasada la sacudida, permanecen sus frutos. Paréceme que el terremoto mismo decía: "Piadoso es el Señor, misericordioso, y largo en perdonar, y compasivo. Servirle con diligencia."

V. ¿Qué daño se ha seguido del terremoto? Ninguno. En cambio, mucho provecho: desaparición de vicios..., oraciones, salmos, vigiliass... Con esto habéis aplacado la ira de Dios... ¿Por qué vino el terremoto? Por los pecados. ¿Por qué ha desaparecido? Por las oraciones y penitencia. Perseveremos, pues, en ellas para gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

I

Aunque a mí la enfermedad me ha impedido celebrar con vosotros esta fiesta espiritual, a vosotros, en cambio, no os ha estorbado la fatiga del camino. Porque aun cuando por el cansancio venís llenos de sudor, con todo, el deseo de instruíros ha convertido en mí la enfermedad en salud, y ha suavizado en vosotros la fatiga con el canto de

los salmos. He aquí por qué ni yo, a pesar de mi enfermedad, he encadenado mi lengua con el silencio, ni vosotros, a pesar del cansancio, os habéis privado de oírme; antes bien, con la presencia tan sólo de la divina palabra, ha desaparecido el trabajo; con la presencia de la instrucción y doctrina, ha huído la fatiga. Es que la enfermedad y el trabajo pertenecen al cuerpo, mas la instrucción es bien y medicina del alma. Y cuanto el alma es mejor que el cuerpo, tanto son sus bienes de mayor estima. Por eso, aunque no sólo me lo prohibía la enfermedad, sino también otros innumerables estorbos, ni he cesado jamás de estrecharos en lo íntimo de mi alma, ni he querido tampoco hoy dejar de asistir a esta hermosa festividad.

Antes bien, hasta hace poco estaba enclavado en el lecho, mas no ha permitido Dios que por completo me consumiera el hambre que me devora. El hambre, digo, porque así como tenéis vosotros hambre de oír la divina palabra, así la tengo yo de predicarla. No de otra suerte una madre enferma mil veces preferiría, aun con dolor, ofrecer el pecho a su hijo, que verle consumirse hambriento. Cobre, pues, vigor también mi cuerpo; porque, ¿quién no derramará con gusto aun la sangre por vosotros, que tan ardiente piedad, tan ardiente deseo de oírme habéis mostrado, tal penitencia habéis hecho por sólo un pequeño trastorno de los tiempos?

II

No hacéis diferencia entre día y noche, antes entrambos tiempos son para vosotros día, no porque mudéis la atmósfera, sino porque velando ilumináis las noches: no hay dormir para vosotros; habéis triunfado de la tiranía del sueño, porque el amor de Cristo ha vencido la debilidad de la naturaleza. Habéis dejado de ser hombres corpóreos por imitar a las celestes potestades, perseverando en vela, en rígido y continuado ayuno, y sufriendo la fatiga de tan largo camino, fatiga según la naturaleza, alivio según vuestro fervor. Este es el fruto de semejantes temores, ésta la utilidad del terremoto; utilidad que no tiene mengua, utilidad que a los pobres hace abundantes, y a los ricos enriquece más. El terremoto ni entiende de pobreza, ni entiende de riqueza; con sólo presentarse hizo desaparecer todas esas diferencias de la vida. ¿Dónde están ahora los que vestían sedas? ¿Dónde está el oro? Todo esto ha desaparecido con más facilidad que se quiebra una tela de araña, con más presteza que decaen las flores de primavera.

III

Mas ya que veo preparadas vuestras almas, quiero ponerlos delante una mesa espiritual más abastecida. Veo vuestros cuerpos rendidos, pero vuestras almas vigorosas. Fuentes de sudor os corren, pero no importa, pues limpian vuestra conciencia. Que si los atletas aun la sangre derraman por unas hojas de laurel, que, si hoy se alcanzan, mañana se marchitan, ¡cuánto más razonable es que vosotros en los certámenes de la virtud no cedáis a los trabajos por alcanzarla, ni os dejéis vencer de la molicie! El ver vuestra concurrencia es mi corona, y un oyente de entre vosotros equivale a toda la ciudad. Porque mientras otros ciudadanos se han ocupado, unos en coronar de vino las copas, otros en celebrar convites satánicos, otros en prepararse una mesa opípara, vosotros os habéis empleado en tan santa vela, y habéis purificado toda la ciudad con las huellas de vuestros santos pies, recorriendo la plaza en vuestro paso, y santificando todo el ambiente. Pues ello es así, que hasta el ambiente se santifica con el canto de los salmos, como lo habéis oído hoy en las palabras de Dios a Moisés: *El sitio en que has estado es tierra santa* (Ex. 3, 5). Habéis santificado el suelo; la plaza y la ciudad las habéis convertido en iglesia. Y así como un torrente, que pasa de largo arrastrando una corriente caudalosa, todo lo arrasa, así se ha henchido de agua el torrente espiritual, el río de Dios, el que alegra la ciudad de Dios, y ha purificado el revuelto cieno de la impiedad. Ya no hay ningún lascivo y petulante, y si lo hay, se convierte; oye la voz de los salmos, y se ordena su conciencia; penetra en su alma la melodía, y se reforma la impiedad: huye la pasión de la codicia, y si no huye, a lo menos, así como las fieras salvajes se esconden durante el invierno, así los malos pensamientos quedan sepultados; y, como las serpientes, por quedar sus cuerpos rígidos por el frío, se meten bajo tierra, así estas pasiones bajas y serviles se ocultan en sus madrigueras como en un abismo; y cierto, se avergüenzan de ellas los mismos que las tienen —las tienen, digo, aunque muertas— porque obran en ellos vuestros cánticos lo que el invierno en las serpientes. Llegan al oído de un codicioso, y si no le quitan la pasión, a lo menos se la amortiguan; llegan al oído de un petulante y soberbio, y aunque no den muerte a su petulancia y soberbia, a lo menos las obligan a ocultarse. Y no es poco que la maldad no tenga libertad completa.

IV

Ya os dije también ayer cuán grande es el fruto de los terremotos. ¿Y no echáis de ver la benignidad del Señor, que conmueve la ciudad, y afirma nuestra mente; sacude los cimientos, y afianza nuestras conciencias; debilita la ciudad, y robustece nuestras almas? Considerad su amor a los hombres: nos ha agitado un poco, y nos ha afirmado para siempre: dos días ha durado el temblor de tierra; permanezca en todo tiempo la piedad: un poco de tiempo os habéis afligido; mas os habéis arraigado para siempre. Pues bien sé que con el temor de Dios ha echado raíces vuestra piedad, y aun cuando desaparezca la tribulación, permanece su fruto; ya no lo ahogan las espinas, ni lo inunda la lluvia torrencial; excelente cultivo ha tenido vuestra alma con el temor, que me ha prestado auxilio en el ministerio de la palabra. Yo callo, y hablan los cimientos sacudidos; yo callo, y el terremoto lanza una voz más penetrante que la de una trompeta, diciendo así: "*Piadoso y compasivo es el Señor, largo en sufrir y de gran misericordia* (Sal. 102, 8-9); he venido yo, no para sepultaros, sino para robusteceros." Esto dice, y así habla el terremoto: Os he atemorizado, no para entristeceros, sino para haceros más diligentes. Atended con diligencia a la predicación; cuando la predicación perdió su vigor, alzó el grito el castigo; cuando la instrucción perdió su fuerza, prestóle auxilio el temor. Esto os vengo a decir brevemente, cumpliendo lo que me pertenece; cuando os haya atemorizado, entonces os pondré en manos de la palabra divina, para que no pierda de su vigor; busco las piedras y las espinas que van brotando y purifico la heredad, para que la divina palabra esparza a manos llenas la semilla."

V

¿Qué daño habéis recibido con estar por breve tiempo atribulados? De hombres os habéis hecho ángeles; os habéis trasladado al cielo no mudando de lugar, sino de costumbres.

Y no os lo digo por adularos; sirvan, sino, de testimonio los hechos. ¿Qué habéis dejado que desear por lo que hace a la penitencia? Habéis arrojado la envidia, desterrado las pasiones serviles, plantado la virtud, pasado toda la noche en santa vela, con mucha caridad y voluntad constante. Nadie se acuerda de usuras; nadie habla de avaricia; y no sólo tenéis puras e inocentes las manos, sino que también

guardáis vuestras lenguas, libres de injusticia y afrenta contra el prójimo. Nadie injuria a otro; nadie va a asistir a convites satánicos; puras están las casas; limpia de culpas la plaza; viene la tarde, y en ninguna parte aparecen las danzas de jóvenes cantando los cantares del teatro; hay coros, es cierto, mas no de disolución; coros, pero de virtudes; y en la calle se oyen sagrados cánticos, y los que están en las casas, unos entonan salmos, otros himnos; viene la noche, y todos acuden a la iglesia, a este puerto tranquilo, a esta serenidad y calma sin oleaje. Creía yo que después de uno o dos días, ya el velar había gastado vuestros cuerpos; pero ahora, cuanto más se alarga el tiempo de vela, tanto más crece vuestro fervor. Rindiéronse los cantores, y vosotros cobráis nueva vida; fatigáronse ellos, y vosotros os habéis vigorizado. ¿Dónde están ahora los ricos?; decídmelo. Aprendan la prudencia y virtud de los pobres. Ellos están acostados, y los pobres, en el desnudo suelo, no acostados, sino dobladas las rodillas imitando a San Pablo y a Silas (Act., 16). Sólo que ellos oraban a Dios y conmovieron la cárcel; oráis vosotros, y habéis afianzado la ciudad sacudida del terremoto. Contrario es el desenlace, pero ambos sucesos son para gloria de Dios. Porque en aquél removió la cárcel, para remover la conciencia de los infieles, para aterrar al alcaide, para anunciar la palabra de Dios; habéis, en cambio, vosotros afianzado la ciudad, para desviar la ira de Dios; y tanto aquel como este suceso, obedecieron a distintos planes. Con todo, me regocijo yo, no precisamente porque se ha afianzado la ciudad, sino porque se ha afianzado gracias a vuestras oraciones, porque la han apoyado, como cimientos, los cánticos de los salmos. Por arriba, os amenazaba la ira; abajo, resonaba vuestra voz, y a la ira que se desbordaba de arriba, la reprimió la voz de vuestras oraciones, que salía de abajo. Abriéronse los cielos; descendió la indignación, la espada aguzada; la ciudad, sobre el polvo; la ira, inexorable. De nada tuvimos necesidad, sino de penitencia, de nada, sino de lágrimas y gemidos, y todo desapareció; pronunció Dios la sentencia, mas nosotros disipamos su furor. No se equivocaría quien os llamase solícitos salvadores de la ciudad. ¿Dónde están los magistrados? ¿Dónde los grandes? ¡Vosotros sí que fuisteis realmente los salvadores de la ciudad, sus baluartes, su muralla y su seguridad! Porque ellos, por su maldad, causaron a la ciudad el terremoto, mas vosotros, por vuestra virtud, la afianzásteis. Si fuere alguien preguntado por qué tembló la ciudad, aunque no responda, tenga entendido que por los pecados, por las usuras, por las injusticias, por las ilegali-

dades, por las ambiciones, por las delicias, por la falsedad. ¿Y de quiénes? De los ricos. Asimismo, si es uno preguntado por qué se afianzó la ciudad, confiese que por el canto de los salmos, por las oraciones, por las vigiliass. ¿Y de quiénes? De los pobres. Lo que agitó la ciudad, de ellos es; lo que la fortaleció, es vuestro; de modo que vosotros habéis sido sus procuradores y salvadores. Pero terminemos ya aquí este discurso, perseverando en velar y cantar salmos, dando gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA SOBRE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Dice San Juan Crisóstomo en esta homilía, que el mes de Septiembre próximo había dirigido largos discursos contra los judíos. Como de estos discursos se sabe que se pronunciaron el año 386, se deduce que también este de que tratamos se pronunció el 25 de Diciembre de este mismo año 386, en Antioquía. ¿Y cuál fue el fin que se propuso el Santo? Afianzar más y más la devoción a esta fiesta, que en Antioquía no se celebraba sino, a lo más, desde hacía diez años, y era mirada por algunos como devoción nueva y poco fundada. Para esto prueba cómo realmente se debe sostener que el 25 de Diciembre nació Cristo Nuestro Señor, y que, por consiguiente, la fiesta de este día es digna de toda veneración. Pasa después a increpar a los gentiles, que se burlaban de que los cristianos adorasen a un Dios nacido de mujer, y les objeta las ridiculeces del gentilismo, y, finalmente, exhorta a los oyentes a reconocer el soberano beneficio de la Encarnación y a recibir a Cristo en la Sagrada Eucaristía con el debido respeto y reverencia.

I. Las ideas se desarrollan por este orden: 1) Cristo ha nacido; regocijémonos y admirémonos por este soberano misterio. 2) Con ansia deseaba yo ver tan celebrada como lo es ahora esta festividad, instituida entre nosotros desde hace diez años solamente, pero que, como generosa planta, se ha desarrollado en breve tiempo; el mismo Dios recién nacido os pagará vuestra concurrencia para honrarle.

II. Hay quienes disputan entre vosotros sobre si es este el tiempo en que nació Cristo Nuestro Señor, os voy a probar que sí en tres argumentos. El primer argumento es, que si no fuera cosa de Dios la festividad de hoy, no se hubiera extendido tan pronto ni hubiera permanecido en el pueblo cristiano; pero como ha sido tan admirable su propagación, y no sólo permanencia sino aumento, concluyo que es de Dios.

III. Segundo argumento: el Evangelista nos cuenta que María y José fueron a Belén con ocasión del decreto de César Augusto de que se empadronara todo el orbe. Ahora bien, los códices de Roma nos dicen el tiempo de este empadronamiento, y concuerdan con nuestra festividad.

IV. Tercer argumento: después de una breve descripción del templo de Salomón, prueba por la Escritura como en el Sancta Sanctorum entraba el sumo Sacerdote solo, y una vez al año; y después de interrumpir por un momento esta aparente digresión, muestra el raciocinio de que va a hacer uso, y es éste: una sola vez entraba solo el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum; si averiguamos en que mes ere esto, sabremos cuándo estuvo Zacarías en el Sancta Sanctorum; como en este tiempo se le dio

cuenta de que su esposa Isabel había concedido, sabremos ya el tiempo de la concepción de Isabel; por otra parte, el Angel dijo a María en la anunciación que Isabel llevaba para entonces seis meses desde su concepción; luego si contamos seis meses desde la concepción de Isabel, sabremos el mes en que concibió María, y contando nueve desde este mes, tendremos el mes en que nació Jesús. Ahora pasa a probar lo dicho parte por parte.

V. Insiste en que entraba una sola vez al año el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum.

VI. Prueba cómo esta entrada la hacía en la fiesta de los Tabernáculos.

VII. Prueba por la Escritura como en esta fiesta de los Tabernáculos, que era en Septiembre, se apareció el Angel Zacarías a anunciarle que su esposa había concebido.

VIII. De las palabras del Angel a la Santísima Virgen deduce como la Anunciación o Encarnación del Hijo de Dios sucedió seis meses después de haber concebido Isabel, y siendo ésta en Septiembre, contados nueve meses desde la Encarnación, resulta que Nuestro Divino Salvador nació en Diciembre. Después de esto resume brevemente todo este argumento.

IX. Terminada la demostración pasa a increpar y refutar a los gentiles, que se ríen de que los cristianos adoren a un Dios hecho hombre; peor es hacer a Dios leño y piedra, que no decir que tomó carne pura, santa e incontaminada del vientre virginal de María. Increpa en especial a los maniqueos con un razonamiento parecido, y por la comparación del sol muestra como a Dios no se le sigue mancha alguna de haber tomado nuestra carne.

X. Por las razones dichas, hagamos enmudecer a esos blasfemos, y nosotros mostrémonos agradecidos en las obras a tan grande beneficio como es la Encarnación y Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

XI. En este número hasta el fin síguese una hermosa exhortación para que se acerque el pueblo a la sagrada mesa con la debida reverencia.

El estilo es didáctico y muy sencillo en la exposición de los argumentos; más animado al principio, y sobre todo al fin.

I

1. Lo que antiguamente con tales ansías anhelaron los Patriarcas, lo que vaticinaron los Profetas, lo que tanto desearon ver los justos, ha tenido en este día feliz término y cumplimiento; y tomando nuestra carne, *se ha dejado ver an la tierra y ha conversado con los hombres* (Baruc, 3,38). Alegrémonos, pues, amados oyentes, y regocijémonos. Porque si Juan dio saltos de júbilo en el vientre de su madre Isabel, cuando fue a visitarla María, ¡cuánto más razonable es que nosotros, al ver hoy, no a María, sino a nuestro mismo Salvador nacido, nos alegremos y demos saltos de júbilo, y nos admiremos y llenemos de asombro, al ver la grandeza de su providencia, que sobrepuja a todo entendimiento! Piensa qué maravilla sería ver al sol descender del

cielo y andar por la tierra y extender desde ella sus rayos de luz; que si tal sucediera en este sol material, se llenaría de estupor cuantos le miraran; considera, pues, ahora, y razona qué maravilla será ver al Sol de Justicia, vestido de nuestra carne, esparcir los rayos de su luz, y con ellos iluminar nuestras almas.

2. Mucho tiempo hace que deseaba yo ver el día de hoy, y no verlo de cualquier modo, sino con todo este concurso y muchedumbre; y continuamente pedía que, como ahora lo está, se viera este templo henchido de gente; y he aquí cumplidas y satisfechas ya mis aspiraciones.

Porque no han pasado diez años todavía desde que tuvimos manifestada noticia y conocimiento de esta festividad, y, co todo, ha llegado a florecer por nuestra diligencia, cual si muy de antiguo y antes que otros pueblos la hubiéramos recibido. No se equivocaría, por lo tanto, quien la llamara nueva y antigua al mismo tiempo: nueva, por haber llegado a nuestra noticia recientemente; antigua, porque en breve ha llegado como a igualar en edad a las antiguas y adelantarse a cumplir la misma medida de años. Porque así como las plantas generosas y de buena calidad no se hace más que plantarlas en la tierra, y al punto llegan a grande crecimiento y se cargan de fruto; así también esta fiesta, conocida de antiguo por los que habitan el Occidente, al pasar a nosotros, no hace muchos años, de repente se ha dado tal prisa en crecer, y ha producido tal fruto, cual es el que ahora contemplamos, cuando se ve lleno el ámbito de este templo, y parece que se angosta y estrecha por la muchedumbre de concurrentes.

Digna recompensa de vuestra diligencia debéis esperar de quien hoy ha nacido según la carne, Cristo Jesús; él os remunerará abundantemente por vuestro empeño, puesto que esta diligencia y presteza que habéis mostrado es muy grande testimonio de vuestro amor para con el recién nacido.

II

Ahora, si también yo, vuestro consiervo, debo contribuir en algo a la fiesta de hoy, contribuiré en lo que pueda, o mejor dicho, en lo que la divina gracia me conceda deciros para vuestra utilidad. ¿Y qué es lo que deseáis oír hoy? ¿Qué habéis de desear oír sino lo que toca a este día? Porque bien sé que todavía disputan muchos sobre esta festividad, los unos impugnándola y los otros defendiéndola. En todas

partes se habla mucho de la fiesta de hoy; unos la impugnan como nueva y reciente y últimamente introducida; otros la defienden como antigua y vieja; como que ya los Profetas predijeron la natividad de Cristo, y desde hace tiempo era esta solemnidad conocida y manifiesta, desde Tracia hasta Cádiz. Ea, pues, comencemos a hablar de este punto: porque si esta fiesta tal propensión halla en vosotros cuando aún dudáis de ella, es evidente, que si llega a seros más conocida, os hallará mucho mejor dispuestos y más benévolos, cuando con la claridad de esta instrucción se acreciente vuestro afecto para con ella.

Voy, pues, a aducir tres demostraciones por las que claramente entenderemos que este es el tiempo en que nació Nuestro Señor Jesucristo, Verbo de Dios. De estas tres razones, la primera es la prontitud con que por todas partes se ha extendido esta festividad, y ha llegado a tal altura y florecimiento. Y no tengo yo reparo en decir de esta fiesta lo que dijo Gamadiel de la predicación del Evangelio: *Si es cosa de hombres, se desvanecerá; si es de Dios, no la podréis destruir y os expondríais a luchar contra Dios* (Act., 5, 38). También esta fiesta, por ser de Dios, no sólo no ha venido a menos, sino que cada año recibe nuevo incremento y brilla con nuevo esplendor; porque su noticia en pocos años se ha extendido por toda la tierra, por más que los que la propagaron por todas partes fuesen pobres artesanos, pescadores, rudos, idiotas; pero nada perjudicó la pequeñez de los ministros, cuando el poder del que era predicado todo lo prevenía, quitaba los obstáculos, y hacía ostentación de su interior y peculiar virtud.

III

Pero si alguno más tenaz en disputar no aceptare la explicación dada, aún podemos darle otra prueba. ¿Y cuál es? La contenida en la narración evangélica. *Sucedió, dice el Evangelista, en aquellos días, que dio un edicto César Augusto, mandando empadronar a todo el orbe. Este fue el empadronamiento primero hecho por Cirino, gobernador de la Siria. E iban todos a ser inscritos, cada uno a la ciudad de donde procedía, y subió también José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a la Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él de la cas y familia de David, para empadronarse con María, desposada con él y que se hallaba embarazada. Y sucedió que estando ellos allí, se cumplieron los días en que ella diese a luz; y dio a luz a*

su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le reclinó en un pesebre, porque no tenían lugar en la posada (Lc., 2, 1). Por aquí se ve claro que nació al tiempo del primer empadronamiento; y quien quisiere ver los antiguos códices que públicamente se conservan en Roma, puede enterarse con exactitud del tiempo de este empadronamiento. Pero esto, dirá alguno, ¿qué nos importa a nosotros, que ni estamos allí ni hemos estado nunca? Oye, y no desconfíes, porque precisamente no hemos recibido esta fiesta sino de quienes a ciencia cierta saben lo dicho, y son habitantes de aquella ciudad; si, los mismos que allí moran, y celebran de antes y por antigua tradición esta fiesta, son los que ahora nos han transmitido la noticia de ella. Ni el Evangelio nos señaló sin razón el tiempo del empadronamiento, sino para manifestarnos claramente este día y darnos evidente indicio de la encarnación de Dios; porque no salió de él ni por impulso propio el edicto que publicó Augusto, sino por impulso de Dios, que movió su corazón, a fin de que aún sin quererlo, sirviera a la venida del Unigénito.

¿Y cómo contribuye esto, se me dirá, para entender la encarnación? —Contribuye, y no poco, amados oyentes, si no en sumo grado; y es uno de los datos necesarios y más dignos de atención. ¿Cómo así? Galilea es una región de Palestina, y Nazaret una ciudad de Galilea; a su vez, la Judea es una región así llamada por sus habitantes; y Belén, una ciudad de Judea. Ahora bien; de Cristo vaticinaron los Profetas que vendría, no de Nazaret, sino de Belén, y que allí nacería. Porque así está escrito: *Y tú, Belén, tierra de Judea, muy lejos estás de ser la menor entre los Príncipes de Judá, porque de ti saldrá el Caudillo que regirá a mi pueblo Israel* (Mt. 2, 6; Miq. 5, 2). Y los judíos, preguntados por Herodes dónde nació Cristo, le respondieron con este testimonio. Por esta causa, cuando contestando a estas palabras de San Felipe: *Hemos hallado a Jesús el de Nazaret*, dijo Natanael: *¿Puede de Nazaret salir algo de bueno?*, dijo Cristo refiriéndose a él: *He aquí, que éste es verdaderamente israelita, en quien no hay dolo* (Jn. I, 45-46). ¿Y por qué causa, dirás, le alabó así? Porque no se dejó llevar del aviso de Felipe; pues clara y manifiestamente sabía que ni en Nazaret, ni en Galilea, convenía que naciera Cristo, sino en Judea y en Belén, como de hecho sucedió. Como, pues, Felipe no supiera esto, y Natanael, en cambio a fuer de instruido en la ley, respondiera conforme a la profecía arriba dicha, que no vendría Cristo de Nazaret, por esto dijo Cristo: *He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay*

engaño. Esta misma es la razón por qué algunos judíos decían a Nicodemus: *Examina la Escritura y verás como de Galilea no sale ningún Profeta* (Jn. 7, 52). Y en otra parte. *¿No es cierto que del castillo de Belén, donde estaba David, sale el Cristo* (Ibid., 42)? Y era común sentir de todos, que sin duda ninguna de allí había de venir y no de Galilea.

Ahora bien; siendo así que José y María, aunque habitantes de Belén, salieron de allí y fijaron su vivienda en Nazaret donde moraban (como a cada paso lo vemos en muchos que, abandonando las ciudades donde nacieron, habitan en otras de que no traen su origen primitivo), y conviniendo que Cristo naciera en Belén, se promulgó un edicto que, aun involuntariamente, los compelió, por divina ordenación, a ir a aquella ciudad. Porque como aquel edicto mandaba que cada uno se empadronara en su propia patria, los obligó a salir de Nazaret e ir a Belén para dar sus nombres. Esto insinuaba el Evangelista, cuando decía: *Subió también José de Galilea desde la ciudad de Nazaret a la Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, desposada con él, que estaba en cinta. Y sucedió que mientras estaba allí se le cumplieron a ella los días de dar a luz, y dio a luz a su hijo primogénito* (Lc, 2, 4). ¿No acabas de ver, amado hijo, la providencia de Dios, que se sirve de los infieles y de los fieles para el cumplimiento de sus planes, de modo que aún los que son ajenos a su culto claramente comprenden su fuerza y su poder? Una estrella condujo a los Magos desde el Oriente; una ley condujo a María a la patria vaticinada por los profetas.

De aquí nos consta con evidencia, que también la Virgen era del linaje de David; porque si era oriunda de Belén, es bien claro que era de la casa y familia de David: como también nos lo descubrió más arriba el Evangelista al decir: *Ascendió también José desde Galilea con María, por ser él de la casa y familia de David*. Porque una vez que nos expuso la genealogía de José, y nadie había contado los progenitores de la Virgen, como los de José; para que no tuvieras esta duda: ¿De dónde sabremos que también ella procedía de David? oye lo que dice: *El sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, por nombre Nazaret, a una virgen desposada con un varón, cuyo nombre era José, de la casa de David* (Lc. 1, 26). Las palabras de la casa de David se han de entender de la Virgen, como aquí se ha indicado manifiestamente ¹⁹. Por esto se dio aquel edicto y

ley que los dirigía a Belén; porque apenas ascendieron a la ciudad, al punto nació Jesús; y por haber concurrido muchos de todas partes, y ocupado de antemano todos los sitios y hecho grande la estrechez, fue reclinado en un pesebre, y allí fueron a adorarle los Magos.

IV

Pero a fin de presentaros una demostración más clara, renovad vuestra atención, os ruego; pues quiero repasar una larga historia y recitar leyes muy antiguas, de modo que os evidencie más la cuestión por todos sus puntos.

Tenían los judíos una ley antigua.. pero no; tomemos el discurso de más arriba. Cuando libró Dios al pueblo hebreo de las turbas de los egipcios y de la tiranía del rey extranjero, viendo que todavía tenía reliquias de impiedad, y que se dejaba llevar de todo lo material y sensible, y admiraba la grandeza y hermosura de los templos, mandó que se les edificara un templo que, no sólo por la diversidad de sus materiales y por la variedad de su arte, sino también por la hermosura de su construcción, dejara oscurecidos a todos los tiempos de la tierra. Y como un padre amante de su hijo, si pasado mucho tiempo le recibe después que se ha mezclado en la compañía de hombres malvados, corrompidos y muelles, y gozado de todos los deleites, le pone a buen recaudo donde conserve su dignidad con mayor abundancia de bienes, no sea que por la necesidad se acuerde de lo anterior, y aún lo desee; así también Dios, viendo a los judíos dejarse llevar de todas las cosas sensibles, aún estas se las concedió con grande exceso, de modo que jamás fueran a envidiar a los egipcios o las cosas de los egipcios; e hizo entre ellos para sí un templo a imitación de todo el mundo, tanto sensible como inteligente: porque habiendo, como hay, tierra y cielo, y en medio, como valladar, el firmamento, mandó que el templo se hiciera a su semejanza; y dividiéndolo en dos partes, y poniendo en medio un velo, a lo que estaba fuera del velo permitió que todos pudieran entrar, más en lo interior no permitió que nadie entrara, ni aún lo viera, a no ser el sumo sacerdote.

Y para que conste que ésta no es conjetura nuestra, sino que realmente el templo fue edificado a imitación de todo el mundo, oye lo que, al hablar de como Cristo subió a los cielos, dice San Pablo: *Porque no entró Jesús en el Santuario hecho de mano de hombres, que era figura del verdadero* (Heb. 9, 24), mostrando que el santuario

terrenal no era sino imitación del verdadero. Y que el velo separaba el Sancta Sanctorum de lo de fuera, así como ese cielo divide lo que está encima de él de todo lo de aquí abajo, claramente lo indica al llamar velo al firmamento. Porque hablando como la esperanza es el áncora segura y firme que tienen nuestras almas, añadió: *y que penetra hasta el interior del velo, donde por vosotros entró nuestro precursor Jesús* (Heb. 6, 19), más arriba que los cielos. ¿Ves cómo al cielo le dio el nombre de velo? Ahora bien; fuera del velo estaban el candelabro, y la mesa, y el altar de bronce que recibía las víctimas y los holocaustos, y dentro del velo el arca cubierta toda alrededor de oro, en la que estaban las tablas del testamento, y la urna de oro, no el de las víctimas y holocaustos, sino sólo el del incienso; y por lo de fuera todos podían andar; pero por lo de dentro tan sólo el Sumo Sacerdote. Y no dejaré de aducir para probarlo el testimonio de San Pablo, que dice (a los Hebreos, IX): *Tuvo el primer Tabernáculo reglamentos sagrados de culto y un Santuario Temporal* (Santuario temporal llama al Tabernáculo de fuera, puesto que a todos se permitía en él), *en el cual estaban el candelabro, y la mesa, y los panes de la proposición; y después del segundo velo, el Tabernáculo llamado Sancta Sanctorum, que contenía un incensario de oro y el arca del testamento cubierta todo alrededor de oro, en la cual estaba la urna de oro, que contenía el maná, y la vara de Aarón que había reverdecido, y las tablas del testamento, y sobre el arca los Querubines gloriosos que hacían sombra al propiciatorio. Esto supuesto, al primer Tabernáculo siempre entraban los sacerdotes para cumplir los ministerios del culto; pero en el segundo tan sólo una vez al año y sólo el Pontífice, no sin sangre, que ofrece por sí y por las ignorancias del pueblo. ¿Ves cómo tan sólo entra el Sumo Sacerdote y sólo una vez en todo el año?*

¿Y qué tiene que ver esto, me decís, con la presente festividad? Esperad un poco, no os turbéis: hemos tomado el asunto desde su misma fuente y nos esforzamos por llegar a la misma cumbre de la verdad, de modo que fácilmente lo dominemos todo con distinción. Pero, en fin, para que no esté mi discurso por mucho tiempo cubierto de sombras, ni por ser más oscuro os haga decaer de ánimo al verlo tan largo, ahora os voy a decir la causa por qué he removido toda esta narración. ¿Cuál es, pues, esta causa? Cuando ya hacía seis meses que Isabel había concebido a Juan, entonces concibió María; por consiguiente, si averiguamos cuál era aquel mes sexto, sabremos cuando concibió María; una vez sabido cuándo concibió, sabremos también

cuando dio a luz, contando nueve meses desde la concepción. Y ¿de dónde sabremos cual fue el sexto mes de la preñez de Isabel? Si averiguamos cual fue el mes en que concibió. Y ¿cómo sabremos cual fue el mes en que concibió? Si averiguamos en que tiempo se dio la fausta noticia a Zacarías, su esposo. Y este tiempo, ¿de dónde lo podremos deducir con claridad? De las Sagradas Escrituras, una vez que dice el Santo Evangelio, que el ángel dio la feliz nueva y habló del parto de Juan a Zacarías, cuando este se hallaba dentro del Sancta Sanctorum. Si, pues, demostramos claramente por la Escritura cómo entraba una sola vez y sólo el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum, y en que tiempo, y en qué mes del año; nos será ya manifiesto el tiempo en que se le dio la feliz nueva; y una vez manifestado esto, será también patente a todos el tiempo de la concepción.

V

Ahora bien: que sólo una vez año entrara allí el Sumo Sacerdote, ya lo ha demostrado San Pablo: también Moisés nos lo manifiesta, diciendo así (Lev. 16, 2): *Y habló el Señor a Moisés: habla a tu hermano Aarón, y no entre en todo tiempo en el Santuario que está dentro del velo, enfrente del propiciatorio, que esté encima del arca del testimonio, porque no muera. Y de nuevo (v. 17): Y no haya hombre alguno en el Tabernáculo del testimonio cuando entre él al Santuario para expirar, hasta que haya salida, y expiado por sí y su casa y todo el pueblo de Israel, y expiará sobre el altar, que está delante del Señor.* Es, pues, patente por todo esto, que no en todo tiempo entraba en el Sancta Sanctorum, y que, mientras él estaba dentro, a nadie le era lícito entrar, sino que debía permanecer fuera, a la parte exterior del velo. Retened este punto con diligencia, porque nos queda por demostrar cuál era el tiempo en que entraba en el Sancta Sanctorum y como hacía esto una vez al año y él solo.

VI

Y ¿de dónde se podrá hacer que esto conste? De este mismo libro, porque dice así (Lev. 16, 29): *El mes séptimo, el día décimo del mes, humillaréis vuestras almas y no haréis ningún trabajo, ni el indígena ni el advenedizo, que se os ha juntado; porque en este día se hará expiación por vosotros para purificaros de todos vuestros pecados;*

delante del Señor seréis purificados; este será el sábado de los sábados, vuestro descanso, y humillaréis vuestras almas y este será un estatuto sempiterno.

Y hará esta expiación el Sacerdote a quien ungieron y cuyas manos consagraron para sacrificar después de su padre; y se vestirá de la estola santa, y expiará el Sancta Sanctorum y el Tabernáculo del testimonio; y expiará el altar; y expiará por los Sacerdotes y por todo el pueblo de Israel. Y será para vosotros ley eterna el orar por los hijos de Israel, por todos sus pecados. Una sola vez al año se hará esto, como mandó el Señor a Moisés. En estas palabras se habla de la fiesta de los Tabernáculos; porque esta era la única vez del año en que entraba el Sumo Sacerdote; como él mismo lo explica al decir: Una sola vez al año se hará esto.

VII

Sí, pues, en la fiesta de los Tabernáculos entraba en el Sancta Sanctorum el Sumo Sacerdote solo; ea, demostremos ahora cómo se apareció el ángel a Zacarías, cuando éste estaba en el Sancta Sanctorum. Y, en efecto, por una parte el ángel fue visto sólo por Zacarías cuando ofrecía el incienso; y por otra, jamás entra el Sumo Sacerdote solo, sino es en aquella ocasión. Pero nada nos impide el oírlo con las palabras del texto sagrado (Lc. 1, 5): *Había en los días de Herodes, rey de Judea, un Sacerdote, por nombre Zacarías; y era su mujer descendiente de las hijas de Aarón, y su nombre Isabel: y sucedió, mientras él cumplía con el Sacerdocio, cuando le llegó la vez, delante de Dios, según la costumbre del Sacerdocio; le tocó la suerte de poner el incienso entrando en el templo del Señor; y toda la muchedumbre del pueblo estaba orando fuera, a la hora del incienso. Acuérdate ahora, amado oyente, de aquel testimonio que dice (Lev. 16, 17): Y no haga hombre alguno en el Tabernáculo del testimonio, cuando él entre a expiar en el Sancta Sanctorum, hasta que salga. Prosigue el Evangelista (Lc. 1, 11): Y se le apareció el ángel del Señor de pie, a la derecha del altar del incienso. No dijo del altar de los sacrificios, sino del altar del incienso; porque el altar de fuera era el de los sacrificios y holocaustos, pero el de dentro, era el del incienso. De modo, que ya por el mero hecho de habérsele aparecido a él solo, ya por las palabras que dicen que el pueblo estaba fuera esperándole, es bien claro que entró en el Sancta Sanctorum. Y se turbó Zacarías al*

verle y cayó miedo sobre él (Lc. 1, 12): *Y le dijo el ángel: No temas, Zacarías; porque ha sido oída tu petición, e Isabel, tu esposa, te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y estaba el pueblo esperando a Zacarías, y se admiraban de que tardara: y cuando salió les hacia señas, y no podía hablar* (Lc. 1, 21). ¿Ves cómo estaba dentro del velo? Por consiguiente, entonces fue cuando recibió la buena nueva. Y este tiempo de la buena nueva era precisamente el de la fiesta de los Tabernáculos y del ayuno (porque esto significa aquel *Humillad vuestras almas*); y se celebraba esta fiesta ente los judíos a fines del mes de Septiembre, como lo podéis atestiguar vosotros mismos; y durante este mes empleé muchos y largos discursos contra los judíos, acusando su intempestivo ayuno²⁰; luego éste fue el tiempo en que concibió Isabel, esposa de Zacarías (Lc. 1, 25): *Y se ocultaba ella por cinco meses, diciendo: Así obró conmigo el Señor en los días en que me miró, para quitar mi oprobio entre los hombres.*

VIII

Ahora es ya tiempo de manifestar, cómo cuando Isabel contaba ya seis meses desde que concibió a Juan, recibió María la alegría nueva de su concepción. Y es así en realidad; cuando se presentó a ella Gabriel, y dijo (Lc. 1, 30): *No temas, María; porque has hallado gracia delante de Dios y he aquí que concebirás en tu vientre, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús*; como se turbarse ella con estas palabras, y tratara de indagar el modo cómo había de suceder; respondió el ángel y le dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra; y por eso lo que de ti nacerá Santo, se llamará Hijo de Dios. Y he aquí que tu parienta Isabel ha concebido también un hijo en su vejez; y la que se llamaba estéril, seis meses hace que concibió; porque no hay imposible para Dios.* Si, pues, concibió Isabel después del mes de Septiembre, como se ha mostrado, desde él conviene contar los seis meses intermedios, que son estos: *Octubre, Noviembre, Diciembre, Enero, Febrero, Marzo.* Luego, después de este mes sexto, es cuando concibió María. Y si desde él contamos otros nueve meses, vendremos a dar en este en que estamos. Es, pues, el primer mes de la concepción del Señor, Abril, y síguense Mayo, Junio, Julio, Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre, Diciembre²¹. Y he aquí el mes en que estamos, y en el que celebramos esta festividad. Y para que con más claridad veáis de

nuevo lo que digo, os lo voy a exponer, amados (hijos), reduciéndolo a compendio.

Solamente una vez al año entraba solo el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum. Y ¿cuándo era esta vez? En el mes de Septiembre. Luego, entonces entró Zacarías en el Sancta Sanctorum; luego, entonces también se le dio la feliz nueva acerca de Juan. Retiróse él de allí, y concibió su mujer. Pasado ya Septiembre, cuando Isabel cumplía el sexto mes (que es el de Marzo) concibió María. contando, pues, nueve meses desde Abril, vendremos a dar en éste, en el que nació Nuestro Señor Jesucristo.

Os he ya manifestado cuanto pertenece al día de hoy; una cosa añadiré y terminaré el discurso, dejando lo de mayor importancia a nuestro común doctor ²².

IX

Y ya que muchos de los infieles, al oír que Dios nació según la carne, se ríen de nosotros y nos insultan, y a muchos de los más rudos los inquietan y perturban; es necesario que me dirija, ya a aquellos, ya también a estos que se perturban, de modo que en adelante no se inquieten por creer a gente perversa, ni se perturben por la risa de gente descreída: puesto que también los chiquillos se ríen muchas veces de nosotros cuando nos ocupamos en trabajos serios y aún necesarios, y la tal risa no es argumento del poco precio de las cosas de los que se ven burlados, sino del poco juicio de los que se burlan. Esto mismo se debe decir de los gentiles que, teniendo menos juicio casi que los niños, se ríen de lo que es digno de sagrado horror y está lleno de maravillas; y lo que es verdaderamente digno de risa, lo veneran y ensalzan. Pero, con todo, ni nuestras cosas, a pesar de las burlas de los gentiles, pierden nada de su grandeza y majestad, o reciben por su risa daño alguno en su excelencia, ni las cosas de ellos, por más que las ensalcen, dejan de mostrar su ignominia.

Porque, ¿cómo no ha de ser extrema locura que ellos, en medio de su impureza, no crean que dicen y hacen nada ignominioso, mientras introducen sus dioses en piedra y leños y despreciables simulacros, y, en cambio, nos acusan a nosotros, que decimos que Dios preparó para sí, por obra del Espíritu Santo, un templo vivo, por medio del cual aprovechó a todo el orbe? Y ¿qué modo de acusar es éste? Porque si es vergonzoso que habite Dios en un cuerpo humano, mucho más en

un leño y en una piedra, y tanto más cuanto es más vil que un hombre un leño y una piedra, a no ser que nos parezca nuestra naturaleza más vil que esas materias. Porque ellos se atreven a humillar la esencia de Dios hasta la naturaleza de los perros y gatos, y muchos de los herejes aún a otras cosas más despreciables. Mas nosotros ni decimos semejantes cosas, ni sufrimos jamás oír las; sólo decimos que tomó Cristo del vientre virginal una carne pura, santa, inmaculada, e inaccesible a todo pecado, y así restauró la obra de sus manos.

Mientras que ellos, y los que van a una con ellos en la impiedad, los Maniqueos, introducen la naturaleza divina en los perros y monos y fieras de toda especie (porque dicen que todas ellas tienen tal alma que procede de la esencia divina), y no se horrorizan ni se espantan; y dicen que nosotros afirmamos cosas indignas de Dios, porque ni siquiera consentimos en admitir en nuestro pensamiento semejantes ridiculeces, y sólo decimos lo que es decoroso y conveniente para Dios: como, viniendo al mundo, restauró a su criatura con esta manera de generación. ¿Qué dices, ¡oh hombre!, dímelo. Tú, que afirmas que el alma de los homicidas y de los encantadores es de la esencia de dios, ¿te atreves a acusarnos, porque no sufrimos nada de eso, ni consentimos en oírlo de otros, sino que a cuantos tal dicen los juzgamos reos de impiedad; antes bien, aseguramos que, habiendo Dios preparado para sí un templo santo, por medio de él introdujo en nuestra vida la norma y régimen de los habitantes del cielo? ¿Y no sois dignos de innumerables muertes, tanto por las acusaciones con que nos calumniáis, como por las impiedades que no cesáis de cometer? Porque si es inconveniente para Dios el habitar en un cuerpo puro e inmaculado, como decís vosotros, mucho más inconveniente será que habite en el de un encantador, de un profanador de sepulturas, de un ladrón, de un mono, de un perro, y no más bien en aquel cuerpo santo, incontaminado y que está ahora sentado a la diestra del Padre.

Porque, ¿qué daño qué tacha se le puede seguir a Dios de esta providencia? ¿No veis este sol, cuyo cuerpo es material y corruptible y perecedero, por más que al oírlo revienten mil veces los gentiles y Maniqueos? Y no sólo él, sino también la tierra y el mar, y en una palabra, toda criatura visible está sujeta a vanidad y corrupción.

Oye a Pablo, que lo manifiesta claro, diciendo: *Porque las criaturas están sujetas a vanidad, o mudanza, no de grado, sino por aquel que las sujetó en esperanza* (a los Romanos, 8, 20). Y declarando después qué es estar sujeto a vanidad, añadió estas palabras (a los

Rom. 8, 21): *Porque las mismas criaturas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios.* De modo, que ahora son corruptibles. Porque el servir a la corrupción no es otra cosa que ser corruptible. Si, pues, el sol, siendo cuerpo corruptible, extiende a todas partes sus rayos, y comunicándose con las cosas sucias, manchadas y otras parecidas, ningún daño recibe en su limpieza por la fealdad de estas manchas corporales, sino que recoge puros sus rayos y de nuevo comunica su propia virtud a muchos cuerpos que la participan, sin admitir en lo más mínimo ningún detrimento o suciedad; con mayor razón, incomparablemente, el Sol de Justicia, el Señor de las virtudes incorpóreas, al entrar en una carne pura, no sólo no se manchó, sino tornó aquella carne más pura y más santa todavía.

X

Considerando, pues, todo esto, y acordándonos de aquella sentencia que dice: *Entre ellos habitaré y andaré* (Lev. 27, 12 y Cor. 6, 16); y en otra parte (1 Cor. 3, 16): *Vosotros sois templo de Dios, y el espíritu de Dios habita en vosotros*, hablemos también nosotros contra ellos, y hagamos enmudecer las lenguas desvergonzadas de los impíos, y regocijémonos en nuestros bienes, y alabemos a Dios encarnado por haberse bajado tanto a nosotros, y rindámosle, en cuanto podamos, la debida reverencia, honor y retribución. Y ¿qué otra retribución podemos ofrecer a Dios, sino la salvación de nuestras almas, y el esfuerzo por alcanzar la virtud? No nos hagamos, pues, desagradecidos a nuestro Bienhechor; antes, cuanto está de nuestra parte, ofrezcámosle todos la fe, la esperanza, la caridad, la continencia, la misericordia, la hospitalidad.

Y no dejaré ahora ni nunca de exhortaros a lo que ya antes de ahora os he exhortado. Y ¿qué es? Que cuando os vais a acercar a esta tremenda y santa mesa y a los sagrados misterios, lo hagáis con temor y temblor, con pura conciencia, con ayuno y oración; no con tumulto, ni con desorden, ni dándoos empujones, porque esto es extremada locura y desprecio no vulgar, que acarrea, por lo tanto, a los que tal hacen grave pena y castigo. Considera, ¡oh hombre!, a qué hostia vas a tocar, a qué mesa te vas a acercar. Considera que, siendo tierra y ceniza, recibes el Cuerpo y Sangre de Cristo. Cuando os llama el Emperador a su convite, os ponéis a la mesa con temor, y tomáis los

manjares de ella con reverencia y silencio; y cuando os llama Dios a su mesa y os ofrece a su Hijo, mientras las Potestades angélicas asisten con temor y temblor, mientras los Querubines cubren sus rostros, mientras los Serafines claman temblorosos: *Santo, Santo, Santo es el Señor*, ¿tú voceas y alborotas, al acercarte a este convite espiritual? ¿No sabes que debe en este tiempo estar el alma llena de tranquilidad? Mucha paz y silencio hace falta, no tumulto, ni ira, ni turbación, porque todo esto mancha el alma de quien se acerca. Y ¿qué perdón se nos podrá conceder, si, después de tan graves pecados cometidos, ni siquiera en el tiempo de acercarnos a la comunión nos purificamos de tales pasiones irracionales? Y ¿qué objeto puede haber más importante y necesario que el Sacramento que aquí se nos presenta, para que así nos arrastre en pos de sí y pongamos en él nuestro empeño, y, dejadas las cosas espirituales, nos apresuremos a las carnales? No irritemos, os conjuro y suplico, no irritemos la ira de Dios contra nosotros; que lo que aquí se nos propone es medicina de salud para nuestras heridas, riquezas inacabables, título para el reino de los cielos. Temblemos, pues, al acercarnos; demos gracias, postrémonos, confesando nuestros pecados; lloremos gimiendo nuestras maldades; dirijamos a Dios insistentes súplicas y, purificándonos de este modo, acerquémonos en silencio y con la conveniente modestia, como quien se acerca al rey de los cielos, y cuando hayamos recibido la hostia santa e inmaculada, besémosla, clavados en ella nuestros ojos, y encendamos en amor nuestras almas, a fin de que no nos lleguemos a ella para juicio o condenación, sino para alcanzar la moderación de nuestras almas, la caridad, la virtud, la reconciliación con Dios, la paz duradera y la prenda de innumerables bienes, de modo que nos santifiquemos a nosotros mismos y edifiquemos a nuestros prójimos.

Esto os estoy constantemente diciendo y no cesaré de repetíroslo. Porque ¿qué utilidad hay en que vengáis aquí sin más ni más y en vano, y no aprendáis nada de lo que os conviene? ¿Qué provecho hay en hablaros siempre para daros gusto? Breve es el tiempo presente, amados hijos; seamos sobrios, vigilemos, moderémonos a nosotros mismos, mostremos nuestro celo para con todos, seamos para con todos amables. Y si es necesario oír la divina palabra, si orar, si acercarse a la sagrada mesa, si hacer cualquiera otra obra semejante, cúmplase con temor y temblor, para que no nos hagamos por nuestra negligencia dignos de maldición. Porque *es maldito*, dice la Escritura (Jer. 92, 10), *todo aquel que hace la obra de Dios con negligencia*. La

perturbación y la ira se convierte en injuria contra la hostia que en el altar es ofrecida. Extremo desprecio es presentarse contaminado delante de Dios; oye lo que sobre esto dice el Apóstol (1 Cor. 3, 17): *Si alguno corrompe el templo de Dios, Dios le perderá*. No irriteos, pues, a Dios, en vez de reconciliarnos con él; antes dando muestras de toda vigilancia, limpieza y tranquilidad de conciencia, acerquémonos con súplicas y contrición de corazón. De este modo, atrayéndonos la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, podremos alcanzar los bienes prometidos, por la gracia y benignidad del mismo señor nuestro Jesucristo, con el cual sea dada al Padre juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y la alabanza, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA SOBRE EL BAUTISMO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

El título es: HOMILIA A LOS QUE DEJAN DE ACUDIR A LA IGLESIA; TRATA DEL SANTO Y SALUDABLE BAUTISMO DE NUESTRO SALVADOR JESUCRISTO, Y DE LOS QUE INDIGNAMENTE COMULGAN, Y COMO LOS QUE ANTES DE CONCLUIRSE EL SANTO SACRIFICIO LO ABANDONAN, Y SE SALEN ANTES DE LA POSTRERA ACCION DE GRACIAS, IMITAN A JUDAS.

Parece muy probable, que fue pronunciada en Antioquía el año 387, día de la Epifanía del Señor. Diversas son las fiestas que concurren el día de la Epifanía, como son la adoración de los Magos, el Bautismo, y el milagro de las bodas de Caná de Galilea. Sirvan para confirmarlo las palabras de San Bernardo (Mabillón, edic. 4.^a, París, 1839, t. 3.^o pág. 1789. In Epuph. sermo III, n.2): *Solemnitas igitur hodierno diei ab apparitione nomen accepit. Epiphania quippe apparitio est Hodie ergo apparitio Domini celebratur, non tantum una, sed trina, sicut a patribus nostris accepimus. Hodie enim parvulus Rex noster, paucis a nativitate diebus transactis, stella declarante primum gentium apparuit. Hodie quoque, cum jam triginta ferme in dispensatione carnis egisset annos (qui secundum divinitatem idem ipse est, et anni ejus nos deficient), inter populares turbas absconditus, ad Jordanem baptizandus advenit; sed testimonio Dei Patris innotuit. Hodie nihilominus cum Discipulis suis vocatus ad nuptias, deficiente vino, signo admirabili sue potentie aquas in vinum mutavit. Lo mismo dice en los sermones 1.^o y 2.^o del mismo misterio.*

Po lo que hace a la disposición de la homilía hay en ella tres partes muy marcadas. La primera contiene una ferviente y viva exhortación, dirigida a que los oyentes frecuenten más la iglesia. La segunda comprende la explicación del misterio. La tercera exhorta a recibir al Santísimo Cuerpo de Cristo con la debida reverencia, y darle gracias como es razón.

El desarrollo de las ideas procede por el orden siguiente:

I. 1) vosotros estáis alegres; yo triste, por ver que no ha de acudir otras veces la muchedumbre que ha acudido hoy a la iglesia; ¡y eso que la iglesia es un puerto sin oleaje!, mas vosotros queréis más estar en altar mar.

2) No digas que te impide la pobreza: puesto que Dios, de siete días, te pide tan sólo uno, y aún en éste, sólo dos horas; por lo tanto, mira no te castigue Dios, si aún esto le niegas.

3) El venir a la iglesia una o dos veces al año no basta para instruirse el cristiano en lo que debe saber.

4) Vosotros mismos cuando queréis que un hijo o esclavo aprenda un oficio, le descargáis de todo lo demás. Ahora bien, más diligencia pide el aprender la ley de Dios.

II.1) No quiero emplear todo el tiempo en reprender a los negligentes en acudir aquí, expliquemos el misterio de hoy.

La fiesta de hoy se llama *Epifanía o manifestación*: hay dos manifestaciones, la de hoy, la del juicio universal. (Aquí hace mención del prodigio que solía suceder este día; puesto que, bendiciéndose el agua en memoria del bautismo de Cristo, y tomándola todos los cristianos para llevarla a sus casas, permanecía incorrupta y fresca por espacio de dos y aún tres años?) ¿Por qué se llama *Epifanía (manifestación)* el día del Bautismo de Cristo, y no el de su nacimiento? Porque el día de su Bautismo fue cuando propiamente se manifestó a los hombres: hasta entonces apenas era conocido.

2) Hay que distinguir tres clases de bautismo: el de los Judíos, el de San Juan, y el de los Cristianos. El primero, tan sólo quitaba las manchas corporales, el segundo era bautismo de penitencia, y no podía quitar los pecados, ni dar el Espíritu Santo; el de los cristianos es bautismo de remisión.

3) Nuestro Señor Jesucristo recibió, no el bautismo de los judíos, pues no tenía mancha legal, no el suyo, pues no tenía pecado, y estaba lleno de Espíritu Santo, sino el de Juan, y no en espíritu de penitencia, sino *para que fuese conocido del pueblo, y porque así le convenía cumplir toda justicia*.

4) *Cumplir toda justicia* quiere decir obedecer a la ley, y pagar también por lo que nosotros debemos.

5) Para manifestarle al mundo descendió sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma. Como en el arca de Noé la paloma indicó que había pasado el diluvio, así ahora sobre Cristo Nuestro Señor, verdadera arca de salvación, viene el Espíritu Santo en figura de paloma para indicar la misericordia de Dios con los Hombres. El arca de Noé, pasado el diluvio, permaneció en la tierra; mas el cuerpo glorioso de Cristo subió a los cielos y está a la diestra de su Padre.

III.1) Por lo que hace a la manera de recibir este Santísimo Cuerpo, nadie se acerque por ceremonia y tan sólo porque ha llegado el tiempo en que es costumbre comulgar; antes limpie primero su conciencia, y acérquese.

2) Tened reverencia y compostura exterior al recibirle. Si en los espectáculos se guarda esta conducta, ¿por qué no en la comunión?

3) No os turbéis por salir antes de dar gracias, ¿no sabéis que durante la comunión debemos estar más en el cielo que en los negocios de la tierra?

4) Los que se salen antes de tiempo imitan a Judas, que, recibido el bocado de manos de Cristo, se salió al momento del cenáculo.

5) Después del alimento corporal dais gracias: ¿por qué no, después de recibir el Santísimo Cuerpo de Cristo?

Tengamos entendido que éstos se llaman, con razón, *misterios*, y los misterios exigen reverencia, silencio, recogimiento.

I

1. Todos vosotros sentís hoy alegría: solo yo siento tristeza: porque al echar una mirada a este piélagos espiritual, al contemplar las

ilimitadas riquezas de la iglesia, y pensar que, apenas pase esta fiesta, se retirará también de aquí, y huirá como antes este numeroso auditorio, siento en mi alma grande amargura y angustia, por ver que la iglesia que ha criado a tales hijos, no puede gozar de su vista en cada reunión, sino solamente el día de la festividad. ¿Qué alegría espiritual, qué regocijo sería el nuestro, qué gloria la de Dios, qué provecho el de las almas, si en cada reunión viéramos tan llenos como ahora los ámbitos de este templo? Pero muy al revés, mientras los marineros y pilotos nada dejan de hacer por atravesar el piélago y presentarse en el puerto, nosotros, que verdaderamente estamos en alta mar, anhelamos ser agitados por el oleaje, expuestos continuamente a naufragar entre las inmensas olas de las cosas terrenas; y siendo así que somos continuos en las plazas y tribunales, a duras penas nos presentamos aquí una o dos veces al año. ¿Es que ignoráis que, como los puertos en el mar, así puso Dios las iglesias en las ciudades, para que, refugiándonos en ellas de la agitación y borrascas de la vida, podamos gozar de tranquilidad? Porque aquí no hay que temer el embate de las hinchadas olas, no los asaltos de los ladrones, no las acometidas de los facinerosos, no la violencia de los vientos, no, finalmente, las asechanzas de las fieras; porque este es un puerto libre de todos estos males, puerto espiritual de las almas. Testigo sois de lo que digo vosotros mismos; porque quienquiera de vosotros que escudriñe su conciencia, hallará aquí dentro mucha tranquilidad: no le enoja la ira, no le inflama la concupiscencia, no le carcome la envidia, no le hincha la vanidad y locura, no le corrompe el amor de vano renombre, sino que todas estas fieras están sujetas, mientras como divino encantamiento penetran en el alma las Sagradas Escrituras, y adormecen los apetitos irracionales. Por consiguiente, ¿qué miseria no sería, pudiendo gozar de tan divina sabiduría, no venir y acudir a menudo a la común madre de todos, la santa iglesia? Porque ¿qué ocupación me puedes objetar más necesaria que ésta?

2. Me dirás en todo caso, que te impide la pobreza gozar de tan hermosa reunión; pero no es buena la excusa. Siete días tiene la semana; estos siete días nos los dividió el Señor; y no de manera que nos diese a nosotros la parte menor y se reservase para sí la mayor, sino que ni aun siquiera los repartió por igual, pues no quiso darnos tres días y quitarnos otros tres, sino que a nosotros nos dio seis y para sí se reservó uno. Y ni siquiera en este día te obligó a desprenderte por completo de los negocios de la vida; y, a pesar de todo, ¡tú tienes

la osadía de imitar en él a los que saquean los objetos sagrados, pues desgarras el día verdaderamente santo, destinado para oír la predicación espiritual, y abusas de él para emplearlo en pensamientos mundanos!

Y ¿qué digo, dar a Dios un día entero? Ya sabes lo que hizo la viuda con la limosna; pues haz tú lo mismo con el tiempo del día; así como ella echó dos óbolos y alcanzó del Señor mucha gracia, así tú consagra dos horas a Dios, y sentirás en tu alma la ganancia de innumerables días. Pero si esto te parece duro, mira no sea que no queriendo privarte durante una pequeña parte del día de la ganancia terrenal, pierdas después el trabajo de años enteros. Porque sabe Dios despreciado desvanecer y aniquilar las riquezas amontonadas. Así lo dijo él amenazando a los judíos, porque no hacían caso de las obligaciones del templo. *Vosotros llevastéis a casa las riquezas; y yo las deshice con un soplo, dice el Señor* (Aggeo, c. 1.^o, v. 9).

3. Si sólo una vez o dos al año estás entre nosotros, díme: ¿qué te podremos enseñar de lo que te es necesario saber sobre el alma, sobre el cuerpo, sobre la inmortalidad, sobre el reino de cielos, sobre los castigos, sobre el infierno, sobre la grande misericordia de Dios, sobre el perdón, sobre la penitencia, sobre el bautismo, sobre la remisión de los pecados, sobre la creación del cielo y de la tierra, sobre la naturaleza de lo shombres, sobre los ángeles, sobre la perversión de los demonios, sobre las asechanzas de Satanás, sobre la norma de la vida, sobre los ayuno, sobre la verdadera fe, sobre las corrompidas herejías? Puesto que tales cosas y muchas más conviene que sepa un cristiano, y de razón de ellas a quienes se las pregunten. Mas vosotros ni la más mínima parte de estas podréis aprender, mientras vengáis aquí una sola vez, y esto por ceremonia, y por la costumbre de venir en las fiestas, no por la devoción de vuestra alma. En efecto; por contento me daría, si aún acudiendo a cada reunión de estas, hubiera uno que pudiese cuidadosamente retener todo lo dicho.

4. Muchos de los que aquí estáis presentes tenéis esclavos e hijos, y cuando queréis ponerlos en manos de los maestros de las artes que hayáis elegido, les impedís, por una parte, absolutamente el acceso a vuestra casa, y por otra, dándoles cama, alimento y todos los demás recursos necesarios, hacéis que habiten en la casa del maestro con prohibición de venir a la vuestra, a fin de que de la continua permanencia con el maestro resulte más esmerada la instrucción, sin que ningún cuidado importuno interrumpa la serie de las lecciones; y

ahora que se trata de aprender, no un arte cualquiera, sino el arte de las artes, que es cómo debemos agradar a Dios y conseguir el cielo, ¿creéis que es razón hacerlo por ceremonia? Y ¿qué locura no es esta?

Y que el aprender es negocio que pida mucha atención, bien lo manifiesta la Escritura; óyelo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 29); y otra vez dice el profeta: *Venid, hijos, y escuchadme, que os voy a enseñar el temor de Dios* (Sal. 33, 12); y de nuevo: *Desentendeos de los demás, y conoced como yo soy Dios*. Luego es necesaria mucha tranquilidad y atención a quien ha de gozar de esta sabiduría.

II

Mas para no emplear todo el tiempo en reprender a los que han faltado, contentándonos con lo dicho para la enmienda y corrección de los tales, discurramos ya algo sobre la presente festividad. Porque muchos celebran las fiestas y saben sus nombres, pero ignoran los fundamentos de su institución.

1. Todos saben que la fiesta de hoy se llama *Epifanía* (*manifestación*); pero que es la manifestación, y si es una o son dos, esto ya no lo saben; y sería cosa muy vergonzosa y causa de mucha risa, que los que cada año celebran esta fiesta, ignoraran su fundamento. Por consiguiente, es necesario, en primer lugar, manifestaros, amadísimos oyentes, que no hay sólo una manifestación, sino dos: la primera es esta presente que hoy celebramos; la segunda es la venidera, que ha de celebrarse con mucha gloria, después de la consumación de los siglos. Y por lo que hace a cada una de ellas, oíd como hoy habla San Pablo con Tito, y le dice así (Tit. 2, 11-12): *Apareció la gracia de Dios, Salvador de todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanales, vivamos en el siglo presente conforme a la prudencia, justicia y piedad*; y acerca de la Epifanía verdadera, dice (v. 13): *Aguardando la esperada bienaventuranza, y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo*; y sobre la misma dijo así el Profeta: *El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que venga el día del Señor, el día grande y manifiesto* (Jl. 2, 31).

Mas, ¿por qué causa se llama Epifanía, no el día en que nació, sino el día en que fue bautizado? Pues ya sabéis que el día de hoy es el de su bautismo, en que santificó la naturaleza del agua; y esta es la

razón por qué todos, a media noche, sacando agua en esta fiesta, la llevan a sus casas y la guardan un año entero, en memoria de haber sido santificadas las aguas; y sucede un prodigio manifiesto; pues el agua que hoy se saca no se corrompe con la duración del tiempo, sino que permanece durante uno y hasta dos y tres años incorrupta y como reciente todavía, y puede, después de tanto tiempo, competir con la recién sacada de la fuente.

Pero, en fin: ¿por qué el día de hoy se llama Epifanía? La razón es, porque la manifestación de Jesucristo a todo el mundo no tuvo lugar cuando nació, sino cuando fue bautizado; porque hasta este día era desconocido del pueblo. Y para que te persuadas que era ignorado del pueblo y no sabían quien era, oye las palabras de San Juan Bautista (Jn. 1, 26): *En medio de vosotros estuvo a quien vosotros no conocisteis*). Y ¿qué de admirar es que no le conocieran los demás, si hasta aquel día el mismo Bautista no supo quién era? *Porque yo, dice (ibid., 33), no le conocía, sino que quien me envió a bautizarle en agua, me dijo: sobre quien vieres descansar el Espíritu como paloma, y permanecer sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo.*

2. Queda, pues, probado, por lo dicho, que hay dos Epifanías; ahora es preciso añadir por qué razón va Cristo a ser bautizado, y que bautismo va a recibir, por ser punto que debéis saber no menos que el anterior; y aun conviene, amadísimos oyentes, que os instruya en él con preferencia; pues por su medio llegaréis a entender mejor el primer punto.

Tenían los judíos un bautismo que quitaba las manchas corporales, no los pecados de la conciencia. Porque a nadie que hubiera adulterado, robado, o infringido de cualquier otro modo la ley, le podía librar de culpa; en cambio, si había tocado los huesos de un cadáver, si había gustado un manjar prohibido, si había tratado con leprosos, se lavaba y hasta la tarde permanecía impuro, después quedaba ya purificado. *Se Lavará su cuerpo con agua pura, dice, y será impuro hasta la tarde, y será purificado* (Lev. 15, 5). Porque no eran aquellas verdaderas culpas y manchas; sino que convirtiendo Dios por medio de estas cosas en muy religiosos a aquellos hombres tan imperfectos, los disponía para que fueran muy cuidadosos en la observancia de cosas mayores.

De modo que la purificación judaica no quitaba los pecados, sino tan sólo las manchas corporales. ¡Cuán distinta es la nuestra, y cuánto más estimable, y llena de mayores gracias! porque ella nos libra del

pecado y purifica el alma, y concede la alegría del Espíritu Santo. El bautismo de Juan era mucho más excelso que el de los judíos, pero más bajo que el nuestro, y como un puente intermedio entre estos dos bautismos, que conducía del judaico al nuestro; porque no lo conducía a la observancia de las purificaciones corporales, sino que, separándolos de ellas, exhortaba y aconsejaba el mudarse de malos en virtuosos, y el poner la esperanza de la salvación en la rectitud de las buenas obras, y no en diversos bautismos y purificaciones con agua. Porque, ¿qué decía? ; no, *Limpia tus vestiduras y lava tu cuerpo, y serás puro: sino Haced frutos dignos de penitencia* (Mt. 2, 8). Y por esto era superior al bautismo de los judíos, pero inferior al nuestro, porque el bautismo de Juan ni daba el Espíritu Santo ni concedía el perdón por medio de la gracia, puesto que mandaba arrepentirse, y no tenía en sí mismo la potestad de perdonar. Por lo cual decía: *Yo os bautizo en agua, mas él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego* (Mt. 3, 11). Por donde se ve que él no bautizaba en el Espíritu Santo. ¿Y qué quiere decir en que vieron sobre los Apóstoles repartidas lenguas como de fuego, y se posaron sobre cada uno de ellos. Y que el bautismo de Juan fue imperfecto, y no contenía en sí la alegría del Espíritu Santo, ni la remisión de los pecados, lo prueba este hecho: encontrándose San Pablo con algunos discípulos les dijo: *¿Recibistéis después de abrazada la fe el Espíritu Santo?* Ellos le respondieron: *“Ni aún siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo”*. Y díjoles: *“¿Con qué bautismo fuistéis bautizados?”* Le respondieron: *“Con el bautismo de Juan”*. Les dijo Pablo: *“Juan bautizaba con bautismo de penitencia”*; de penitencia, no de remisión: y, ¿en virtud de qué bautizaba? *Diciendo al pueblo que creyesen en aquel que había de venir después de él, eso es, en el Señor Jesús. Y oído esto, fueron bautizados en el nombre de Cristo Jesús. Y habiéndoles Pablo impuesto sus manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo* (Hech. 19, 2-6). ¿No ves cómo era imperfecto el bautismo de Juan? Porque si no hubiera sido imperfecto, no los hubiera bautizado de nuevo San Pablo, no les hubiera impuesto las manos; mas en esta ocasión, al hacer ambas cosas, dio bien a entender la soberana excelencia del bautismo apostólico, y cuán inferior a él era el antiguo.

3. Con esto hemos visto ya la diferencia de los diversos bautismos. Réstanos explicar ahora por qué es Cristo bautizado y qué bautismo recibe. No fue bautizada ni con el de los judíos, que es el primero, ni con el nuestro, que es el último; puesto que no necesitaba

de remisión de pecados (¿y cómo la había de necesitar quien ningún pecado tenía?) *Porque pecado, dice, no lo cometió, ni se halló dolo en su boca.* (1 Pe. 2, 22). Y en otra parte: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* (Jn. 8, 46); ni carecía aquella carne de la participación del Espíritu Santo; y ¿cómo había de carecer de ella la que desde el principio fue formada por el Espíritu Santo? Si, pues, su carne ni carecía de la participación del Espíritu Santo, ni estaba sujeta a la culpa, ¿por qué fue bautizado? Mas antes es preciso que veamos qué bautismo recibió, y entonces recibirá mayor luz también este punto. ¿Cuál fue, pues, el bautismo que recibió? Ni el de los judíos, ni el nuestro, sino el de Juan. Y ¿por qué? Para que por la naturaleza misma del bautismo puedas conocer que no fue bautizado ni para borrar culpa alguna, ni para conseguir la participación del Espíritu Santo; pues nada de esto podía hacer aquel bautismo, según queda demostrado. Esto supuesto, consta que no fue al Jordán por alcanzar ni la remisión de los pecados ni la gracia del Espíritu Santo. Pero para que no pensara alguno de los que allí asistían que se presentaba como los demás para hacer penitencia, oye cómo también este error le previno y corrigió San Juan. Porque siendo así que a los demás decía: *Haced frutos dignos de penitencia; oye lo que dice a Cristo: Con que yo tengo necesidad de ser bautizado por tí, ¿y tú vienes a mí?* (Mat. 3, 14) Y al decir estas palabras daba bien a entender que no se le acercó Cristo por la misma necesidad que los otros, sino que estaba tan lejos de ser bautizado por esta causa, que era mucho mayor y sin comparación más puro que el mismo Bautista.

Si, pues, no fue bautizado ni por penitencia, ni por alcanzar remisión de pecados, ni por obtener la participación del Espíritu Santo, ¿por qué fue bautizado? Por otras dos razones: la primera, la que nos dice el discípulo; la otra, la que él mismo declaró a San Juan Bautista. ¿Y cuál dice San Juan que fue la causa de este bautismo? *Para que fuera conocido del pueblo.* Como también decía San Pablo que *Juan bautizaba bautismo de penitencia, para que creyeran en aquel que iba a venir después de él* (Hech. 19, 4); a esto se encaminaba el bautismo. Porque si fuese recorriendo las casas una por una y se acercara a las puertas y llamara a ellas, y dijera, teniendo de la mano a Cristo: *Este es el Hijo de Dios*; sería sospechoso tal testimonio y obra de mucho trabajo; y si asimismo le hubiera de tomar de la mano y llevarle a la sinagoga y allí manifestarle, por el mero hecho sería igualmente sospechoso el testimonio; pero el que, concurriendo toda

la gente de cada una de las ciudades al Jordán, y habitando en sus riberas, se llegara también Cristo a ser bautizado, y recibiera la recomendación del cielo por la voz de su Padre, y descendiera sobre él el Espíritu en figura de paloma, eximía de toda sospecha el testimonio que de él diera el Bautista. Por eso dice: *Yo no le conocía* (c. I, v. 31), haciendo con esto más fidedigno su testimonio. Puesto que, como eran allegados entre sí según la carne (pues, en efecto, así habló el ángel a María sobre la madre de Juan: *He aquí que Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo* (Lc. 1, 36); y si las madres tenían parentesco, es evidente que también los hijos); pues bien, siendo como eran parientes, para que no pareciese que Juan daba testimonio de Cristo por razón de su parentesco, quiso con particular providencia el Espíritu Santo que pasara Juan en el desierto la edad primera, no fuese que se atribuyera a la amistad o a algún otro interés parecido el testimonio que daba de él, sino que le anunciara como quien lo había aprendido de Dios. Por esto dice: *Y yo no le conocía*. Pues ¿y de dónde lo pudiste aprender? *El que me envió, dice, a bautizar con agua, me dijo: Sobre quien vieres bajar el Espíritu en forma de paloma y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo* (Jn, 1, 33). ¿Ves ahora por qué bajó el Espíritu Santo, no para indicar que aquella fuese la primera vez, sino para manifestar al que era predicado por San Juan, volando sobre el en forma de paloma, y como señalándose lo con el dedo a toda la gente? Tenemos, pues, aquí una razón por la que fue a ser bautizado. La segunda, es la que él dijo: ¿y cuál es? Al decirle Juan: *¿Yo tengo necesidad de ser bautizado por tí, y tú vienes a mí?*, le respondió: *Déjame por ahora, porque así no es justo llenar toda justicia* (Mt. 3, 14-15). ¿No ves aquí la fidelidad del siervo? ¿no ves la humildad del Señor?

4. ¿Y qué quiere decir *llenar toda justicia*? Justicia se llama el cumplimiento de todos los preceptos; como cuando dice: *Eran ambos justos, y caminaban en los mandamientos del Señor sin queja* (Lc. 1, 6). Pues bien, como, por una parte, todos los hombres debían llenar esta justicia, y, por otra, no la cumplía y llenaba perfectamente ninguno, llega Jesucristo y la cumple.

¿Y qué justicia es, dirá alguno, el ser bautizado? El obedecer al profeta era justicia. Así, pues, como fue circuncidado, y ofreció sacrificio, y cumplió los sábados, y guardó las fiestas judaicas, así también añadió esto que le quedaba, que era obedecer al profeta Bautista. Porque quería Dios que entonces todos fuesen bautizados. Oye, si no,

como lo testifica Juan: *El que me envió a bautizaros con agua.* Y en otra parte nos los afirma Cristo: *Los publicanos y el pueblo entraron en los designios de Dios, bautizándose con el bautismo de Juan; mas los fariseos y escribas despreciaron la voluntad de Dios, no bautizándose con este bautismo* (Lc. 7, 29-30). Si, pues, el obedecer a Dios es justicia, y Dios envió a Juan para que bautizara al pueblo, además de todas las otras cosas de ley, también esta cumplió Jesucristo, Supón, pues, que son veinte denarios los mandamientos de la ley: esta deuda convenía que la pagara nuestra naturaleza; no la pagamos, cogiéndonos la muerte reos de estos delitos, vino Cristo, y, viéndonos cogidos, pagó la deuda, cumplió lo exigido, y libró de las garras de la muerte a los que no tenían con qué pagar. Por esto no dijo: *Me es conveniente hacer esto o aquello, sino llenar toda justicia. A mí, dice, que soy Señor y tengo, me conviene pagar por los que no tienen.* fue, pues, una razón de su bautismo, el que apareciera cumpliendo toda la ley, y otra razón fue la antes expuesta.

5. Por esto también el Espíritu Santo descende en forma de paloma; porque donde hay reconciliación de Dios, se representa por una paloma. Así, sobre el arca de Noé vino una paloma llevando un ramo de olivo, símbolo de la misericordia de Dios y de la transformación de la tempestad: también ahora vino el Espíritu Santo en figura, y no con cuerpo de paloma (y esto conviene que lo tengáis muy fijo) anunciando a la tierra la misericordia de Dios, y dando a entender, al mismo tiempo, que el hombre espiritual debe ser inocente, sencillo y sin pecado; como también lo dice Cristo: *Si no os convertís, y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt. 18. 3). Pues bien; aquella arca, una vez que pasó la tempestad, permaneció sobre la tierra; mas este arca, una vez que pasó la ira, fue arrebatada al cielo, y ahora, aquel cuerpo puro e incorrupto esta a la diestra de su Padre.

III

1. Mas ya que he hecho mención del cuerpo del Señor, algo me es necesario deciros sobre él, antes de terminar el discurso. Se que muchos entre vosotros se acercan a esta sagrada mesa por la costumbre de hacerlo en esta festividad. Y convendría, como ya antes os lo he dicho muchas veces, no estar aguardando a las fiestas, cuando convenga comulgar, sino purificar la conciencia, y entonces llegarse a

recibir la sagrada hostia. Porque el que se halle reo de culpas e impuro, ni aun en la fiesta es justo que reciba aquella carne santa y dignísima de ser mirada con sagrado temblor. Mas el hombre puro, y que con diligente penitencia ha limpiado sus culpas, en la fiesta y siempre será digno de acercarse a los divinos Sacramentos, y gozar de los dones de Dios. Pero puesto que no sé cómo algunos no hacen caso de esto, y muchos, llenos de innumerables pecados, cuando ven que se acerca la fiesta, como empujados por ella se llegan a los santos Sacramentos, que ni aun ver debieran los que tiene tan mala disposición; a aquellos de quienes tal me conste, sin remedio los separaré yo mismo; a los que nos sean ocultos, se los dejaremos a Dios que ve lo más secreto de la mente de cada uno; pero aquellos en que abiertamente todos tienen culpa, me esforzaré este día en corregirlo.

2. Pues ¿cuál es esta culpa? El no acercarse con respeto, sino a empujones, a empellones, llenos de ira, levantando la voz, diciéndoos injurias, empujando al prójimo, llenos de turbación y tumulto. Esto, aunque muchas veces os lo he dicho no cesaré de decíroslo. En los juegos Olímpicos, cuando va por la plaza el prefecto de los certámenes, llevando en su cabeza una corona, ceñido de una túnica, con una vara en la mano, ¿no veis cuánto concierto se guarda, mientras clama el pregonero que haya paz y buen orden? Pues, ¿cómo no ha de ser absurdo que donde va con pompa el demonio, haya tal concierto, y donde llama Cristo para que a El nos acerquemos, haya grande turbación? ¿En la plaza silencio y reposo, y en la iglesia clamoreo? ¿En medio del mar serenidad, y oleaje en el puerto?

3. ¿Por qué te turbas, hombre? respóndeme: ¿por qué te atropellas? ¿Es que te llama absolutamente la necesidad de los negocios? ¿Y crees siquiera que tienes negocios en aquella hora? ¿Y te acuerdas siquiera que estás sobre la tierra? ¿Y piensas tú que estás con los hombres? ¿Y no es propio de un alma de piedra, el creer en tal ocasión que estás sobre la tierra, y no pensar más bien que te regocijas con los ángeles, después de haber cantado con ellos aquella mística melodía, y ofrecido con ellos a Dios aquel cántico de victoria? Que por esto Cristo nos llamó águilas diciendo: *Donde está el cuerpo, allí se reunirán las águilas*. (Lc. 18, 37); para que subamos al cielo, para que volemos arriba, aligerados por las alas del espíritu; mas nosotros, lo mismo que serpientes, nos arrastramos por el suelo y comemos tierra. ¿Queréis que os diga de dónde nace vuestra turbación y clamoreo? De que no os cerramos absolutamente las puertas, sino que os

consentimos retiraros y volver a vuestras casas ante de la última acción de gracias; lo cual, ya en sí, es señal de mucho desprecio. ¿Qué haces, hombre? ¿Estando presente Cristo, presentes los ángeles, preparada esta tormenta y sacrosanta mesa, mientras tus hermanos asisten todavía a los sagrados misterios, tú los dejas y te retiras? Invitado a un convite, aunque te hayas hartado antes, no te atreves a retirarte primero que tus amigos; y aquí, cuando se celebran los tremendos misterios de Cristo, cuando aún está presente el sagrado sacrificio, ¿lo dejas todo a medio acabar, y te retiras? Y tal conducta, ¿qué perdón merece? ¿qué género de defensa?

4. ¿Queréis que os diga a quién imitan los que se retiran antes de terminar, y no ofrecen los himnos de acción de gracias, al fin del sagrado banquete? Quizá es terrible lo que voy a decir, pero, con todo, no hay más remedio que decirlo por la negligencia de muchos. Cuando participó de la última cena de aquella suprema noche Judas, permaneciendo dentro todos los demás, él, apresurado, salió fuera; ¡já éste, por consiguiente, imitan los que huyen antes de la última acción de gracias! Porque aquel, si no hubiera salido, no se hubiera hecho traidor, si no hubiera abandonado a sus discípulos, no se hubiera perdido; si no se hubiera escapado de aquel sagrado redil, no le hubiera el lobo encontrado solo, ni devorado; si no se hubiera alejado de su pastor, no hubiera sido presa de la bestia infernal. Así es, que aquel salió con los judíos; éstos con el Señor, después del himno de acción de gracias. ¿No ves cómo la última oración que decimos después del sacrificio se hace según este modelo?

5. Ahora, pues, amados hijos, pensémoslo, considerémoslo, temamos la condenación que a esta culpa se impone. El te concede su propia carne, y tú ¿ni con palabras siquiera le correspondes, ni le das gracias por lo recibido? Tú que, al recibir el alimento corporal, después de la mesa das gracias, al recibir el alimento espiritual, que sobre excede a toda criatura visible e invisible, hombrecillo como eres y de miserable naturaleza, ¿no te detienes a dar gracias con palabras y obras? ¿Y cómo no ha de ser esta conducta digna del más extremo suplicio? Esto os lo digo, no para que me alabéis, ni para que alborotéis y me aplaudáis, sino para que, acordándoos, al tiempo de comulgar, de estas palabras, observéis la modestia que conviene. Misterios se llaman éstos, y lo son; y donde hay misterios, conviene mucho recogimiento: luego, acerquémonos con mucho silencio, con mucho concierto, con la conveniente piedad a recibir esta sagrada hostia,

para que movamos a Dios a mayor benignidad, y purifiquemos el alma, y obtengamos los bienes sempiternos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual, junto con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria y el poder, y la adoración, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Había en la ciudad 200.000 habitantes, de los cuales 100.000 eran cristianos. Véase el panegírico de San Juan Crisóstomo en honor de San Ignacio, mártir.

2. Véase, sobre este asunto, a Migne, *Patrol. graec.*, 47, col. 208.

3. *De doct. christ.*, Lib. IV, cc. 28, 12, 17 et.

4. V. Migne, *Patrología graeca*. S. Chrysostomi Opera, t. 1. Praefatio. Los mismos elogios hace suyos Fessler en su obra *Institutiones Patrologiae*, etc. Oeniponte, typis et sumptibus Feliciani Rauch, MDCCCLI. Tom. II, pars prior, c. V, § 231.

5. Hom. 4 sobre la 1.^a epístola a los Corintios.

6. *La Prédication. Grands Maitres et grands Lois*, par le R.P.G. Longhaye, de la Compagnie de Jesús. París, Retaux-Bray, Libraire-éditeur. 82, Rue Bonaparte, 82, 1888. Págs. 132 y 133.

7. No es afirmación gratuita: ya por entonces, y aun desde mucho antes, la taquigrafía lograba los triunfos más completos. Véanse curiosos datos en el P. Arévalo, nota al verso 23 del himno IX (*Passio Sancti Cassiani Forocorneliensis*) del Peristephanon de Prudencio; íd. Forcellini-De-vit, *Diccionario latino*, en la palabra *notarius*.

Por lo que hace a los Santos Padres, véase la obra *Lecciones de Oratoria Sagrada*, tomadas de las obras de los Padres de la Iglesia, por el Dr. D. Manuel Martínez y Sanz, dignidad de Abad de Cervatos y Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana de Burgos. Burgos, imprenta y librería de don Anselmo Revilla, 1859; v. lección XXX, págs. 174 y 391.

La mayor parte de las homilias de San Crisóstomo claramente se ve que fueron copiadas por los taquígrafos, si se tiene en cuenta su libertad en alargar o acortar el asunto, las frecuentes alusiones a los aplausos, aclamaciones y conmoción del auditorio, y a veces las curiosas digresiones ocasionadas por sucesos que no pudo prever: como cuando, en la homilía 4.^a sobre el Génesis, se distrajerón los oyentes mirando el encargado de encender las lámparas de la iglesia, que iba cumpliendo su oficio; por lo cual San Crisóstomo los reprendió con una elocuente digresión. Migne, t. 54, pág. 597.

El mismo San Crisóstomo dice abiertamente de sí mismo, en la homilía 4.^a contra los que afirmaba que los demonios gobiernan el mundo; que él medía los discursos según veía mejor o peor dispuestos a los oyentes; pues, como allí va diciendo, en la homilía anterior (sobre la oscuridad de las profecías) se había alargado mucho, porque entendió por los aplausos y aclamaciones que el pueblo le escuchaba con gusto. Migne, t. 49, pág. 245.

8. *Revista popular*, año 1880, 22 de julio, págs. 53, 54, 55 y 56.

9. Carta circular relativa a la sagrada predicación, dirigida de orden de Su Santidad León XIII por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, a todos los Ordinarios de Italia y a todos los Superiores de las Ordenes y Congregaciones religiosas.

10. Λόγος παραιτηποζ ειζ θεοοπωροζ εχπεσουιχ

11. Προζ τουζ εχονταζ παρθενουζ συνειταχτουζ

12. Señalaría, sin duda, a Eutropio, a quien tenía presente.

13. Llama así a Constantinopla por la iglesia de los Santos Apóstoles, edificada por Constantino el Grande.

14. Según Montfaucón, San Andrés, que predicó el evangelio en Bizancio.

15. Más exacta sería la traducción, diciendo: *Haciendo gestos tan indecentes, que, si los recuerdas tú que los viste, bajas la cabeza, te atreves*, etc. Pero hemos respetado la edición latina, cuyo sentido puede, quizá, sostenerse, supliendo χαι después de χατο χυπτειζ.

16. Trata de San Flaviano, Obispo de Antioquía.

17. San Melecio.

18. ¡Quién, al ver esta homilía, creyera que contra esta misma Eudoxia había de tronar después tantas veces el mismo San Juan Crisóstomo, que ahora la ensalza tanto!

19. Es decir, en la pronunciación.

20. Los cinco discursos que tuvo San Juan Crisóstomo contra los judíos el mes de septiembre del año 386.

21. Los nombres de los meses en el texto griego son: Audoneo (Enero), Peritio (Febrero), Distro (Marzo), Jantico (Abril), Artemisio (Mayo), Desio (Junio), Pánemo (Julio), Loio (Agosto), Gorpíeo (Septiembre), Hiperbereteo (Octubre), Dío (Noviembre), Apeleo (Diciembre).

22. Alude a S. Flaviano.

INDICE

El Santo	3
El Orador	10
Elocuencia de San Crisóstomo	21
Obras de San Juan Crisóstomo	27
Homilía a favor de Eutropio	30
Homilía contra los espectáculos	38
Homilía sobre el Santo Job	47
Homilía de su Ordenación Sacerdotal	59
Homilía de la traslación de las reliquias	68
Homilía después de un terremoto	75
Homilía de la Natividad del Señor	81
Homilía sobre el bautismo de Nuestro Señor	97